

CIO
35

PROUVE

Una Noche
de Bodas

ALU



PQ2625

.E53

N68

v.2

R. C.

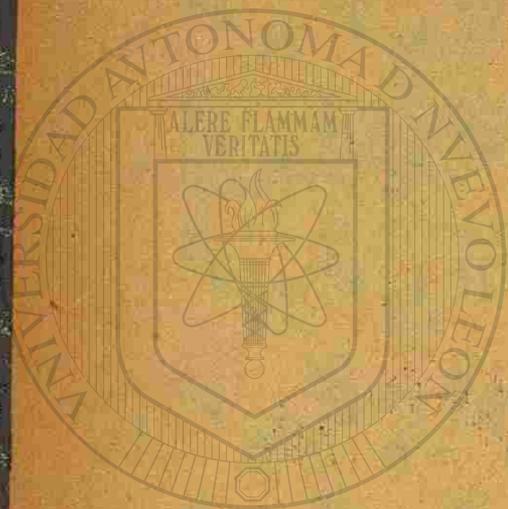


1020027068



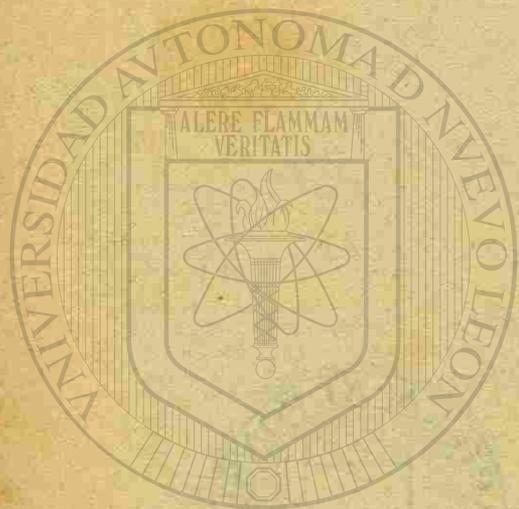
UNIVERSITY OF GEORGIA
LIBRARY

UNIVERSITY OF GEORGIA
LIBRARY



FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA ESMERALDA

UNA NOCHE DE BODAS

-POR-

Carlos Mercourel



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Anno 22 A. G.
ABRAHAM SANCHEZ ARCE, EDITOR.

UNA NOCHE DE BODAS

POR

Charles Merouvel.

TOMO II.

MEXICO.

—
TIPOGRAFIA ECONOMICA.

CALLE SUR A 5, NUM. 30

—
ANTES CAZUELA 10.

—
1892

099806

33564

843

M.

PQ 2625

ES 3

N 68

V. 2

La Ilustración Popular,
la mejor y más barata
de la República.

EL JUEVES DEL MUNDO

Grabados

de actualidad.

Pedidos foraneos, á Luis Reyes Spindola, 2^a de las Damas 4

UNA NOCHE DE BODAS.

I

CASTILLO EN VENTA.

Cuando Luciana entró en la habitación de su señora, notó que estaba de malísimo humor.

La hermosa rubia fruncia sus divinas cejas, como si tuviese en la mano el rayo para carbenizar á su enemigo.

—Luciana, dijo, hay que preparar las maletas.

—¿Va de viaje la señora?

—Mañana.

—¿Y la señora va?.....

—A Saer.

—¿Sola?

—Mi cuñado, si me acompaña, vendrá después.

Diga usted á Pedro que envíe esta noche los caballos de silla en el expreso.

—Bien. ¿Lleva la señora toda la servidumbre?

—Sí.

—¿Se propone estar mucho tiempo allí?

—No lo sé.

La orden se dió á las diez. A las doce el barón avisaba á su cuñada que no podía salir con ella. Pero enviaba á Juan Maria para prepararlo todo y él iría dentro de algunos días, en cuanto resolviese los negocios imprevistos que le detenían en Paris.

Dos días más tarde estaba sentado el señor de Vaudrey ante la mesa de trabajo, en su suntuoso despacho de Laugou.

Eran las nueve de la mañana.

Por las ventanas abiertas se divisaba un valle pantanoso, lleno de juncos y yerbas acuáticas, y no muy alegre á la verdad.

El duque lo contemplaba con hastío.

Aquella misma mañana había recibido de su notario señor Durand, miembro intergerrimo y digno de su clase, un voluminoso legajo, no muy adecuado para inspirar ideas alegres.

Sus asuntos estaban de mal en peor.

De la lectura del legajo, resultaba claramente que las cosas tomaban un giro desastroso.

No había compradores: las tierras estaban depreciadas: las mismas casas de Paris sufrían hajas enormes.

En una palabra, la ruina era completa é irremediable.

Hasta entonces, el duque, no obstante las advertencias en contrario, habia conservado un resto de esperanzas.

El notario se lo arrebatava.

Sólo le quedaba un remedio: apurar el cáliz del matrimonio.

Pero á medida que transcurría tiempo, se sentía inclinado á detestar á la mujer que le recordaba el crimen que queria sepultar en el olvido.

Sentía como bocanadas de odio, más que por el crimen cometido, por la independencia perdida.

Su situación le parecia cada vez más insufrible. Habitado á la libertad más absoluta, sin más ley que su capricho, ni más fin que el interés propio, se veía encadenado á Luisa Renaud, cuyo carácter despótico le espantaba. Su crimen le entregaba atado de plés y manes.

La carta del notario desvanecía sus últimas ilusiones.

Era preciso pasar por las horcas caudinas de lo inevitable.

Con su carácter rebajado é irresoluto, el duque hubiera podido conformarse con un cómodo retiro, alegrado por la presencia de la bella Ivona, prendada hasta el sacrificio. Pero conformarse con las privaciones de la miseria, de la ruina, de la decadencia completa, vergonzosa, humillante. ¡Eso, nunca!

Ahora bien, el medio más seguro de evitarlo, ¿no era someterse á la baronesa?

Pero, ¿y la pobre Ivona?

Sería la víctima.

Y nada más.

¿No lo habían sido antes tantas otras de que no se cuidaba?

Sumido estaba en sus reflexiones cuando un ligero ruido que oyó en la ventana le hizo volver la cabeza.

Detrás de la balastrada de hierro del camino, una mujer á caballo se inclinaba hacia el duque y sonreía mostrando unos dientes de intachable blancura.

—¡Y bien! sí, soy yo—dijo.—¡Ya era hora!

La baronesa de Bresson estaba deslumbradora como nunca.

Era la personificación de la carne en todo el esplendor de la sensualidad más tentadora.

El paisaje realzaba su singular hermosura.

—¿Tú aquí?—dijo el duque.

—¿Es censura?

—¡Qué imprudencia!

—Sé,—dijo Luisa sin tomarse el trabajo de disculparse,—que vas á predicarme prudencia: pero por de pronto llama á un criado; aquí le reciben á uno como en un molino.

El duque no tuvo que ordenarlo.

Gib acudía á todo correr de sus piernas secas como husos.

La joven viuda se apeó con soltura y le entregó las bridas de su caballo.

Luego, lente en mano, entró, como curiosa, en el gabinete de su amante.

—No parece que te agrada mucho mi venida,—dijo.—Eres un miedoso. Vaya usted á tener juicio. Se me había agotado la paciencia. Bastante me he contenido. Soy libre y quiero gozar de mi albedrío.

Arrellenóse en un gran sillón de respaldo cuadrado, cubierto de sencillos bordados, obra de las abuelas del duque, y paseó en derredor una mirada satisfecha.

—Te felicito—continuó.—Todo está muy bien, el parque está cortado con amplitud, como un traje cuando sobra tela. Los campos están bien labrados: las aguas son magníficas. Es mejor que Chantilly. Nunca me había fijado en Laugou como ahora. ¿Es verdad que está en venta?

—Como todo lo que poseo.

—¿Estás arruinado?—preguntó la baronesa.

—Completamente.

—Me lo ha dicho todo el barón. Su oficio se reduce á juzgar créditos, pesar fortunas y calcular el valor de cosas y personas. No te creía tan tronado, amigo mío.

—Siempre espera uno salir á flote, y se hunde uno cada vez más hasta que se va á fondo.

—Dejémonos de miserias. Cerraremos las brechas de tu casa, y todo volverá á su puesto. Decía, pues, que Laugou es muy agradable. ¿Cómo no lo había advertido hasta este momento? Sin duda tendría

distraído el espíritu. Hoy estoy libre de cuidados. Y, querido mío, no quisiera equivocarme, pero á tí no te sucede lo mismo. Cualquiera diría que te estorbo. ¿En qué estás pensando?

Y sin dejarle contestar, prosiguió en voz más baja:

—Te pesa lo pasado. Mal hecho. Hemos jugado, sin querer, un capital inmenso. Hemos ganado. Asunto concluido. El juego es nuestro. No es grato, en general, guardar tales recuerdos, si posible fuese se llevarían de otra manera las cosas; pero, entre dos males, por fuerza hay que elegir el más pequeño. Veamos. ¿Te gustaría más yacer entre las frías paredes del panteón de familia que recibirme en este bien ventilado gabinete? ¿Querías verme instalada en un quinto piso de la calle de Batignolles con la rentecilla debida á la generosidad de mi marido? No, ciertamente. Pues deja esos aires fúnebres, y haz lo que yo. ¿Una débil mujer ha de darte ejemplo de valor?

Acercó su sillón al del duque y puso su enguantada mano sobre la que el señor de Vaudrey apoyaba en la mesa.

—Olvidemos lo pasado, dijo; echémosle tierra, y entreguémonos al placer de vivir juntos. El porvenir es nuestro: en lo sucesivo puedo venir cuando quiera á esta casa, donde entraba temblorosa, y sobrecualtada por el terror de una sorpresa posible; sólo nos falta representar ante el mundo el último acto de la comedia, el de la simpatía naciente, el de la amistad que se desarrolla en pleno día, nos

atrae, engendra el amor y acaba en matrimonio, como todas las comedias. ¿Tan difícil es esto? ¿Por tan digno de lástima te tienes? No me preguntas como he venido á sorprenderte. El campo te anula amigo mío.

El duque estaba, en efecto, cohibido.

La llegada de la baronesa le inquietaba.

Luisa caía en medio de su novela con Ivona como una glondrina en una tela de araña.

—Estoy sola en Scaer, continuó la baronesa. El barón llegará dentro de pocos días. No me deja ya. Me ha dicho al despedirme: Ya sabes que el pobre Vaudrey está arruinado. Por eso ha huido á Bretaña. Langou se va á poner en venta. Si acaso te agrada esa finca, no debes privarte de ella. Te lo permite tu fortuna. ¡Y mira como se arregla todo! De este modo, ha añadido suspirando, si te vuelves á casar, como es probable, seremos vecinos, pues no quiero desprenderme de Scaer. Ahora comprenderás por qué no necesito contrariarme. Tengo un buen pretexto para mis visitas. Tu castillo está en venta. Me conviene. Lo examinaré despacio, mejor diez veces que tina. Vengo, en suma, sin ningún misterio, á ver la casa... y al propietario.

La baronesa estaba irresistible.

Hubiera desarrugado el ceño de un condenado á muerte.

Estaba chispeante de vivacidad, gracia é ingenio. Sus ojos de zafiro lanzaban llamas capaces de fundir el mármol.

Y sin embargo, su amante seguía preocupado.

Acariciaba maquinalmente la mano de la viuda. Esta distracción extrañó á la baronesa, cuyas sospechas reaparecieron.

Vió sobre la mesa el legajo del notario.

—¿Qué estabas leyendo ahí? preguntó á su amante.

Era echarle una cuerda de salvación.

El duque la asíó solícito.

—Mira, respondió alargándole los papeles.

—¿Me permites?

—Para tí no tengo secretos.

—¿De veras?

Sin interrumpir la conversación, Luisa examinaba las notas del señor Durand.

—La situación es mala. ¿No lo sabías?

—Hasta esta mañana.

—¿Y por eso estás tan mal humorado?

—Precisamente.

La excusa era aceptable.

El duque lo comprendió y recobró algo de aplomo.

Ya que había de aceptar la situación, poco costaba hacerlo con galantería.

El ejemplo de la baronesa le animaba poco á poco. La arrogancia de la hermosa viuda, su franca sonrisa, el esplendor de su belleza, el brillo de sus ojos, reavivaban los deseos dormidos en el fondo de su alma.

¿No tenía razón en decir que no era digno de lástimas?

¡Le traía su juventud abierta como una rosa de junio y sus millones! ¿Podía pedir más?

—Querida Luisa, dijo, llegas en el instante en que me hace falta valor, te lo confieso. ¿Quieres que te hable con franqueza?

—Si es posible, dije, Luisa con sorna.

—Oye, pues. Es una confesión.

—Vamos.

—Hasta la noche del 26 de Febrero, inolvidable fecha, he vivido con el mayor desorden, burlándome de la virtud, que sólo de nombre conocía, jugando con el honor de casadas y solteras, tirando el dinero por la ventana, seguro de hallarlo el día que quisiera vender mi título á la vanidad de una plebeya. No me creía digno de estimación; pero con arreglo á las leyes del honor mundano, bien poco rigurosas, podía llevar levantada la cabeza. Desde nuestra aventura he perdido este derecho. Me avisa mi notario que he perdido hasta el último sueldo. No me queda ya más.

Abrió un cajón de su mesa.

El cajón de un revólver brillaba en el fondo.

Se lo indicó á la baronesa.

—Es un recurso supremo—añadió.—Muchas veces he pensado si, arruinado, deshonrado á mis propios ojos, no sería mejor saltarme la tapa de los sesos que volver á comenzar una existencia tan desdichadamente terminada. No sé lo que me ha detenido, porque, bien mirado, bastante es un minuto para concluir del todo. Pero no he hallado ese minuto. Creo que tu recuerdo me acobarda y

me ata á la vida. Hay instantes, sin embargo, en que siento impulsos de aborrecerte, y es preciso que te vea para comprender cuánto te amo.

La baronesa le estudiaba con acorados ojos.

—Me das lástima—dijo.—Estos hombres que se precian de amos nuestros, tienen debilidades extrañas. ¿Es posible que el duque Huberto de Vaudrey, el descendiente de aquellos campeones para quienes nada valía la sangre de sus prójimos, haya degenerado hasta el punto de sentir remordimientos por la muerte de un enemigo, y de tener no sé qué absurdo menosprecio de sí propio é impulsos de acabar con su existencia, envidiada por muchos? ¿De qué barro te han formado, amigo mio? Yo soy mujer, y no tengo desalientos estúpidos. ¡Comprendo al vencido, que bajo el peso de la ignominia y de la ruina, se salta la tapa de los sesos, pero tú...! A mí sólo dos cosas me asustan: la miseria, la horrible miseria, ó la pobreza, tan detestable como la miseria: la necesidad que obliga al trabajo quebrantador, incesante, que deforma, gasta y destruye á tantas infelices que tienen la virtud de someterse. Lo que temo, además, oye bien, es la traición de mi amante, del hombre elegido entre todos, á quien deseo y adoro! ¡Ah, duque de Vaudrey, y tú te quejas! Joven, sano, vigoroso, experimentado, discreto, poseedor de una mujer á quien tus iguales adularían si ella quisiera, y que viene á tí y te dice: ¡Aquí me tienes, yo soy el amor y la fortuna, cuantos gozos y placeres puede un hombre apetecer, estoy dispuesta á dártelo! ¡Cuantos triunfos

puede soñar la vanidad más ambiciosa, los tendrás á tu alcance! ¡Y te quejas! ¡Y muestras con ostentación revolveres dentro de los cajones! ¡Está bueno! ¡A quién harás creer que piensas en ir á ver lo que pasa en el otro mundo, teniendo en este cuanto puede lisongear á los sentidos! ¡Yo no siento remordimientos! ¡Yo no tengo pesares! No tengo el menor deseo de morir; no, ciertamente. Déjame pues, dirigir, puesto que yo soy la fuerza, y verás qué hermosa existencia te procuro. ¿Será así?

Hay que dar á cada uno lo suyo.

La baronesa de Bresson no era una mujee cualquiera.

Estaba verdaderamente asombrosa.

Se expresaba con una vehemencia, una arrogancia y una altiva ironía, que le daban aspecto de emperatriz, y aun pocas emperatrices, fuera del garbo, su arrogante cabeza, su soberbia estatura y sus expresivos ojos, llenos de belleza trágica.

El duque, dominado y vencido, le tendió la mano.

—Eres asombrosa, amada mia, y te admiro. ¡Serás una incomparable duquesa!

—Sea, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Desde hoy queda á mi cargo la dirección de los negocios.

—Está bien.

—No adoptarás sin consultarme ninguna resolución de importancia,

—Consiento.

Y besando el blanco brazo de su amante, añadió:

- ¡Eres un encantador consejero!
- Pues manos á la obra. A escribir á tu notario.
- ¿Qué le digo?
- Toma una pluma.
- Ya está.

— Yo dicto. «Muy señor mfo: Le agradeceré que, á pesar de las dificultades de que me habla, venda usted todas mis propiedades, excepto la de Latgou, que me reservo hasta lo último. Tengo á mano un comprador con quien me entenderé fácilmente. De usted, etc.»—La dirección. Concluído.

- Perfectamente.
 - Hemos, pues, casi de acuerdo.
- Vaudrey la miró con inquietud.
- ¿Casi has dicho?...
 - En efecto.
 - ¿Por qué?
 - Porque nos falta que arreglar otro asunto.

Espílicate.

La viuda le dirigió una mirada penetrante y algo dura.

— Hace algunos días has pronunciado delante de mí un nombre que me ha estrañado.

- ¿Cuál?
- El de una joven de esta tierra.
- Qué te importa.
- Ya verás.
- ¿Se llama?.....
- Ivona Rebec.

El duque se rascó una oreja y procuró sonreír.

- ¿Eres celosa? Es un feo defecto vida mía.
- Hasta ahora no lo sabia, porque no me habian puesto á prueba.

— ¿Y ahora?

- Confieso que tengo esa funesta enfermedad.
- ¿Cómo lo has conocido?
- No tengo por qué ocultarlo. Hablaban de tí en mi presencia.

— ¿Y qué decían?

— Nada gravó,

— Respiro.

— Solo que, mientras en tus cartas te pintabas abrumado de pesares y casi de terrores, el narrador aseguraba que pasabas la vida alegremente y disfrutando de muchas distracciones.

— ¿Cómo?

— ¿Cortejando á las beldades de esta tierra?

— No las hay.

— Eso objeté yo.

— Enhorabuena.

— Pero me confundieron diciéndome que hay por lo menos una.

— Es poco.

— Es bastante.

— ¿Y la joven beldad, excepción de las maritornes morbihanesas, es Ivona Rebec?

— La misma.

— ¿Y eso ha bastado para darte á conocer que eres celosa?

— ¿Por qué no?

El duque se levantó.

—Querida mía, dijo, acabas de darme excelentes consejos que me he apresurado á seguir, ¿quieres oír un más?

—¡Si es bueno!

—¡Excelente! Vas á ver.

Tomó la mano de la baronesa y la pasó bajo su brazo. Atravesó la biblioteca y luego una serie de salones llenos de retratos de sus antepasados, gentiles hombres empolvados de la regencia ó de Luis XV, mariscales de campo con relucientes corazas adornadas con lazos; viejos señores con cuellos á la Sulby, marquesas y duquesas, viejas y jóvenes con variedad de trajes.

El duque se detuvo ante la más bonita y dijo:

—Esta es Ana de Vintimille, mujer del duque Estanislao, aquel viejo capitán emboscado entre barbas, herido en Pavia, y abandonado por muerto en el campo de batalla. Pasó como tantas otras, por favorito del rey Francisco I, y no se dice que el duque, su esposo, se incomodase por eso.

—¿Vas á representar la escena de los retratos de Hernani? preguntó la baronesa.

—Sí.

—Recurso gastado, amigo mío.

—No tanto como te parece.

La llevó frente á una joven, en traje de baile muy descotado, con hombros soberbios y cuello de ciena. Cabellos empolvados coronaban su encantadora cabeza, y sus negros ojos brillaban como carbunclos.

—Esta,—continuó,—se llama como tú. Era hija del marqués de Saint Laur. Sucedió á las señoritas de Mailly-Nesles, en la gracia del rey Luis, llamado el Bien Amado, sin duda porque tuvo queridas sin cuento. El duque Renato de Vandrey, su esposo, estuvo retirado en Laugou algunos meses para poder asegurar que nada malo había visto y la recibió con toda clase de agasajos cuando, pasado el capricho del rey, vino á buscarle.

Dió vuelta á los aslones y dió curiosos detalles sobre sus abuelas.

Sabía al dedillo sus historias.

Las había recogido un viejo preceptor, en un manuscrito curiosísimo que se guardaba en el archivo del castillo.

Tocó después el turno á los hombres.

De los relatos del duque se desprende que los maridos no habían necesitado más indulgencia que las mujeres.

—¿A dónde quieres ir á parar?—dijo la baronesa, tratando de dar fin á las agradables historietas.

—A que no somos una raza de burgueses de poco pelo, y á que las pequeñeces deben dejarse á los pequeños. Mira esos nobles señores, si hubiesen estado sujetos á esas mezquindades, no hubieran tenido un minuto tranquilo. El palacio de Vandrey y el castillo de Laugou hubieran sido un infierno. La historia lo demuestra. Imitémosla.

La baronesa movió la cabeza.

—No,—dijo secamente.

Y como insistiese el duque:

—Nó, y mil veces ón—repitió con entonación enérgica.—Esas complacencias no son ya de estos tiempos. Por otra parte, yo no soy de tu raza. Y quiero un marido mio, exclusivamente mio, ¿entiendes?

—Sea—dijo el duque.—Queda anulado nuestro convenio.

—¿Y qué harás?—preguntó asombrada Luisa.

—Me dirigiré á alguna de las clientes de mi notario ó del Sr. Chapuzet. Serán sin duda más acomodaticias.

El duque se expresaba con descuido, pero la viuda palidecía y se tornaba amenazadora:

—No hablas seriamente—dijo.

—¡Sí!

—Oye, y basta de bromas. Yo no he hecho todo lo que he hecho para renunciar á un amante que tanto caro me cuesta. Por otra parte, si he de decirlo todo, no quiero que haya quien sepa mi secreto y pueda hacerme bajar los ojos y no sea mi marido. Además quiero ser duquesa de Vaudrey, no por tí, á quien voy conociendo, y aquí entre nosotros, te diré que creo que me he equivocado engañando á Santiago Bresson en tu provecho; sino por tu título, que me place y quiero llevarlo. Pero exijo también que mi marido respete mi casa. Soy burguesa y me precio de serlo. ¡No haber venido á turbar la tranquilidad, que era mi gozo! Tú eres mio: yo te guardo. Yo no uso eufonismos para atenuar mi pensamiento. He aquí mis condiciones:

Tengo seiscientos mil francos de rents. Te compro Laugo en la cantidad necesaria para que pagues tus deudas. Así no me arruinarás. Tendré la casa con un lujo honroso y creo que podré distraer para tu bolsillo particular cien mil francos. ¿Aceptas?

Hablaba con un tono seco, imperativo, fruncidas las hermosas cejas.

El duque tuvo conatos de resistencia.

Aquella tiranía le espantaba.

—¿Y si rehúso? dijo.

—No rehúsarás.

—¿Quién me lo impediría?

—Yo.

—¿Cómo?

¡Diantre! Aunque tuviera que acusarte del crimen que has cometido.

—¡Perdiéndote tú!

—¡Qué me importa! Tomaría precauciones.

—¿Te atreverías?

—¿No eres el asesino del barón Santiago Bresson, mi esposo?

El duque inclinó la cabeza.

—¡Más bajo! dijo.

—Bien ves que eres mi prisionero.

Y acercándose á su amante y poniéndole una mano sobre el hombro.

—Sí, soy celosa, dijo con hondo acento, celosa hasta la locura; pero esto, ¡qué prueba sino que te amo, Huberto! ¡Puedes estar tranquilo, no te engañaré! pero no quiere que me engañes. Borro el pasado, pero me reservo el futuro. ¿No soy bastante

hermosa para agradarte y para lisonjear tu orgullo? ¡Qué hermosa pareja haremos! ¡Eal! ¡di que aceptas y déjame obrar!

Inclinóse suspirando sobre los cabellos del duque en los que imprimió un beso.

—Desde hoy, dijo, soy tuya cuerpo y bienes, pero tu eres mío ¿Lo juras?

Y le tendió la mano.

El duque la estrechó entre las suyas. Quedaba cerrado el trato.

II

SOLA EN LA CITA.

El duque y Luisa se fueron juntos al terrado del castillo, y luego, por entre los grupos de flores del jardín, á las caballerizas.

Allí, sobre todo, se dejaba ver la ostentación de las grandes familias, que eclipsa á la medianía moderna.

Sesenta caballos cabían cómodamente en aquellas inmensas cuadras, construidas en semicírculo y con bóvedas dignas de un templo.

El escudo de los Vaudrey, bajo una corona ducal, está esculpido en el frontis.

La alegría de la viuda era intensa, pero la contenía.

Ella, la hija de un simple oficial, se enorgullecía á la idea de que sería suyo aquel grandioso castillo, y de que su retrato firmado por un maestro, figuraría en las galerías á continuación de aquel linaje aristocrático emparentado con las más ilustres familias de Francia.

El precio resultaba, á la verdad, un poco alto.

—¡Crímenes!

¿No los hay, indagando bien, en el fondo de la historia de todas las razas opulentas? ¿No hay por lo menos, aventuras inexplicables, muertes misteriosas y olvidadas explosiones?

Y de la existencia de su crimen, ¿había siquiera sospechas?

La tumba del P. Lachaise en que Santiago Branson dormía, ¿no era tan muda como las otras?

El duque lo seguía como si lo llevase atado con una cadena.

No obstante la presencia de la hechicera viuda, continuaba preocupado, distraído, inquieto.

Sus palabras eran premiosas.

Procuraba, sin conseguirlo, disimular su disgusto.

A Luisa Renaud difícilmente se le engañaba.

Al separarse de su amante le sonrió con la amabilidad de los mejores días.

Pero en cuanto montó á caballo meditó sobre todo lo ocurrido, y se dijo:

—Tenía razón Juan María. El duque tiene un secreto y quiero descubrirlo.

El día estaba templado, aunque nuboso, como es frecuente en Bretaña. Blancas nubes, ligeras como

hermosa para agradarte y para lisonjear tu orgullo? ¡Qué hermosa pareja haremos! ¡Eal! ¡di que aceptas y déjame obrar!

Inclinóse suspirando sobre los cabellos del duque en los que imprimió un beso.

—Desde hoy, dijo, soy tuya cuerpo y bienes, pero tu eres mío ¿Lo juras?

Y le tendió la mano.

El duque la estrechó entre las suyas. Quedaba cerrado el trato.

II

SOLA EN LA CITA.

El duque y Luisa se fueron juntos al terrado del castillo, y luego, por entre los grupos de flores del jardín, á las caballerizas.

Allí, sobre todo, se dejaba ver la ostentación de las grandes familias, que eclipsa á la medianía moderna.

Sesenta caballos cabían cómodamente en aquellas inmensas cuadras, construidas en semicírculo y con bóvedas dignas de un templo.

El escudo de los Vaudrey, bajo una corona ducal, está esculpido en el frontis.

La alegría de la viuda era intensa, pero la contenía.

Ella, la hija de un simple oficial, se enorgullecía á la idea de que sería suyo aquel grandioso castillo, y de que su retrato firmado por un maestro, figuraría en las galerías á continuación de aquel linaje aristocrático emparentado con las más ilustres familias de Francia.

El precio resultaba, á la verdad, un poco alto.

—¡Crímenes!

¿No los hay, indagando bien, en el fondo de la historia de todas las razas opulentas? ¿No hay por lo menos, aventuras inexplicables, muertes misteriosas y olvidadas explosiones?

Y de la existencia de su crimen, ¿había siquiera sospechas?

La tumba del P. Lachaise en que Santiago Branson dormía, ¿no era tan muda como las otras?

El duque lo seguía como si lo llevase atado con una cadena.

No obstante la presencia de la hechicera viuda, continuaba preocupado, distraído, inquieto.

Sus palabras eran premiosas.

Procuraba, sin conseguirlo, disimular su disgusto.

A Luisa Renaud difícilmente se le engañaba.

Al separarse de su amante le sonrió con la amabilidad de los mejores días.

Pero en cuanto montó á caballo meditó sobre todo lo ocurrido, y se dijo:

—Tenía razón Juan María. El duque tiene un secreto y quiero descubrirlo.

El día estaba templado, aunque nuboso, como es frecuente en Bretaña. Blancas nubes, ligeras como

velos de desposada, flotaban sobre el pálido azul, el azul de los ojos de los Bretones, descubierto á trechos.

A algunos cientos de metros del Castillo de Laugon, en un sitio donde el camino se bifurca, Luisa cambió bruscamente de dirección y tomó hacia Plelau.

Era un simple rodeo para ir á Scaer.

Rodeó algo largo, ¿pero no era hacia Plelau donde podía tener la suerte de hallar á la bella Ivona?

Así no perdía el tiempo.

Quería interrogar á aquella querida de ocasión, después de haber interrogado á su amante.

Desdénosa sonrisa crispaba los labios de la baronesa.

Los senderos de la selva están alfombrados de menuda yerba y brazos cortos, suaves para los pies de los caballos.

La viuda corría al azar entre dos valles de madera pensando, más que en su camino, en las palabras de Juan María, acerca de la hermosa joven Morbihanesa.

¿Sería efectivamente una rival?

Por de pronto tenía sobre ella una ventaja terrible.

La pobre muchacha! ignoraba la influencia que la baronesa ejercía sobre su amante.

Y tal amor, si existía, no podía pasar de pasajero capricho.

Una de esas relaciones efímeras, aventuras de

viaje, locuras de campo, olvidadas en cuanto se disipa la embriaguez del primer momento.

Sin embargo, había hallado al duque lleno de inexplicable contrariedad, mal disimulada á pesar de todos sus esfuerzos.

La prudencia era sin duda de rigor después de la horrible tragedia; pero, aunque indispensable algún tiempo no había de ser eterna.

Y aunque el estado de su fortuna le atormentase, ¿no estaba ella para arreglarlo todo, restaurar el desdorado blasón y responder lo que aun le conser- vaba levantado?

Los negocios y los temores imaginarios, no eran por consiguiente, sino vanos pretextos.

La causa de la fría recepción del señor de Vaudrey tenía que ser otra.

Era preciso descubrirla.

Lanzóse resueltamente á través de los bosques, excitada por el movimiento, por el aire libre, por el placer de hallarse sola, y descuidada en aquellas campiñas, donde ejercía imperio soberano, á causa de su extraordinaria riqueza.

Montaba á caballo como la mejor amazona.

Corrió á rienda suelta durante treinta minutos.

Y se halló un cruce de caminos que no conocía.

Detúvose para orientarse.

Ante ella había una cruz entre grandes árboles plantados circularmente.

La baronesa adelantó algunos pasos.

Al acercarse se levantó una joven que estaba sen-

tada en las gradas de granito que sirven de pedestal á la cruz.

La blancura mate de su dulce rostro, la finura de sus facciones y el brillo febril de sus grandes ojos negros hundidos en órbitas quizá demasiado perfumadas, extrañó á la amazona.

Tenia los ojos enrojecidos.

Luisa conoció que la joven había llorado.

Recordó entonces quién era.

—¿No es usted la hija de los Rebec de Pielan? le preguntó.

—Sí, señora.

—¿La ahijada del conde?

—Sí señora baronesa.

—¿Me conoce usted?

—He tenido el honor de verla varias veces en casa de mi padrino.

—Parece usted muy joven. ¿Qué edad tiene usted?

—Diecinueve años, señora.

—¿Ya?

—Desde Abril.

—Me he extraviado dando un paseo matinal.

¿En donde estoy?

—En la Cruz de los Azules.

—Conocía de nombre el sitio. ¿Está bastante cerca del castillo si mal no recuerdo?

—Una media legua.

La baronesa se detuvo.

Pensaba que una joven no está sola sin motivo á media legua de su casa; que no medita horas en-

teras en las gradas de una cruz, sin ser una extravagante, y que, para citas de amor, era excelente el sitio: fresco, lleno de sombra y hasta de poesía.

Observaba también que la joven daba señales de nerviosa impaciencia, como si la molestase el testigo y tenía los ojos tenazmente fijos en la senda por donde la baronesa acababa de llegar, como temerosa de ver aparecer á alguno, cuya llegada deseaba poco antes con vehemencia.

La baronesa se dijo que, por coincidencia extraña el duque manifestaba una agitación que, aunque menos visible que la de aquella sencilla criatura, no era menos notable.

Rompíó el silencio y dirigió algunas preguntas á la joven, como sin dar importancia á sus palabras.

Examinaba minuciosamente á su rival y comprendía que era capaz de inspirar la pasión, cuyo misterio le descubría el azar.

Aquello parecía una revelación.

La baronesa era perita en la materia. Con buenos trajes, seis meses de residencia en París y algunos consejos se hubiera comprometido á hacer de la joven un verdadero modelo de distinción y elegancia.

Se mordió los labios y consideró que aquella flor de Bretaña, podía ser el verdadero motivo del apego del duque á sus terrones.

—Muchas veces he oído hablar de usted, señorita, repuso. ¿No se llama usted Ivona?

—En efecto.

—Bonito nombre.

—Muy común en Bretaña.

—¿No se iba usted á casar con uno de los Cléguer?

—¡Con Corentinel!

—Eso es... el hermano de Juan María, ayuda de cámara de mi esposo.

—En efecto.

—¿Cuándo se efectúa la boda?

—No lo sé.

Ivona se mordió los labios y la baronesa notó que hacía sobrehumanos esfuerzos para contener las lágrimas.

—¿Hace mucho que ha salido usted del colegio? dijo, por cambiar de conversación.

—Dieciocho meses.

—Y ¿qué hace usted en Plelau?

—Poca cosa. Gobierno la casa, en la que no viven mientras está ausente el señor conde, sino los jardineros, mi padre y dos criados.

—El Sr. Plelau la quiere á usted mucho y nos suele dar noticias de usted. La adora á usted verdaderamente. ¿No vive ya su madre de usted, hija mía?

—No, señora; la perdimos hace cinco años.

Hubo una nueva pausa durante la cual la hermosa viuda continuó su estudio.

Pudo observar que la joven bretona tenía las facciones fatigadas y las mejillas coloradas por la fiebre; observó que fijaba en el sendero miradas

cada vez más inquietas, y en fin, vió ó creyó ver otra cosa, y por una repentina inspiración, preguntó bruscamente:

—¿Ve usted frecuentemente al duque de Vaudrey desde que está en su castillo?

Ivona perdió el aplomo y enrojeció intensamente: después palideció, y á punto de desmayarse, tuvo que sentarse en las gradas de la Cruz.

—¿Está usted indispuesta? preguntó Luisa.

—Si, señora, y vuelvo á casa. Permítame usted que la deje.

Levantóse con esfuerzo, saludó á la baronesa y dió algunos pasos en dirección al castillo.

—Es extraño, murmuró Luisa siguiéndola con la mirada, pero lo sabré todo.

Las doce daban en el reloj de Scaer cuando la baronesa paró al pie de la escalinata su sudoroso caballo.

El barón Noel no estaba; pero su lugarteniente Juan María velaba en su puesto.

—¿Ha dado buen paseo la señora? preguntó.

—No, malo.

—¿Hacia Plelau?

—Sí, hacia Plelau, y no he perdido el tiempo.

—El paisaje ¡es muy bonito.

—He visto algo más extraño que paisajes bonitos.

—¿Me permite la señora preguntarle qué puede ser eso más raro?

—Sin duda; una bonita muchacha, una beldad de primer orden.

—¿Alude la señora á Ivona Rebec?

—Ha acertado usted. ¿No va á casarse con su hermano de usted?

—De eso se trató; pero no sé si el matrimonio llegará á verificarse.

—¿Hay algún obstáculo?

—Puede ser.

—¿Cuál?

—¡Oh! uno muy trivial y común.

—¿De qué clase?

—No me atrevo á decírselo á la señora.

—Atrévase usted, Juan María.

—Pues que las jóvenes suelen ser caprichosas, y á Ivona no parece agradarle este matrimonio. Creo que ha cambiado de idea.

—¿Desde cuándo?

—Hace algunos meses.

—¡Ah! se contentó con exclamar la hermosa viuda.

Y después de un momento de silencio.

—Y Corentino, ¿qué dice de ese antojo? preguntó.

—Corentino está desolado, señora baronesa: idolatraba á Ivona, pero ya se consolará.

—Alguna razón tendrá la muchacha. ¿La conoce usted?

—Tiene alguna quizá, pero se la calla. Nunca se sabe lo que las muchachas piensan. Hablo de las del país.

La baronesa se mordió los labios.

—Puede usted decir lo mismo de las otras, dijo sonriéndose la baronesa.

Subió lentamente las gradas de la escalinata de Scaer, diciéndose como en Laugou: ¡Sabré, y creo que principio á saber!

Juan María bajó las treinta gradas de la monumental escalinata que sirve de pedestal al castillo de Scaer, fué á dar una vuelta por el parque, y media hora después se detuvo en una especie de rústico kiosco, puesto sobre una altura y sepultado entre plantas trepadoras.

Juan María no necesitó empujar la puerta.

Estaba abierta.

Le aguardaba un singular personaje.

III

JOSON CADION

El pueblo de Scaer es una pobre aldea escondida en un repliegue del terreno á tres kilómetros del castillo.

Sus casas son pequeñas pero bonitas.

La razón es muy sencilla: los Bresson las han construido y las reparan desde hace cincuenta años, parte por caridad, parte por no afean, con un aldeuchó miserable, los alrededores del castillo.

En aquella aldea vivía por entonces un pobre leñador con su anciana madre, á la cual mantenía con el producto de su trabajo.

Este trabajo se reducía á cortar leñas y enebros,

—¿Alude la señora á Ivona Rebec?

—Ha acertado usted. ¿No va á casarse con su hermano de usted?

—De eso se trató; pero no sé si el matrimonio llegará á verificarse.

—¿Hay algún obstáculo?

—Puede ser.

—¿Cuál?

—¡Oh! uno muy trivial y común.

—¿De qué clase?

—No me atrevo á decírselo á la señora.

—Atrévase usted, Juan María.

—Pues que las jóvenes suelen ser caprichosas, y á Ivona no parece agradaarle este matrimonio. Creo que ha cambiado de idea.

—¿Desde cuándo?

—Hace algunos meses.

—¡Ah! se contentó con exclamar la hermosa viuda.

Y después de un momento de silencio.

—Y Corentino, ¿qué dice de ese antojo? preguntó.

—Corentino está desolado, señora baronesa: idolatraba á Ivona, pero ya se consolará.

—Alguna razón tendrá la muchacha. ¿La conoce usted?

—Tiene alguna quizá, pero se la calla. Nunca se sabe lo que las muchachas piensan. Hablo de las del país.

La baronesa se mordió los labios.

—Puede usted decir lo mismo de las otras, dijo sonriéndose la baronesa.

Subió lentamente las gradas de la escalinata de Scaer, diciéndose como en Laugou: ¡Sabré, y creo que principio á saber!

Juan María bajó las treinta gradas de la monumental escalinata que sirve de pedestal al castillo de Scaer, fué á dar una vuelta por el parque, y media hora después se detuvo en una especie de rústico kiosco, puesto sobre una altura y sepultado entre plantas trepadoras.

Juan María no necesitó empujar la puerta.

Estaba abierta.

Le aguardaba un singular personaje.

III

JOSON CADION

El pueblo de Scaer es una pobre aldea escondida en un repliegue del terreno á tres kilómetros del castillo.

Sus casas son pequeñas pero bonitas.

La razón es muy sencilla: los Bresson las han construido y las reparan desde hace cincuenta años, parte por caridad, parte por no afean, con un aldeuchó miserable, los alrededores del castillo.

En aquella aldea vivía por entonces un pobre leñador con su anciana madre, á la cual mantenía con el producto de su trabajo.

Este trabajo se reducía á cortar leñas y enebros,

á podar y derribar árboles, á reparar las techumbres de brezo, y, sobre todo, á cazar furtivamente en las posesiones de Scaer, Plalau y Laugen.

Se llamaba Job ó Joson.

Job y Joson en bretón, equivalen á José.

Job sólo tenía una afición, pero insaciable, y frenética; ¡la caza!

Se sabía, pero nadie había sido suficientemente astuto para cogerle en flagrante delito.

Job podía burlar la diligencia de una jauría de guardabosques.

Podía apostárselas á correr con un caballo.

Y, sin embargo, cojeaba espantosamente.

A los doce años, buscando nidos de urraca, se cayó de una encina y se rompió la pierna izquierda.

Un curandero del cantón se la curó de balde, pero con tal habilidad, que quedó una pulgada más corta que la sana.

Desde la operación de Job corría mucho, pero su carrera tenía algo de fantástica.

De noche, á la luz de la luna, Joson hubiera podido pasar por un gnomo golpeado en la maleza.

No se le veía á menudo.

De no verse obligado á saltar una cerea, corría entre los matorrales, como un jabato, franqueaba setos y zanjas con brincos inolebles, y se metía si había necesidad en las espesuras más recónditas, á pesar de la habilidad del cojo.

La artesa estaba vacía á menudo; y las patatas y el tocino brillaban por su ausencia en las escudillas.

La caza furtiva se vende casi de balde, y los jornales del Morbihan no son espléndidos. Pero estaba el castillo de Scar.

Las discretas limosnas consistían en sacos de harina, en costales de patatas, en tarros de mantequilla y en carros de leña.

A la anciana madre nunca le faltaba su buen manton, ni tela nueva para sayas, ni lana para medias.

Los Bresson, sin arruinarse, hacían para ellos el papel de Providencia.

En Bretafia, sin gastar mucho, se pueden hacer muchas limosnas.

Pero, una era de prosperidades increíble, iba á inaugurarse para los Joson.

La víspera de la llegada de la baronesa Santiago, como llamaban á la hermosa viuda. Juan María había ido á la aldea.

El ayuda de cámara del difunto barón era un personaje para la pobre gente. Estaba tan alto respecto á aquellos leñeros y campesinos, como el castillo respecto á las casitas de la aldea.

No halló en casa á Joson, pero la madre hacía calcetas para el hijo á la puerta de la cabafia.

Al presentarse, Juan María, la vieja arrugada y vacilante, como piedra de ruinoso muto que á desprenderse al menor golpe de viento, se puso la mano sobre los ojos para distinguir mejor.

—¿Es usted Juan María? dijo. ¡Que Dios y su Santa Madre le premien por la visita. ¿Busca usted á mi hijo?

—Sí, señora Codion. ¿No está Job?

—No.

—¿Andrá corriendo por el bosque, para cazar?

—Es fácil.

—Es un verdadero vicio. Y si quisiese todo se podría arreglar. Como cazador furtivo es terrible, pero también es buen muchacho.

—Y un buen hijo, Juan María. Se mata porque nada me falte. ¿Y valiente? No le afredra el trabajo; pero ya sabe que á menudo no tiene en qué ocuparse y es una lástima.

—Yo le daría que hacer en el castillo. Pero solo le gusta andar como una fiera por los bosques..... En fin, venía á haceale una proposición.

—¡Una proposición, señor! ¡Si fuese para sacar-nos de apuros! Pero es imposible. Hemos nacido pobres, y pobres hemos de morir.

—Quizá.

—No me engañe usted con buenas esperanzas, Juan María.

—¿Volverá Job antes de anocheecer?

—Tal creo.

—Dígale usted que vaya á hablarme al castillo. Que no falte.

—Irá. No tenga usted cuidado, y si tiene usted algún trabajo que encomendarle, cuente usted con él. Tiene sus faltas el pobre muchacho, pero es manso como un cordero y leal como un perro.

—Bueno, bueno, señora Codion. Dígale que es por su bien, y mientras tome usted como anticipo por el trabajo que hará.

Juan María fué espléndido, aunque atento al principio de que no conviene echar á perder al vulgo con prodigalidades indiscretas.

Sacó del bolsillo dos hermosas piezas de cinco francos, casi nuevas, y les puso en la falda de la buena mujer.

La anciana retrocedió sorprendida, como si hubiera visto los tesoros de Golconda.

—¡Jesús! exclamó. ¡Esto es para nosotros!

—Sí, y dígale usted que le daré más. Esto es solo para hacer boca, y tras el dinero vendrá algo mejor. Adiós.

Dos días después Juan María, que paseaba por el terrado de Soaer, vió acercarse un ser de larga cabellera roja, angulosas facciones y salientes pómulos.

Sus recelosos ojos brillaban en el fondo de sus órbitas, sombreados por espesas cejas. Vestía una especie de chamarreta con remiendos de todos colores, que, decolorados por la lluvia, se confundían en una tinta uniforme como campo acabado de labrar.

No tenía sombrero ni zapatos, y en las piernas llevaba sólo unas polainas destrozadas por los espinos y roceadas con un hilo gordo como el de las redes de pescar.

Juan María le indicó que le siguiese, y se dirigió hacia una colina aislada, coronada de copudos árboles.

Desde ella se descubren hacia poniente los colli-

nas en que se asienta Pielau, y al mediodía, casi á igual distancia, el castillo de Langou, cuycs tejados brillaban teñido de rojo por el sol próximo á ponerse.

—Joseon, comenzó el criado, ¿tienes por qué quejarte del castillo?

—No, como hay Dios, Mentiría si dijera otra cosa.

—Tú sabes que muchas veces te habiéramos podido poner en grave aprieto por tus continuos asaltos en la caza. Corentino y mis padres me lo tiene dicho mil veces.

—¡Cál!—dijo el cazador por no comprometerse.

—El barón Santiago te ha socorrido cuando te ha visto en necesidad.

—¡Ay, sí que buen señor.

—Ha muerto, pero puedes prestar un servicio á su hermano.

—¡Yel! ¡Un pobre gusano prestar servicios al barón!

—Puedes. ¿Quieres ganar diez piezas como las que he dado á tu madre?

—¡Que sí quiero!—exclamó Job.—¡Sin duda! ¡Que quiero!

Y añadió:

—Sobre todo porque sé que no me has de mandar nada malo, Juan María ¿qué hay que hacer?

Sin duda Juan María no estaba completamente seguro del consentimiento del cojo, porque añadió:

—Si nos sirves lealmente, el baron te dará para mientras vivas un buen empleo.

—Un empleo... á mí!

—Sí. ¿Qué dirías si te propusiera que renunciases á oszar en verdad.

—¡Hombrel la verdad, Juan María: eso tiene su miaja de dificultad. A mí me gusta el monte por la noche; oigo allí ruides que me agradan y me atraen como el baile de las romerías; el ciervo que brama, el jabalí que hozza gruñendo, los zorros que ladran como perros; no hay música como esa para mí; quien la oye una vez no la puede dejar

—La oirás todo cuanto quieras; pero guardando la caza del baron Noel. Eres lobo, ¿quieres ser pastor?

El pobre cojo se estremeció de piés á cabeza.

Su semblante expresó cierta vacilación.

No podia dar crédito á semejante felicidad.

—Se burla usted de mí, Juan María,—balbuceó —y eso no está bien.

—No por cierto, te doy mi palabra y la del baron. Si le sirves como es debido tendrás buena casa en el monte, buena paga y serás guarda-bosque.

—¡Guarda!—murmuró Joseon entornando los ojos.

El sueño dorado de todos los cazadores furtivos.

Jamás lo hubiera creído.

Temblaba de alegría.

¿Pero qué iba á pedirle en cambio de aquella inesperada fortuna?

Job era honrado.

Quería pagar en buena moneda, y le parecia imposible.

Una plaza de guarda, una casa, un sueldo, y el bosque á su disposición.

Hay que hacerle justicia.—Pensaba sobre todo en su madre. La pobre mujer podría pasar el resto de la vida con sesiego y abundancia.

—Tu corres como una liebre—dijo Juan María.

Una sonrisa de satisfacción dilató el semblante del cojo.

Si sólo se trataba de correr, el negocio era bueno; pero de ordinario no hace uno su suerte por trotar unas cuantas leguas por la landa.

De ser así Joson sería tan rico como los Bresson.

—Y sabes esconderte en la maleza cuando no quieres que te vean los que van en tu persecución.

Cuando digo que se está usted burlando de mí—dijo con tristeza Joson.

—No.

—Pues hable usted francamente. ¿Qué hay que hacer?

Oíase á lo lejos, en el camino que baja de Gael á Soaer, un ruido sordo que iba aproximándose.

Luego cascabeles y fuetazos, que resonaban como para anunciar la llegada de los señores del castillo.

—Escucha,—dijo primero Juan María.

Job escuchó con atención.

Un coche de camino; arrastrado por dos vigorosos percherones grises, rodó por el enarenado suelo de una larga avenida que conducía al castillo y se detuvo ante la escalinata de la fachada principal.

—Mira—volvió á decir Juan María.

Job se volvió todo ojos y se fijó en el coche.

El lacayo que venía al lado del cochero saltó á tierra.

Sobre los almohadones del coche venían recostadas dos mujeres vestidas de negro.

Luciana, la doncella de la baronesa, se apeó primero.

La otra, la rubia, dirigió sus lentes, primero al castillo, después al parque y se levantó con negligencia.

—¿Ves á aquella mujer?—preguntó Juan María.

—¿La baronesa?

—A menudo saldrá á caballo ó en coche. No quiere compañía.

—¿Y luego?

Sus caballos corren como el viento.

—Los conozco.

—¿Puedes seguirlos sin ser visto?

Job vaciló.

Le proponían el oficio de espía.

Juan María había previsto su repugnancia.

—El barón Noel es un hombre honrado, incapaz de una mala acción—dijo con viveza.—De ti nos podemos fiar, Joson.

Eres valiente y discreto. Te conozco. No se te escapará una palabra. Se ha cometido un crimen. Se trata de descubrir al culpable y de castigarlo.

—No comprendo.

—No debes comprender. Seguirás á la baronesa sin que ella lo note, y me dirás en seguida á mí, á

mí solo, á dónde ha ido. Eso es todo. ¿Quieres ayudarnos?

El pobre diablo arrugaba la frente.

Dió una especie de resoplido.

—Juan María—dijo después de un minuto de lucha—los Bresson han sido buenos para nosotros. Sin ellos, ya habría muerto de miseria mi madre. Han pagado la cruz que hay en la tumba de mi padre. El oficio me repugna; pero creo que es con buen fin lo que el señor barón hace. Obedeceré.

—Estáte pronto, y desde el amanecer, alerta.

IV

NOTICIAS.

Joson cumplió la consigna.

El cojo era un hombre honrado, esclavo de su palabra. Hubiera corrido sin detenerse hasta Proermel, que está á sesenta kilómetros de Plelau, antes de faltar á ella.

Levantóse, pues, antes de salir el sol, con lo cual no variaba de costumbre. Rara vez dejaba de mojarse los pies con el rocío antes de amanecer, apostado para la caza matinal.

Las provisiones de Juan María resultaron ciertas.

La hermosa viuda sentía sin duda necesidad de aspirar la fresca bruma de la pradera, porque, á las siete de la mañana cesaron con estrépito las persianas de su habitación, empujadas por Luciana, á quien despertó un violento campanillazo de su señora.

Hacía tiempo que Joson, de escucho en la maleza, acechaba tan oculto como un conejo en su cueva.

Un guarda pasó cerca de él, sin la menor sospecha.

Los cazadores furtivos tienen una buena cualidad: la paciencia:

En esto pueden apostárselas con los pescadores de caña.

Y Joson tenía para prestar á media docena de santos.

Su misión, á decir verdad, no le entusiasmaba.

Espiar á una mujer nunca puede ser una obra buena.

El pobre cojo vacilaba todavía al acomodarse sobre el flaco espinazo la andrajosa chamarreta; pero consideró que había empeñado su palabra á Juan María, y que siempre podría volverse atrás avisándolo, si las cosas tomaban mal sesgo.

Miró, por último, á su madre que dormía, y acabó de decidirse.

La buena mujer estaba muy vieja y achacos.

Puesto que la casualidad le brindaba un medio de asegurar el bienestar de la anciana, no debía negarse.

Entró, pues, en campaña.

Después de la doncella se dejó ver la señora.

La bella rubia, en traje de montar, se asomó á la ventana, se volvió hacia el Mediodía y miró largo rato los bosques que cercan á Laugu.

Llevaba prendida al lado una rosa roja, que se destacaba sobre el fondo oscuro de su traje.

Estuvo un instante en observación, mientras se ponía poco á poco los guantes.

Y Joson, con su mirada de ave de rapina, vió que Luciana le entregaba un latiguello de empuñadura de oro.

El muchacho estaba sobre la pista.

Tendría que mover las tablas de lo lindo.

Su amor propio estaba excitado.

Juan Maria le había preguntado si podría seguir los caballos de la baronesa.

Ya lo vería.

Pero las precauciones nunca están de más y la prudencia siempre es buena.

Joson vió al pie de la escalinata á sir Black, corcel de pura sangre, negro como el carbón, caballo favorito de la baronesa sir Black, pifaba impaciente, levantando la arena en derredor.

Era preciso ganar el terreno.

Joson conocía perfectamente todas las salidas del parque.

Yendo á caballo la baronesa sólo podía salir por dos.

A pie, Joson podía pasar por todas partes.

Salir de su escondite, deslizarse bajo los arbustos

y malezas, escalar la cerca é ir á apostarse en un punto elevado desde el cual dominaba todos los caminos que podía seguir la amazona, fué obra de pocos instantes para el agilísimo cojo.

Tenia excelente oído.

Pronto oyó el trote de sir Black sobre la arena de las avenidas.

Sin embargo, el ligero animal apenas tocaba al suelo; pero el hombre, como el animal, acaba por adquirir finísimo oído ejercitándolo de noches y en las selvas.

En pocos saltos Joson se colocó á unos cien pasos detrás de la amazona cuando ésta se metió en la espesura.

La baronesa marchó despacio al principio, como quien va á tomar el aire y á visitar sus propiedades, después de larga ausencia.

Joson, metido entre los brezos, la seguía fácilmente guiándose por el ruido del caballo, sin mostrarse, alargando de cuando en cuando la cabeza, como ciervo que olfatea, y dejándose adelantar ó recobrando, á su gusto, la ventaja perdida.

Cuando la amazona se internó en la landa y llegó á una elevación sin arbolado, se volvió y vió que nadie la seguía.

Entonces cambió de actitud y de dirección, dirigió algunas palabras á sir Black, que comprendió y se lanzó á galope en dirección al castillo del duque.

Job adivinó la maniobra, pero tenía tela para rato, según una expresión de Bretaña.

Si alguna vieja supersticiosa hubiese visto pasar

como un rayo á aquella extaña criatura, dando saltos increíbles, ocultándose como un lobo entre los matorrales, saltando zanjas y atravesando los claros con rapidez eléctrica, pardo como jabalí y melenudo como un león, se hubiera signado y santiguado, y á la noche, en el hilandero, no hubiera dejado de contar que habia visto al diablo ó algún horrigano cabalgando en la landa.

Luisa iba recta como un dardo.

Sin embargo, sir Black jadeaba más que el coje. Joson se reía de aquella carrera.

El caballo, después de bajar con menos rapidez una cuesta algo brusca, llegó á orillas de un prado pantanoso, que á algunos centenares de metros se transforma en extensa laguna.

Allí para pasar á caballo, no hay más sitio que la calzada de la laguna. En cualquier otro se hundiría en el barro.

Al lado opuesto de la sábana de agua se alza á media ladera, en medio de un parque, el castillo de Langou, del cual se distinguen todos los demás detalles.

Job, detrás de una peña que sobresalía entre la maleza, vió á la baronesa pasar el valle por el dique del estanque, entre dos filas de álamos, subir por una calle de árboles, desaparecer tras un grupo de arbustos; detenerse á la entrada del castillo, apearse, acercarse al duque de Vandrey y entrar con él en la casa.

El cojo se tranquilizó.

Podía respirar un rato.

Sacó de un zurrón de tela gris un pedazo de pan negro como un hollin y duro como un guijarro y almorzó sociegadamente.

La bebida no le preocupaba.

El estanque estaba lleno hasta los borde.

Después de engullirse el negro pan se echó entre los juncos y bebió algunos tragos de agua.

Luego esperó, tendido en la yerba, al sol, como un legarto.

La viuda permaneció largo rato en casa del duque.

Joson creía que iba á volver por el mismo camino.

Pero se equivocó.

Mas en un ojeo pueden enmendarse las faltas, y Job valia por dos excelentes sabuesos.

Desde la calzada del estanque vió que Luisa montaba á caballo y atravesaba el parque, y la perdió de vista cuando se internó en el bosque del castillo.

Joson se resó una oreja.

Necesitaba pasar por el castillo y sir Black podía adelantársele.

Seria la una de la tarde cuando Juan Maria y el cojo se sentaron á hablar en el kiosko, que parecia abandonado.

—Y bien, dijo el ayuda de cámara, has vieto á la señora?

—Si.

—La has seguido?

—Si.

—Temia no volverte á ver.

—Lo habia prometido.

—¿Por donde habeis ido?

—Voy á decírtelo. La dama ha tomado por las rocas pardas, la encina gorda, la landa de los perros la enorrujada de los montecillos y los arenales. Su caballo, que al principio iba á buen paso, marchaba al fin con un galope del demonio. Ha llegado al prado de los céspedes, al estanque del vado y á Laugon, por último. Yo estaba sentado detrás de una piedra en la cuesta de las Zorras y la veía como á este mochuelo.

Jason tocó al decir esto una especie de baho disecado, devorando una ardilla, olvidado sobre una mesa desvencijada.

—¡Buena! dijo Juan Maria. Adelante.

—La señora ha atravesado la calzada, se ha internado en el parque y ha entrado en el castillo. Se me figura que el señor la esperaba.

—¿Y ha permanecido allí?...

—Una hora larga.

—¿Y luego?

—Luego ha vuelto á montar.

—¿Sola?

—Sí, y la he perdido de vista.

—¡Ab!

—Había que dar un rodeo para no pasar por el castillo. No es cosa lo que les gustan mis andrajos. Pero he vuelto á dar con ella. Iba en dirección á Plelau, y muy á prisa hasta la Cruz de los Azules.

—¿Después?

—Ha encontrado allí á una joven.

—¿Ivona Rebec?

—Sí. Han hablado cinco minutos y luego ha vuelto directamente á Scaer. Yo no tenía por qué apresurarme. Sabía adonde venia.

—¿Lo sabías?... exclamó Juan Maria asombrado.

—Sí. La he oído preguntar por el camino á la señorita.

—¿Estabas, por consiguiente, cerca?

—A dos pasos; en un matorral de espino negro.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Toma tu dinero, Job, dijo Juan Maria entregando diez escudos al oco. Los has ganado á conciencia.

Jason Cadion no se atrevia á tomarlos.

Persistía en sus escrúpulos y lo enorme de la suma le inquietaba.

Pero Juan Maria añadió:

—Y tendrás tu empleo, Job, y una buena casa para tu madre, y bienestar y derecho á pasearte por el bosque á todas horas, con un traje flamante! No hacia falta tanto.

¿Como hubiera podido imaginar el pobre oco que iba á ganar diez escudos en una mañana y una plaza de guarda bosque en un castillo como Scaer, cuyo dueño tenia millones sin cuento?

El lisiado recogió con viveza los escudos.

—Ven á la cocina á echar un trago, le dijo Juan Maria.

—No, respondió el cojo. Tengo prisa. Quiero entregar el dinero á mi madre.

La anciana nunca habia visto tanto dinero junto. Joh metió los escudos en un agujero de una viga. No tenia caja, pero tampoco miedo á ladrones. No se lo habia dicho todo á Juan Maria.

El haber llegado á Scaer después que la baronesa, dependia de haberse quedado en la Cruz de los Azules.

Apenas partió la hermosa viuda, Joson distinguió desde el matorral en que estaba oculto como una culebra, un caballo que se dirigía á la cruz á toda prisa.

El caballo parecia pequeño á causa de la distancia. Creció al acercarse; pero á medida que crecía, las facciones de Ivona se demudaban. Sus grandes ojos enrojecidos expresaban decepción amarga.

No venia el que ella esperaba.

Era Gib, el mozo de cuadra, portador de un billete.

Ivona rasgó el sobre, leyó la esquela y solo dijo:

—¡Bien!

Luego, después de leerla varias veces, la escondió en el seno.

El groom habia partido en paso de paseo.

La joven volvió á sentarse en las gradas de la cruz y lloró amargamente.

Al fin, se enjugó los ojos y tomó el camino de su casa.

Joson dejó su escondite.

Pero no reveló lo que habia visto.

Se habia comprometido á vigilar á la baronesa, no á seguir á Ivona y á revelar sus secretos.

Juan Maria estaba contento.

Sus dudas se confirmaban, y con la tenacidad característica del bretón, marchaba directamente á su objeto: descubrir la causa del asesinato de su amo.

Lo demás le importaba poco.

Si la perdición de Ivona convenia á sus proyectos, la vería con amarga satisfacción, á pesar del cariño que profesaba á Corentino.

Lo primero era salir victorioso en la grande obra.

Lo demás después se arreglaría.

Por eso, á la tarde, Juan Maria corrió en persona á la más próxima estación, y al dia siguiente á primera hora el barón Noel recibió en una carta esta noticia, que trascendía á victoria:

«Primera visita á Langou. Esperada por el duque; Disminuyen precauciones. Las nuestras aumentan.

«Juan Maria.»

V.

FIN DE UN SUEÑO.

El telégrafo influye sobre las costumbres como el teléfero y los caminos de hierro.

La actual generación vive como las ardillas enjauladas, en perpetuo movimiento.

Los trenes nos soliojtan, los buques nos llaman con sus estentóreos mugidos. El hormiguero humano se remueve, bulle, hierve, se empuja y precipita. Nos vamos de un continente á otro, allende el Océano, como antes á la aldea vecina ó la ciudad próxima á nuestras granjas.

Sé de un pastor normando que se va á Melbourne á vender sus recentales.

La electricidad ha matado el estilo epistolar.

Madama Sevigne no escribiría hoy cartas, expediría despachos con frases sueltas y sin enlace como todo el mundo.

¡Adiós los giros y los periódicos rotundos!

Nada más adecuado, por otra parte, para expresar brutalmente el pensamiento; nada de formas ni eufonismos para amortiguar el golpe.

El amante de Ivona se había aprovechado de este uso.

El billete llevado por Gib, especie de máquina

inglesa perfeccionada como una de coser sistema Lowe ó Merson and C^o, limited que el duque tenía á su servicio, era un billete telegráfico seco, frío y cortante como un escalpelo, destinado á arrancar á la infeliz todas las lágrimas de los ojos.

Después de partir la baronesa, el duque había meditado antes de decidirse.

Estuvo reflexionando un cuarto de hora.

Empleó otro cuarto de hora en redactar su misiva, en aguzarla de modo que fuese más aguda que un puñal y más cortante que una navaja de afeitar.

Esto evitó el encuentro de Gib y la baronesa en la Cruz de las Azules.

La operación se llevó á cabo, no como hecha con la pluma, sino con un bisturí.

El Sr. de Vaudrey deseaba ser libre; las amenazas arrogantes y poco disimuladas de la viuda le inspiraban repugnancia al matrimonio; pero la fortuna del difunto barón le atraía con irresistible fuerza.

El duque era demasiado indeciso, demasiado indolente y demasiado cobarde para buscar, contra la voluntad de su querida, una dote en otro matrimonio.

Le espantaba la lucha.

La baronesa Bresson era, por otra parte, el reposo asegurado, la opulencia adecuada á su título, los goces fastuosos á que estaba habituado.

Le traía además con su elegancia y su arrogante belleza un perfume, un recuerdo, una tentación de

aquel París en que volvería á entrar vencedor, ya que no podía olvidarlo después de haber gustado sus placeres.

Y en fin, Luisa Renaud, habia pronunciado como hábil comedianta su última frase:

—Sí, estoy celosa, celosa hasta la locura. ¿Pero qué prueba esto sino que te amé?

Decidióse, pues, rápidamente, con dignato quizás, pues el blanco rostro de Ivona le sonreía aun angelical visión, ¿pero qué remedio en la deplorable alternativa?

Hallaba en su cómplice la opulencia y la seguridad.

—¡Yo soy la fortuna y el amor!—habia dicho la baronesa con toda verdad.

Habia sangre en aquel amar, pero el tiempo es un torrente que lo lava todo.

Avergonzándose de su crueldad, renunció el duque á la dulce y hermosa seducida, pero su interés exigía este sacrificio y nada le importaba desgarrar, para salvarse, el corazón de una mujer.

Escribió la siguiente esquela, pesando bien cada palabra:

«Acabo de saber la llegada de los vecinos de Soaser y de Plelau. Esta mañana me impide salir una visita. En adelante mucha prudencia. Necesidad de vernos pocas veces; Pensaré en tí. Invariable afecto.»

Sin firma.

Ivona quedó estupefacta.

Leyó veinte veces los mortales renglones, sin dar crédito á sus ojos.

El estilo contrastaba con el de las pocas cartas que habia recibido el duque.

Hacia tiempo que dudaba de la sinceridad de su amante.

Tenia razón.

Al llegar á Bretaña el duque estaba indeciso, medio resignado, á la dorada mediana que esperaba conservar.

Habia tomado á Ivona como una distracción, sin calcular ni prever las consecuencias de una locura, insignificante para él después de tantas.

Las noticias de Chapuzet y del notario, iban siendo cada vez más alarmantes.

El activo disminuía á ojos vistos, por la dificultad de las ventas, y el pasivo subía como la marea y se llevaba el activo, hasta el punto de no dejar ni un franco de la inmensa fortuna de Vaudrey.

A cada carta se oscurecía más la frente del duque.

Ivona presentía el peligro.

Pasada la exaltación de los primeros días, la expiación no habia tardado en venir.

No temia ya á Corentino, que habia descargado su furia, y no iba nunca á Plelau; pero no podia presentarse á su padre sin temblar.

Tenia otros motivos de temor que á nadie se atrevia á revelar. Comprendía, sin embargo, que no podia ocultarlos mucho tiempo.

El ser la muchacha más hermosa del país, aca-

rees envidias que esperan ocasiones favorables para desatarse.

Por casualidad ó de intento, Juanilla se presentaba á Ivona, en cuanto ésta salía del parque de Plelau, y la espantaba con extrañas frases.

La loca la miraba de tal modo que la obligaba á bajar la cabeza.

Dos días antes de recibir el billete del señor de Vaudrey, Juanilla le había dicho con su acostumbrado acento tardo y gangoso:

—Dentro de poco, hermosa mía, la envidia se trocará en compasión.

Durante algunos días devoró ocultamente sus lágrimas, sin oar presentarse, evitando las miradas de su padre, y buscando la soledad, donde esperaba hallar al duque á quien aguardaba inútilmente horas enteras.

Un siglo le pareció la semana que transcurrió después del recado de su amante.

El último domingo de Agosto había fiesta en la aldea de Plelau.

Desde las nueve las dos campanas de la iglesia repicaban con furor.

El repique de las campanas es poético, oído de lejos y suavizado por las masas de verdura, pero Ivona lo escuchaba con terror.

Las campanas la llamaban á la iglesia como á todas, y tendría que afrontar las miradas de las mujeres y de sus compañeras.

Le parecía que llevaba escrita en la frente su deshonra.

Cuando llegó, el templo estaba completamente lleno.

Hacia un calor sofocante.

El sol penetraba por las altas ventanas;

Le costó mucho abrirse paso con Catalina y Gertrudis, que palanqueaban con los codos.

Por dicha, el padre Rebec había ido á Ploermel y no debía volver hasta la noche.

La misa fué larga; el cura la alargó con su prolija plática.

Ivona se ahogaba.

Se llevaba á cada momento el psfuego á los labios.

Catalina y Gertrudis, que eran de buen fondo, quisieron llevársela, pero rehusó sus ofertas.

A pesar de la santidad del lugar y de la solemnidad de la fiesta, oía detrás risas irónicas y quiso permanecer hasta la terminación de la misa.

No se atrevía á atravesar nuevamente la nave, sirviendo de blanco á todas las miradas.

Hubiera desfallecido antes de llegar á la puerta.

Creyó acertar permaneciendo en su banco, porque poco á poco fué recobrándose y llegó al fin del santo oficio.

Pero cuando salió entre sus dos criadas y pasó entró la turba de feligreses que llenaban el cementerio, las mismas risitas de la iglesia acogieron á la desdichada; se dirigió á algunas compañeras, que se apartaron sin afectación, como si hubiera estado infestada, y dé pronto, sin que Catalina y Gertru-

dis pudieran sostenerla, cayó sin sentido en una recién abierta fosa.

La auxiliaron y se recobró pronto; pero desde aquel momento se decidió á evitar por todos los medios posibles semejantes humillaciones.

Juan María fué quien la acompañó á casa.

Sólo le dijo algunas palabras muy carificasas.

¡Cuánto sintió no haber tenido en aquel horrible instante un brazo que la defendiese. El brazo de Corentino!

¿Pero dónde estaba?

¡Nunca le veía!

Dió gracias á Juan María con tan triste mirada, que el bretón echó todo el horror de la falta sobre el hombre á quien ya había jurado un odio á muerte.

Al oscurecer, el anciano Rebec volvió de su viaje.

Se espantó de la palidez de su hija.

La abrazó con más efusión que de ordinario.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Nada. Un vahido. Ya se me ha pasado.

—Tengo que darte una buena noticia.

Ivona tembló.

¡Buenas noticias!

No las esperaba.

Tu padrino debe llegar de un momento á otro.

Mañana, ó quizá hoy mismo. Hay que arreglar la casa.

—Está bien, padre.

Otro peligro.

Tener que avergonzarse ante aquel hombre tan bueno, tan generoso; un segundo padre, que la amaba tanto desde pequeña!

A la primera mirada se enteraría de su estado.

¿Qué podría decirles?

¿Cómo disculparse?

Se ponía como la grana cada vez que observaba que la miraban las criadas, que habían comprendido y callaban.

Era preciso acabar de una vez y ver al duque.

Sólo él podía salvarla si quería, si sus promesas no habían sido falsas.

Pero, ¿cómo lograrlo?

¡Escribir!

¿Para qué?

¡Verle, hablarle, era lo que quería!

Además, por el correo la respuesta tardaría lo menos tres días, y tres días eran una eternidad en su estado.

La fiebre que la devoraba no la permitía esperar más tiempo.

No podía pensar en ir á Lougon de día, porque se la echaría de menos en su casa.

Sólo podía ir de noche.

Pero había otra dificultad.

¿Cómo avisar al duque?

Se decidió á afrontarlo todo.

Esperó con impaciencia la noche.

Cuando creyó que todos dormían, se envolvió en un capuchón oscuro, bajó la escalera de piedra y

se internó rápidamente en la avenida que conduce al pueblo.

No era la primera vez que escapaba de la casa paterna; pero hasta entonces había salido palpitante de amor, segura de hallar á su amante.

Aquella noche iba á la aventura. Nadie la esperaba. Angustiada, ansiosa, llena de horror, se sumergió en las sombras de la noche.

El tiempo estaba tempestuoso.

El día había sido abrasador. Brillaban algunas estrellas en el cielo, pero el viento de Oeste que acababa de levantarse rugía á lo lejos, levantando gruesos nubarrones, rojos á trechos como si ocultasen llamas.

Ivona sentía secreto espanto.

La oscuridad era profunda.

Pensó un instante retroceder y refugiarse en su casa, pero imperiosa necesidad le empujaba.

El conde Hugo iba á llegar.

Una reprensión suya abriría en su corazón la herida más profunda y dolorosa.

¿Por qué?

No podía explicárselo, pero así era.

El conde era un Dios para Ivona.

¡Ah! si hubiera estado en Plelau algunos meses antes!

Una palabra suya, una mirada, un consejo, la hubieran sostenido evitando la espantosa caída, pausa de su dolor.

Continuó su marcha arrebuñándose en el capuchón, que el viento levantaba.

Conocía perfectamente el camino y no temía extraviarse; pero antes de llegar á la mitad, comenzaron á caer gruesas gotas seguidas de una lluvia torrencial.

La lluvia tempestuosa avanzaba y aumentaban las tinieblas, cortadas por lívidos relámpagos.

Se echó la capucha y continuó avanzando.

A ambos lados del camino los árboles y las piedras se destacaban como negros fantasmas sobre el cielo oscurísimo.

Tuvo miedo y creyó oír misteriosos rumores.

Santiguábase á menudo, presa del mayor espanto.

No en vano estaba en Bretaña, país clásico de las hadas, los duendes y las apariciones de difuntos.

Pronto pareció su marcha, precipitada fuga. Tropezaba en las piedras del camino, hundía los pies en los charcos imposibles de distinguir por lo denso de las tinieblas.

Eran casi las doce, cuando jadeante, desfallecida, sin saber apenas dónde estaba, oyó á la izquierda el ruido de una cascada.

Cárdeno relámpago iluminó el estanque de Leugou que, loca de terror, iba á atravesar en medio de la noche.

Otro relámpago seguido de formidable trueno iluminó á la derecha la fachada del castillo.

A pesar de la lluvia torrencial que caía sobre ella como una tromba, lanzó un suspiro de alivio.

Habia llegado.

Pero no bastaba ver la casa, era preciso entrar en ella.

Ivona subió la pendiente que llega al pie del castillo.

Sólo distinguía la enorme masa del edificio, más negra que el cielo, lúgubramente iluminada de cuando en cuando por el resplandor del relámpago.

Todo dormía, al parecer.

Ni una luz en las ventanas.

Comenzaba á perder la esperanza é iba á dejarse caer sobre la yerba del jardín, cuando á la vuelta de un grupo de árboles, vió luz á través de las persianas de una habitación del piso bajo.

La estrella de Belén no pareció tan milagrosa á los Magos como aquella indecisa claridad á la desdichada joven.

Acercóse á la pared, trató de descubrir quién estaba adentro de la habitación, y no pudiendo conseguirlo se decidió á llamar.

No obtuvo contestación.

Indudablemente el habitante del castillo que recibía aquella visita inesperada, estaba inmóvil de asombro.

Ivona volvió á llamar y dijo con voz muy débil:

—¡Por Dios, abra usted!

—¿Quién anda ahí?—gritó uno dentro.

La joven se estremeció de placer al conocer la voz.

—Soy yo—respondió temblando de emoción;—yo, Ivona!

Sonaren pasos precipitados y la puerta se abrió para Ivona, como se había abierto más antes para la baronesa.

Era el duque que velaba en su gabinete de trabajo.

Recibió á la infeliz con semblante hoscó, casi iracundo.

Ivona permanecía inmóvil en el umbral, turbada é indecisa ante aquella evidente expresión de disgusto.

—¡Tú!—dijo el duque—¡qué locura!

—¡Sí, yo, que quiero verte, hablarte!

—¿Tan urgente es?

—Sí.

—Entra—ordenó secamente el duque.

Miró un instante afuera. La tempestad estallaba con furor. Las aguas del estanque reflejaban el cárdeno resplandor de los relámpagos y rugía el trueno repetido por todos los ecos de la agreste cámara, mientras resonaba la lluvia en la arena del jardín.

Los perros aullaban espantados.

El duque volvió la vista hacia el pobre joven y se arrepintió de su sequedad.

Lágrimas abrasadoras rodaban por sus mejillas.

Parecía tan desolada, tan desfallecida, tan estenuada de cansancio, que la cogió de la mano, le quitó la capucha, de la cual escaparon en profusión sus desordenados y húmedos cabellos y la

hizo sentarse en una butaca, junto á la chimenea del gabinete.

Prendió fuego á la leña preparada, y á la doble luz de las lámparas y del hogar contempló el rostro de Ivona, y se sintió, durante un momento, conmovido hasta el fondo de su alma.

Ivona permanecía tendida y medio desmayada, con la cabeza echada hacia atrás, los labios pálidos y los ojos cerrados.

Todo su cuerpo temblaba convulsivamente. El duque puso un almohadón bajo sus pies, se arrodilló ante ella y dijo:

—¡Vuelve en tí ¿estoy á tu lado? ¿Qué quieres? ¿á qué está este viaje insensato, de noche y con tan mal tiempo? ¿No podías avisarme ó esperar?

—No... baluceó Ivona. ¡Ya no vivo!

—¿Pues qué ocurre?

—¡Estoy perdida!

—¡Perdida!

—Adivinan nuestras relaciones... mi falta... Y pronto no podré ocultársela á nadie.

—¿Qué dices?

—¡La verdad!

—¿Más todavía?.....

—¡Pero no ves! ¡Hay que decirlo todo! ¡Ay! ¡asi me amases como he tenido la debilidad, la locura de creer, no sabrías?.....

—¿Qué?

—¡Oh, vergüenza! He querido andar imaginarme que era pura ilusión... Ahora... es imposible... y dentro de algunos meses.....

—Acaba.

—¡Seré madre!

Cubrióse el rostro con las manos y sollozó amargamente.

El duque, apoyado en la chimenea; había recordado su expresión altanera y cruel.

Aquella noticia le producía penosa impresión.

Pero el amor paterno no se despertaba en él.

Estaba acorazado contra todos los afectos, pues no tuvo piedad de aquella infeliz que tan caro pagaba un extravío fácil de comprender. Pensó que los amores campesinos están espuestos á desagradables sorpresas, á las que no conviene prestar atención.

Se decía estas y otras cosas del mismo juez, apretando los labios como un hombre, que paseando bajo el cielo sereno después de la tempestad, ve surgir en el horizonte otro nimbo amenazador.

Ivona era encantadora.

No lo podía negar.

Aun llena de agua, pegado el cabello á las sienes, enlodada la falda y acardenalados los pies, no perdía sus encantos.

Pero era un obstáculo á sus planes y podía crearle dificultades de consideración.

Desde la llegada de la baronesa, el duque hallaba en Luisa multitud de méritos.

Su inmenso capital equivalía con exceso á todos los encantos é inocencias.

Su odioso adulterio, su complicidad en el asesi-

nato del marido, ¿no habían sido por amor al duque y en provecho del mismo?

¡Y qué hábil coquetismo! ¡Qué pericia en los placeres! ¡Qué firmeza! ¡Qué vigor! ¡Qué encanto!

Si la aventura de Ivona resonaba á dos pasos de Scaer, podía acarrear un desastre y aniquilar sus esperanzas.

—¿Dices que sospechan tu estado?

—Sí.

—¿Quién?

—No sé. La gente de Plelau, nuestros vecinos....

—Eso es muy vago.

—Lo conozco en las miradas que me dirigen, en los sarcasmos que me lanzan, en las risas con que me persiguen.

—Comprendo. Te asusta la loca á quien encontramos en todos los rincones.

—Esta mañana, al salir de misa, se han apartado de mí las jóvenes de Plelau, para no hablarme.

—Debias haberlas mirado cara á cara.

—Me he desmayado en el cementerio, en una tumba. ¡Ojalá hubiera sido la mía!

—¿Luego es seguro?

—¡Ay!

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Ya lo he hecho. Te dije que dudaba.... Tú me cerraste la boca.

—Con besos, dijo amargamente el duque.

—¿Qué hacer, Dios mío?

—Sí, ¿qué hacer?

El duque dejó la chimenea y recorría el salón á grandes pasos.

—Sí, ¿qué hacer? repetía colérico.

—El conde Hugo viene á Plelau.

—¿Cuándo?

—Quizá mañana... ¿Cómo ocultarle?...

El señor de Vaudrey se acercó á la joven y estrechó sus manos.

Quería ganar tiempo.

Sólo el tiempo y el alejamiento podían salvarles.

Dentro de un mes la baronesa y el barón Noel habrían vuelto quizá á Paris. Por lo que á él tocaba ya imaginarse un pretexto.

—Ivona, dijo, ¿tienes valor?

—Lo hubiera tenido si me hubieses amado.

—¿Pero si te amo!

—Hace un instante tus ojos expresaban desamor y cólera.....

—Si no te hubiese amado, ¿qué me obligaba á buscarte? Te amo aún y te amo más que nunca. Pero por motivos poderosos que no puedes comprender, es necesario, absolutamente necesario, que no se sepan nuestras relaciones.

—¡Dios mío, eso es imposible!

—Si tú quieres.....

—¿Por qué medio?

—Uno antiguo, como el mundo: huir... dejando una carta á tu padre, sin decir á donde vas.....ni por qué; pero aun no, dentro de algunas semanas. Hasta entonces es preciso negar con energía. Luego

yo te procuraré un retiro donde nadie te descubrirá y al cual iré á buscarte.....

Procuraba parecer amoroso y solícito.

Hablaba con calor, con aquella voz armoniosa que antes suspiraba amores y la aturdió con mentiras pérfidas.

—¿No eres libre?—preguntó tímidamente Ivona.

Hay un misterio en mi pasado. No es una falta, es una desgracia, una fatalidad. Me has dado pruebas de amor. Te pido de rodillas la última. Déjate goiar por mí, y el porvenir es nuestro.

El señor de Vaudrey añadió en voz más baja.

—Te guardaré cerca de mí, en donde nadie lo sospeche. Permanece algunos días en tu casa. Tus temores son infundados. En la hora del peligro me avisarás, y desde aquel instante solo existirás para mí.

—¡Qué dolor para mi padre!

—Durará poco tiempo. Le dirás que volverás feliz y honrada.

—¿Quién podrá volverme la honra?

—Yo.

—Tú—dijo Ivona moviendo incrédulamente, la cabeza.

—Déjame guiarte. Ten confianza. ¿Quieres?

La pobre joven suspiró.

—¿Quieres?—repitió el duque tocando con sus labios el pálido rostro de Ivona.

—Pues bien,—dijo ella—no quiero. ¿Qué lazos te sugelan? ¿No decías que eras libre? Mentías, bien lo veo, ¿Por qué me engañaste? Estoy conde-

nada, lo conozco. No te culpo, la culpa es mía. Yo debía haberme defendido de tus palabras y promesas. Me adormecías con protestas engañosas. Mía es la culpa. He sido vana, orgullosa, necia. Sufiré sin quejarme el castigo de mi falta. Si es demasiado duro, siempre me queda un medio de evitarlo. Nunca he esperado que te casases conmigo. No reflexioné al entregarme. Tan loca estaba que hubiera pasado por ser tu querida á la vieta de todos. Ya sé que en adelante, sólo debo contar conmigo. Prefiero esta horrible evidencia á la duda en que me agitaba. ¡Adiós señor de Vaudrey!

—¡Ivona!

—No trate usted de detenerme. Soy un obstáculo para usted. Dificulto el logro de designios que ignoro. No tenga usted miedo. Sabré callar. Hacen falta el silencio y el secreto, y los tendrá, se lo juro. No seré yo quien hable. Cómo habré de defenderme, es lo que ignoro. ¡Adios!

Dirigióse hacia la puerta.

El duque se interpuso.

—¡No saldrás así! ¿A dónde vas?—dijo.

—A mi casa. Allí esperaré el golpe. ¡Oh, el amor—dijo,—¡qué engaño, qué perfidia!

—Pero si te amo.

—Pruébemelo usted.

—¿Cómo?

—En París no se ven las infamias. Venga usted á París conmigo. Allí consiento en que me encierre usted donde se le antoje. Si me avergüenzo, será ante extraños y desconocidos. Veré á usted quan-

do la plaza concederme un día ó una hora. Cuando se canse usted de mí, me lo dirá francamente. Le juro no mendigar su apoyo. Criaré á mi hijo como pueda, aun cuando tenga que venderme para comprarle pan. No me arredran el trabajo y la fatiga. Pero si quiere usted que le obedezca ciegamente, como ex'ga, yo exijo á mi vez que cuando mi hijo me pregunte el nombre de su padre, tenga yo derecho á responderle:—El señor duque de Vaudrey.

—Eso es insensato.

—Para usted quizá, no para mí. Bastante haré con humillarme ante los demás. Quiero poder justificarme ante mi hijo. El prestigio del título del padre explicará acaso la caída de la madre. Será un bastardo, enhorabuena; pero será un bastardo del duque de Vaudrey.

—Es perdernos los dos.

—No comprendo lo que usted dice. No quiero perjudicarlo.

El señor de Vaudrey puede deshorrar á una pobre muchacha, pero ella no puede deshorrarle. Lo que causa mi infamia no puede causar la de usted. Soy una ignorante, pero, hasta en nuestras aldeas, el hombre se envaneca con sus triunfos, mientras á la mujer se la apunta despreciativamente con el dedo. Déjame usted salir.

El duque comprendió el peligro.

Era necesario dominar su resistencia y evitar el escándalo.

Estrabó á Ivona entre sus brazos y la obligó á sentarse al lado suyo.

—Ma desesperas, dijo. Comprendo tu cólera y tus terrores. He contraído contigo obligaciones que cumpliré, á no ser que me obligues á romperlas con exigencias imposibles; pero hay cosas que no debes saber. Corro un gran peligro. Yo mismo no conocía ese peligro hasta hace poco tiempo, cuando tan feliz era jurándote amor y gozando de tu belleza y hechizos. Déjame unos días para reflexionar. Hallaré medio de salvarte sin exponerme á concitar iras que no puedo desafiar. Te juro hacer lo que pides, ó perderme también.

Ivona le oía desolada, indecisa, sin poder adivinar qué peligro podía amenazar á quien ella suponía omnipotente y superior á todas las miserias humanas, mal convencida, irritada ya por los sufrimientos padecidos y los que preveía en el porvenir.

El duque trató de cautivarla con frases tiernas, juramentos y protestas de amor, pero permanecía sorda á aquella voz tan dulce para ella, en los primeros de su desdichada pasión.

Despertábase en ella otro amor, amor doloroso nacido con los primeros movimientos del ser que llevaba en las entrañas.

—¿Qué necesitamos? dijo el duque agotados ya todos los recursos. Unos días de valor ¡y me los niegas!

—Sea, dijo ella, por acabar de una vez, pero sin confianza y rebelde á las promesas de su amante. Los tendré.

El señor de Vaudrey la colmó de caricias.

Pero ya no la entenebrían.

Ivona permanecía fría como el mármol ante aquel hombre que había sido su Dios.

Había perdido la confianza, y con la confianza el amor.

Dirigióse á la puerta y la abrió.

La tempestad había cesado.

Gruesos nubarrones surcaban, impulsados por el viento, el cielo estrellado.

Ivona quería volver á pie.

El fuego había secado sus vestidos y reanimado su valor.

Fiaba demasiado en sus fuerzas.

El duque la vió vacilar y la sostuvo.

—Ven, dijo.

Fue á la cuadra, enjilló un caballo, y llevó con rabia, como los soldados de Italia á las mujeres robadas, á aquella querida que se le hacía detestable y á la que hubiera arrojado con gusto al fondo de los estanques que brillaban á dos pasos del camino, para aniquilar los obstáculos opuestos á sus planes.

Después de un galope furioso, la dejó á la entrada de la avenida de Plelau, imprimiendo en su frente un beso glacial.

—¿Me obedecerás? le dijo en el momento de separarse.

—Sí, respondió débilmente Ivona.

El duque partió á galope.

Ella escuchó un instante y se internó en la avenida.

La lluvia había refrescado la atmósfera.

Se rebujó en la manta, tiritando, exámine, con el corazón despedazado.

Cuando llegó al jardín empezó á temblar convulsivamente.

De pie, en medio del espacio descubierto, con la cabeza desnuda é inmóvil como una estatua se destacaba la figura de un hombre.

Ivona se detuvo horrorizada.

El hombre avanzó lentamente, sin que ella tuviera fuerzas para huir.

Cuando le vió de cerca, sofocó un grito.

Era su padre, el anciano Rebec, que la esperaba.

Estuvo á punto de caer de espaldas.

El administrador parecía tranquilo; pero sin duda la cólera rugía en su interior.

Sin embargo, en la superficie no había síntomas de tempestad.

—¿De dónde vienes?—preguntó con dulzura á su hija.

—¿De dónde vengo?.....repitió maquinalmente Ivona.

—Sí. Algún motivo tendrás para correr de noche, á estas horas.

—Pero.....

—Sin temor. Dilo. Te he creído honrada. Suponer que me he engañado; suponer que de una santa mujer, como tu madre, y de un padre honrado, como yo, haya salido una bribona, no me es posible todavía. Sé franca, responde sin ambages.

Y viendo que temblaba como la hoja en el árbol:

—No temas.....—añadió.—Te he amado con exceso y no he de maltratarte. Eres mi única familia. Podré reprenderte; pero no hacerte sufrir..... Habla sin temor..... dime la verdad francamente.

—La verdad?—baluceó Ivona:

—Sí. Después, ya veremos.

Ella inclinó la cabeza.

—Te callas..... Hablaré yo por ti. Comprendo que la confesión te es costosa..... Rectifica, pues, si yo me equivoco: ¿Vienes de ver á tu amante, un miserable, un

—¡Padre!.....

—El por qué de tan á deshora, y en noche de tempestad, no se me alcanza; pero no es cuenta mía, es cuenta vuestra. Le he oído..... Vuelve á rienda suelta como un bandolero..... ¿Es un bandolero..... ¿Verdad?

—Sí.

—No quiero saber su nombre, me importa poco. Sea un gañán ó sea el duque de Laugou, la deshonra es idéntica. Mejor fuera que fuese un gañán, porque el amor podría servirte de excusa; pero ha sido el orgullo el que te ha extraviado.

—¡Padre!

—Me lo temía hace tiempo..... quizá es mía la culpa. Hubiera debido vivir más alerta y reemplazar á tu madre. He confiado en ti..... En eso está mi error!..... Vete á dormir, si puedes.

Ivona se arrodilló ante el anciano.

—¡Perdón!—gritó entre sollozos.

—Vete á dormir—repitió Rebec, volviendo la cabeza.—Necesitas descanso.

—¡Padre! ¡Si usted supiese!..... ¡piedad!

—Sé demasiado. Levántate. Mañana hablaremos.

—Lo suplico.....

—Obedece—dijo con dureza el anciano, y se retiró sin ayudarla á levantarse.

Ivona le oyó cerrar tras sí la puerta del pabellón, y quedó sola, con la frente hundida entre la húmeda yerba.

Eran las tres de la mañana.

En el profundo silencio de la noche se oía tan sólo el lúgubre grito del mochuelo y el canto del gallo anunciando la proximidad del alba.

Ivona reanimada por el frío, se levantó trastronada y medio muerta de dolor, permaneció un instante ante la sombría y enorme mole del castillo, se dirigió vacilante á la escalera, subió lentamente aquellas, desgastadas por el paso de tantas generaciones, se metió en su cuarto y cerró la puerta.

Allí, al menos, estaba segura.

Prosternóse junto á la cabecera de su lecho y ocultando el rostro entre la colcha, lloró con la mayor congoja.

—¡Dios mío!—exclamó,—¿por qué soy tan desdichada?

Catalina la oyó y entró á consolarla.

Catalina era blanda de corazón. Su hermosura no era para trastornar á condes y marqueses, pero soñaba románticas aventuras, y si algún galán se hubiera atrevido á requebrarla, seguramente no hubiera opuesto mucha resistencia.

Así lo tenía decidido, pero nadie había puesto á prueba su inocencia.

Dijo á Ivona que el conde Hugo había llegado en la tarde con su amigo el barón Noel Bresson que el anciano Rebec la había llamado para festejar al padrino; que todos se habían levantado; y que ella y Gertrudis habían dicho que la señorita estaba enferma y que necesitaba descanso.

El administrador nada había dicho, pero bien se vió que no estaba convencido. El conde Hugo, se había ido á sus habitaciones contrariado.

Un momento después el anciano había subido al cuarto de su hija y lo había hallado vacío.

Gertrudis y Catalina, aterradas, le habían visto pasarse recibiendo la lluvia, y temblaban de espanto.

¿Qué iba á pasar?

Catalina se felicitaba, en medio de todo, de la dulzura del padre.

—Ya que está hecho el mal, no hay que desesperarse.

Hizo acostarse á Ivona y no la dejó hasta que le prometió dormirse.

Y, en efecto, en cuanto se retiró Catalina, después

de haberla acomodado en la cama con la tierna solicitud de una nodriza, la infeliz, desfallecida y quebrantada, cayó en un profundo sueño, lleno de pesadillas.

IV

CABEZAS DE GRANITO.

La fatalidad se mezclaba en las aventuras de Ivona para agobiarla con su peso.

Al recibir días antes el aviso de Juan María, el barón había sentido una impresión mezcla de indignación y asombro.

Inflexible tocante al honor y á la probidad, respetaba á las mujeres.

No pensaba como muchos filósofos excépticos ó, por mejor decir, cínicos, que las conceptúan seres inferiores, encantos de los ojos, satisfacción de brutales apetitos, á las que nada puede pedirse, fuera de sensuales placeres.

El barón rendía culto al sexo á que debemos nuestras madres, nuestros más delicados gozos y—fuerza es decirlo, nuestros más grandes dolores.

Además, en la intimidad de siete años había acostumbrado á ver en Luisa una hermana, honra de su casa y flor sin rival de su huerto.

Catalina era blanda de corazón. Su hermosura no era para trastornar á condes y marqueses, pero soñaba románticas aventuras, y si algún galán se hubiera atrevido á requebrarla, seguramente no hubiera opuesto mucha resistencia.

Así lo tenía decidido, pero nadie había puesto á prueba su inocencia.

Dijo á Ivona que el conde Hugo había llegado en la tarde con su amigo el barón Noel Bresson que el anciano Rebec la había llamado para festejar al padrino; que todos se habían levantado; y que ella y Gertrudis habían dicho que la señorita estaba enferma y que necesitaba descanso.

El administrador nada había dicho, pero bien se vió que no estaba convencido. El conde Hugo, se había ido á sus habitaciones contrariado.

Un momento después el anciano había subido al cuarto de su hija y lo había hallado vacío.

Gertrudis y Catalina, aterradas, le habían visto pasarse recibiendo la lluvia, y temblaban de espanto.

¿Qué iba á pasar?

Catalina se felicitaba, en medio de todo, de la dulzura del padre.

—Ya que está hecho el mal, no hay que desesperarse.

Hizo acostarse á Ivona y no la dejó hasta que le prometió dormirse.

Y, en efecto, en cuanto se retiró Catalina, después

de haberla acomodado en la cama con la tierna solicitud de una nodriza, la infeliz, desfallecida y quebrantada, cayó en un profundo sueño, lleno de pesadillas.

IV

CABEZAS DE GRANITO.

La fatalidad se mezclaba en las aventuras de Ivona para agobiarla con su peso.

Al recibir días antes el aviso de Juan María, el barón había sentido una impresión mezcla de indignación y asombro.

Inflexible tocante al honor y á la probidad, respetaba á las mujeres.

No pensaba como muchos filósofos excépticos ó, por mejor decir, cínicos, que las conceptúan seres inferiores, encantos de los ojos, satisfacción de brutales apetitos, á las que nada puede pedirse, fuera de sensuales placeres.

El barón rendía culto al sexo á que debemos nuestras madres, nuestros más delicados gozos y—fuerza es decirlo, nuestros más grandes dolores.

Además, en la intimidad de siete años había acostumbrado á ver en Luisa una hermana, honra de su casa y flor sin rival de su huerto.

Hubiera querido que fuese inocente, á pesar de las experiencias que la condenaban.

Cada nuevo cargo le desilusionaba cruelmente.

Gracias á su austeridad feroz, á sus carifiosos modales, á su ingenio sutil y contenido, Luisa habia logrado captarse su simpatía, apoderarse de él, á pesar de la dificultad de la conquista, y adormecerle hasta el punto de no despertar sino al horrendo estallido de la muerte de su hermano.

Aquella mujer se habia burlado de los Bresson desvergonzadamente.

Los habia engañado, á pesar de su sagacidad, como á unos pobres diablitos.

Pero se habia hecho la luz.

El dudar ya hubiera sido absurdo.

Dos palabras habian bastado para excitar los ojos de Luisa y precipitar su marcha.

El apresuramiento para reunirse á su cómplice era una prueba evidente.

Siempre es el corazón el punto vulnerable de la mujer.

Por muy poco que tuviese Luisa, le habia vendido el suyo.

Creyendo conjurado el peligro, se quitaba la máscara.

A su juicio, los dos amantes habian representado bastante tiempo la comedia de la separación.

El barón los esperaba con la paciencia de un cazador en acecho.

Limitaban el sacrificio al plazo exigido por las conveniencias.

Espirado este plazo, comenzarían las indiscreciones.

Habia llegado la ocasión de promoverlas y de aprovecharlas.

El barón debia seguir de cerca la intriga cuyos hilos estaban en su mano.

Antes de partir, conferenció con sus dos amigos Renaudet y el condé Hugo.

Los tres aliados se reunieron en el café Inglés en el mismo gabinete donde veintitrés años antes se habian prometido mútuo auxilio.

El fin misterioso de Santiago Bresson era una herida abierta en el corazón de los tres sobrevivientes: aquel fin les atormentaba como un enigma cuya solución no logramos.

Juraron de nuevo hallar la clave que entrevesan ya tan claramente como si estuviera escrita en la pared con caracteres de fuego.

Renaudet y el barón conocian, tan bien como el notario del duque, la situación financiera de ésta y creían, que con el pretexto de su amor verosímil dada la belleza de Luisa, habia preparado una odiosa maquinación para apoderarse de la fortuna de Santiago á la par que de la mano de su viuda.

Noel, gracias á aquellos renglones precipitadamente escritos por su hermano, tenia en su poder el medio de desbaratar aquel cálculo, y si ocultaba el testamento, era para utilizarlo á última hora.

Pero no le bastaba arruinar á los culpables, necesitaba arrancarles el honor y la vida.

¡El talión!

¿No era justo, por ventura?

Al fin de la comida, al separarse los tres amigos:

—Vela aquí, dijo el banquero á Renandet que quedaba en Paris. Nosotros velaremos allá.

Al día siguiente por la mañana Noel Bresson y Plelau tomaron el expreso de Bretaña en la estación de Montparnasse.

Plelau se alegraba de volver al Morbihan.

En obsequio del barón habia hecho el sacrificio de permanecer con él en Paris para hacerle más llevadera la muerte de su hermano.

Pero el conde estaba cansado de Paris.

La idea de volver á su antigua casa nativa, á sus árboles, á sus granjas, á sus jardines y selvas le regocijaba infinito.

Pensaba sobre todo en su pequeña Ivona, que debia haberse desarrollado y estaria fuerte como una mujer robusta.

No era este el menor aliciente de su viaje.

El conde Hugo sentía verdadero amor paternal por su ahijada.

Ocupaba en su corazón el puesto de los hijos de que carecía.

Es una verdadera necesidad la adopción de algún ser débil, á quien proteger con cariño.

Ivona era el ser débil adoptado por el conde.

El viaje fué bastante silencioso.

El barón Noel meditaba sus planes.

Se acercaba la hora de la catástrofe.

Sería preciso condenar sin compasión y el cargo de juez, que se proponía desempeñar fríamente, pesaba terriblemente sobre su alma.

Pero ninguna contemplación le detendría.

Tenia decretado el castigo, y su alma era inflexible como la más dura roca.

Habia cerrado la noche cuando los viajeros dejaron el tren en la estación de Montauban de Bretaña.

Este Montauban, no es como su omónimo del Mediodía, sino un lugar sin pretensiones.

Los dos amigos no tenían prisa.

Nadie les esperaba.

Habian pensado pasar allí la noche.

Pero cambiaron de propósito.

La tierra natal nos atrae con más fuerza cuanto más próximos estamos á ella.

Alquilaron una berlina que databa de los mejores tiempos de la restauración, y en semejante carricoché, tirado por dos jamelgos, emprendieron su camino.

El barón Noel pasaría la noche en Plelau, en casa de su amigo.

Los días que el banquero pasaba lejos de su cuñada le parecían de fiesta y descanso.

Era trabajo penoso el de fingir sin cesar y poner buena cara á la más odiosa enemiga.

La llegada á Plelau se retrasó mucho, por la torpeza de los jacos y pesadez del carruaje.

La enorme máquina entró en la avenida dos horas después de haberla atravesado á pie la infeliz Ivona, para visitar al duque, cuando la tempestad estallaba violentamente á una legua de distancia.

El conde Hugo encendió un fósforo y miró su reloj.

Eran cerca de las doce.

Al ruido de los cascabeles ladraron los perros; las ventanas se abrieron unas tras otras, y por todas partes se oían exclamaciones de júbilo.

Catalina y Gertrudis corrieron á recibir á los amos.

Sus rostros estaban rojos de alegría.

—¡Es el señor! ¡Jesús, qué hora de venir y sorprendernos á todos!

Lorenzo Rebec abrió de par en par las puertas.

Era un continuo ir y venir de faroles.

Parecía la resurrección de una cosa muerta.

El conde Hugo, que lo examinaba todo con placer, parecía buscar algo que no se presentaba.

—¿Anda bien todo, Rebec? dijo.

—Todo, señor conde.

—¿Personas y cosas?

—Sí, gracias á Dios y á la Virgen María.

—Llegamos á tiempo. La tempestad deacarga hacia Langou.

—Sobre la hacienda del duque, añadió el anciano Rebec. Mala noche para los rondadores nocturnos. Buena mojadura les espera.

—Llueve á cántaros, dijo intencionadamente

Gertrudis. No está el tiempo para andar de camino.

Catalina dió un codazo á Gertrudis que añadió:

—Mejor es dormir.

El conde Hugo continuaba buscando.

Ordinariamente Ivona era la primera que se presentaba á abrazarle. Parecía como que presentía su regreso.

Catalina tuvo una buena idea.

Acercóse al conde y le dijo.

—Está enferma, señor conde. Duermes y no hemos querido despertarla.

El conde respiró.

—Dejadla, dijo, mañana la verá.

Accompañó al barón á su cuarto y todo volvió á su estado normal.

Las luces se fueron apagando.

El anciano Rebec nada había dicho, pero lo había visto todo.

Había observado que Catalina indicaba á Gertrudis que callase.

La ausencia de su hija le extrañaba también.

Si el conde Hugo adoraba á su ahijada, Ivona no quería menos á su padrino.

De no estar moribunda hubiera salido á recibirle, y la berlina había hecho ruido capaz de despertar á un muerto.

El honrado administrador esperó á que todo el mundo estuviera en su alojamiento, y fué á llamar á la puerta de su hija.

Catalina tembló entre sus sábanas de castaño, gordas como velas de navío.

Gertrudis, menos sensible, proveía una quimera.

Rebec, no obteniendo contestación, empujó la puerta y vió el cuarto vacío.

Ni siquiera estaba deshecha la cama.

Fué un golpe de maza que le sumió en la desesperación más profunda.

No dió un grito. Apagó su linterna, bajó sin hacer ruido y se apostó en la casa para esperar á la culpable. No sentía la lluvia que caía á torrentes.

Ya hemos dicho lo demás.

Al día siguiente se levantó con el alba.

Fué á la capital del distrito, y consultó al juez de paz sobre la conducta que debía seguir.

Luego se dirigió en busca del notario, le trajo en su coche y se encerró con él en la sala que le servía de despacho.

El conde Hugo había llevado á su amigo Noel á Soaer, á cosa de las nueve.

Quando volvió á las once, tenía preparado el almuerzo, pero Ivona no se había atrevido á presentarse.

El conde almorzó sin apetito.

Le atormentaba la ausencia de la joven, y todos los rostros le parecían extraños, y contrariados.

¿Qué ocurría?

No se atrevía á preguntar temeroso de alguna noticia triste.

Demasiado pronto se saben.

A las doce, el anciano Rebec le rogó que pasase á su despacho para un asunto importante.

El notario estaba sentado delante de una mesa con un legajo de papeles al alcance de la mano.

El administrador había reservado para el conde su sillón, y se lo ofreció.

Y cuando el señor de Plelau ocupó su sitio, preguntándose con inquietud qué significaría aquella extraordinaria ceremonia, Lorenzo Rebec llamó á Gertrudis, que andaba por allí, toda curiosa, y le dijo:

—¡Que venga mi hija!

El conde había guardado silencio hasta entonces; pero comprendiendo por la orden de Rebec que se trataba de Ivona, no pudo contener una pregunta:

—Pero ¿qué significa todo esto, Rebec?

—Esto significa que en Plelau pasan cosas muy tristes, señor conde.

—¿Qué cosas?

—Cosas que nunca hubiera creído ver, pero que existen. Y como usted es el señor y el padrino de Ivona, me he permitido citarle.

El anciano hablaba con una mansedumbre amenazadora, indicio de profunda irritación y de una explosión próxima.

Se conocía que hacía violentos esfuerzos para contenerse.

El conde se devanaba los sesos por imaginar la causa de aquella sorda cólera, y que estaba tranquilo.

Supuso una elección de marido contraria á las miras del padre, algún capricho de muchacha, corroborando su hipótesis las noticias acerca de la hilación del casamiento de su ahijada con Corentino.

Pero cuando se presentó Ivona, pálida como una muerta, desfallecida, con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, el conde sintió verdadero espanto.

La cosa era más grave de lo que había creído.

Con un ademán mandó á la infeliz que se acercase.

Ivona se aproximó vacilando, como retenida por el sentimiento de su indignidad, pero él la agarró bruscamente por la muñeca y la atrajo á sí, diciéndole con conmovedora ternura:

—Vamos á ver, ¿qué hay?

Entonces Ivona estalló en sollozos, sin contenerse ya.

Pero no desplegó los labios.

—Cuéntame tus penas, añadió el conde en voz baja, con indulgencia de madre ó de confesor.

El señor de Plelan tenía cincuenta años, bigote gris y escasos cabellos. Su rostrero, ya arrugado, agradaba por su bondadosa expresión. Sus ojos azules tenían indecible dulzura. Médico por obedecer impulsos de caridad, miraba con extremada indulgencia las debilidades humanas que le eran muy conocidas.

Al mirar á Ivona lo comprendió todo compade-

ció profundamente á la pobre niña sin madre, expuesta por su hermosura á tantas concupiscencias.

No le preguntó más y esperó, reteniendo á Ivona junto á sí, conservando su mano entre las suyas, como para atenuar el golpe que iba á recibir, y prometiéndole con un beso en la frente su cariñosa protección.

—Estoy yo aquí, murmuró á su oído.

Ivona sonrió, con sonrisa que sólo el conde distinguió á través de las lágrimas de su ahijada.

—No temas, volvió á decir.

—Señor conde, comenzó el anciano Rebec, voy á rendir cuentas á mi hija y á entregarle la parte de su madre. No ha llegado á la mayor edad, pero el juez dice que se la puede emancipar. Por otra parte, entre nosotros no hacen falta grandes formalidades, porque aunque Ivona no sea ya lo que hubiera debido ser, creo que en cuestión de intereses continuará siendo honrada. El notario ha hecho el cálculo y la va á enterar de sus derechos.

—Padre, le suplico..... murmuró Ivona.

—Cállate, mandó Rebec.

Vista la insistencia del administrador, tomó la palabra el notario.

Leyó una serie de observaciones, y terminó en esta forma:

«De lo precedente resulta que la señorita Ivona-Juana-Isabel Rebec tiene derecho, como heredera de su difunta madre, á una suma de once mil novecientos veintidos francos, cincuenta céntimos,

que le han sido entregados inmediatamente por su padre Lorenzo Pedro Rebec, al que se otorga el correspondiente recibo.»

El anciano alineó sobre la mesa doce columnas de luises, ya contados, y dijo:

—¡Oüental!

Ivona no se movió.

—¿Qué se propone usted? preguntó el conde.

—Lo siguiente: Para no ser ludibrio de las gentes del país, que nos apuntan con el dedo, me separo de mi hija, á quien no quiero volver á ver. Con ese dinero puede irse á un convento donde acaso la reciban, y si no á otro sitio.

—¡Rebec, juicio, por Dios!

—Tengo mi idea y nadie me hará desistir. Es preciso que nos separemos. Quizá me dejaría llevar de arrebatos de que luego me tendría que arrepentir. Usted, señor conde, es muy dueño de tenerla aquí si quiere. Yo haré mi maleta y dejaré la casa muy á mi pesar. Hace tanto tiempo que en ella vivimos, que la considero mía.

—No se irá usted de Plelau, dijo el conde, pero no puede usted echar á Ivona.

—Eso es lo que he resuelto.

—¿A dónde quiere usted que vaya?

—¿A dónde? A casa de su querido, dijo el anciano sin exaltarse, pero con inquebrantable resolución, á casa del hombre que ella ha elegido por su voluntad. Me creerán acaso algo duro, pero no se reirán de mí.

—¡Rebec!

—Está dicho, señor conde. ¡Ella ó yo! Elija usted.

—Ninguna queja tengo de usted, Lorenzo, y además es usted el jefe de su familia. Haga usted lo que le parezca.

No insistió. Conocía las cabezas del Morbihan; hubiera sido lo mismo que pensar en remover las rocas de Peumarch ó la punta del Raz, que las olas valen desde la creación, sin haberles quitado una pulgada.

El administrador se dirigió á su hija.

—¡Ea! dijo, toma el dinero y vete.

Ivona se arrodilló ante el anciano.

—¡Padre mío, suplicó, compadézcase usted de mí!

Rebec se mordió los labios, pero no contestó.

—¡Por mi santa madre! añadió Ivona juntando las manos.

Das lágrimas rodaron por las mejillas del anciano, pero continuó callado.

—Señor Rebec, dijo entonces el notario, hay que perdonar.

El buen hombre hizo un esfuerzo sobrehumano y contestó:

—No.

Y volviéndose hacia su hija:

—Vete, volvió á decir.

Ivona se levantó, se enjugó las lágrimas y salió sin pronunciar una palabra.

—Le hará usted que reciba el dinero, señor Treleuc, dijo el administrador al notario.

El conde siguió á la joven y la alcanzó en el terrado del castillo.

— ¡Ivona! exclamó tendiéndole los brazos.

La joven le abrazó desolada.

— ¿Con qué es verdad?

— ¡Ay!

— ¿Tenías un amante?

— ¡Estaba local!

— ¿Qué vas á hacer?

— ¡No sé!

— ¡No hagas nada sin contar conmigo!

Ivona suspiró y los sollozos ahogaron su voz.

— Vete á llorar, le dijo tiernamente el padrino. Eres demasiado bella, ¿lo ves? y la hermosura á veces es un don fanesto. Vete á llorar.....

Y estrechándola contra su pecho, repitió con inefable dulzura:

— Sobre todo, no temas: estoy yo aquí.

La vió subir la escalera de granito y no se retiró del terrado hasta que oyó el ruido que la joven hizo al cerrar la puerta.

Se alejó entonces y se puso á pasear entre los grandes árboles pensando en la escena que le causaba penosa impresión.

No se informó del nombre del seductor.

Lo había adivinado.

Y le juró una execración racional y feroz.

Pero quiso tener pruebas, y queriendo evitar á la joven, á quien amaba más desde que era desdichada, la vergüenza de una confesión, se dijo:

— Velaré.

VII

SECRETO MORTAL.

«Señor duque:

Anoche me estaba esperando mi padre. Me ha detenido cuando me dirigía á mi cuarto. He expiado mi culpa en uno de esos minutos imposibles de olvidar. Esta mañana me ha arrojado de su casa. Le conozco bien. Inflexible en cuestiones de honor, jamás me perdonará. He servido á usted de juguete: no ha tenido usted nunca ni sombra de aquel grande amor de que me hablaba. No sé que hacer y no puedo resignarme á avergonzarme toda la vida ante los seres amados y ante mi hijo que me echaría en cara su nacimiento.

«Voy á morir sin sentir dejar la vida.

«Le perdono el mal que me ha hecho.

«Que Dios le perdone también. Adios.

«Ivona.»

Metió la carta en un sobre, en el que escribió:

«Señor duque Huberto de Vaudrey-Laugou, en Laugou.»

Escribió otras dos cartas, una pidiendo perdón

El conde siguió á la joven y la alcanzó en el terrado del castillo.

— ¡Ivona! exclamó tendiéndole los brazos.

La joven le abrazó desolada.

— ¿Con qué es verdad?

— ¡Ay!

— ¿Tenías un amante?

— ¡Estaba local!

— ¿Qué vas á hacer?

— ¡No sé!

— ¡No hagas nada sin contar conmigo!

Ivona suspiró y los sollozos ahogaron su voz.

— Vete á llorar, le dijo tiernamente el padrino. Eres demasiado bella, ¿lo ves? y la hermosura á veces es un don fanesto. Vete á llorar.....

Y estrechándola contra su pecho, repitió con inefable dulzura:

— Sobre todo, no temas: estoy yo aquí.

La vió subir la escalera de granito y no se retiró del terrado hasta que oyó el ruido que la joven hizo al cerrar la puerta.

Se alejó entonces y se puso á pasear entre los grandes árboles pensando en la escena que le causaba penosa impresión.

No se informó del nombre del seductor.

Lo había adivinado.

Y le juró una execración racional y feroz.

Pero quiso tener pruebas, y queriendo evitar á la joven, á quien amaba más desde que era desdichada, la vergüenza de una confesión, se dijo:

— Velaré.

VII

SECRETO MORTAL.

«Señor duque:

Anoche me estaba esperando mi padre. Me ha detenido cuando me dirigía á mi cuarto. He expiado mi culpa en uno de esos minutos imposibles de olvidar. Esta mañana me ha arrojado de su casa. Le conozco bien. Inflexible en cuestiones de honor, jamás me perdonará. He servido á usted de juguete: no ha tenido usted nunca ni sombra de aquel grande amor de que me hablaba. No sé que hacer y no puedo resignarme á avergonzarme toda la vida ante los seres amados y ante mi hijo que me echaría en cara su nacimiento.

«Voy á morir sin sentir dejar la vida.

«Le perdono el mal que me ha hecho.

«Que Dios le perdone también. Adios.

«Ivona.»

Metió la carta en un sobre, en el que escribió:

«Señor duque Huberto de Vaudrey-Laugou, en Laugou.»

Escribió otras dos cartas, una pidiendo perdón

á su padre; otra, tierna y de angelical dulzura, á su padrino, diciéndole que era demasiado culpable para esperar su perdón y que prefería morir.

Terminaba con estas palabras: «¡Ay, si hubiese usted estado aquí para guardarme y defenderme! ¡Usted á quien amo tanto! ¡Adios!»

La dejó sobre la mesa en un sitio visible.

Luego se vistió con el cuidado ordinario.

Sus cabellos trenzados, su sombrero de paja parada, y el pobre fichú de estameña que llevaba el día de la romería de Plelau, restauraron, por decirlo así, su hermosura.

Se puso mitones claros, zapatos abiertos y medias de hilo gris.

Tomó una sombrilla roja, escondió en el seno la carta del duque y salió con precaución, ocultándose entre los bosquecillos para no ser vista.

Llegó, dando un gran rodeo, á la senda de Laugou, y, segura de no ser seguida, se detuvo á descansar. Desde el sitio en que estaba, distinguía la punta del campanario de Plelau y el tejado de la única torre, resto del antiguo castillo, sobre cuyos cimientos había sido reedificado el del conde Hugo.

Allí se había deslizado su juventud; allí hubiera podido vivir en paz.

Su padre la expulsaba y ella reconocía lo justo del castigo.

Todo el pasado se presentó de golpe á sus ojos.

La envidiada por todas las muchachas no iba á dejar tras de sí más que un recuerdo lastimoso.

Su historia se divulgaría por el país como una leyenda trágica.

Interrumpiendo su meditación sonó á cierta distancia el canto de la loca.

Aquella lúgubre melodía le pareció un toque funeral y huyó por no ver la espantosa sonrisa de la enajenada.

Eran cerca de las cinco cuando llegó á una colina, encima del castillo de Laugou.

Temiendo ser vista, no se atrevió á atravesar los jardines del parque y se decidió á aguardar las sombras de la noche.

Por otra parte, era una especie de plazo que se concedía.

Bajo el parque, las aguas del estanque, cortadas por la calzada de contención, producían un ruido formidable, como el de un molino cuando están abiertas las escusas.

Se las dejaba correr á causa de la avenida consiguiente á la tempestad de la noche anterior y caían con estruendo de catarata en el Quer, que, á cinco leguas de Laugou, desemboca en el Océano.

Ivona se estremeció. Allá iría á estrellarse.

Es un paso terrible, dígase lo que se quiera, el de la vida á la muerte, ó las incertidumbres del más allá, según la expresión moderna.

Ivona no tenía veinte años; estaba resuelta á morir, pero su decisión le producía el efecto de una dosis de opio, sumiéndola en una especie de sueño mal sano.

No pensaba en nada; miraba en torno suyo; veía el ir y venir de las gentes del castillo, los jardineros en los cuadros de flores, los palafreneros, llevando los caballos al baño ó al brevedero; un cocinero de blanco gorro, hablando en un ángulo de la cocina con una lavandera.

Y, en lontananza, la sábana líquida en que había decidido sepultarse, la atraía, llevando con uniforme movimiento hacia las abiertas praderas, sus aguas llenas de restos arrastrados por la avenida.

Ivona, que estaba sentada en una roca, se llevó de repente la mano al pecho.

Se acordó de su carta.

Era preciso que el duque de Vaudrey la recibiese.

¿Pero cómo?

Absorta en sus lúgubres meditaciones, la había olvidado.

De entregarla á un criado, podían impedirle la ejecución de sus planes.

Desde el trozo de roca en que estaba sentada distinguía los alrededores del castillo, los jardines y las cocinas y cuadras, como desde una torre.

Divisó la casa rústica donde había pasado la primera noche, la noche de sus efímeros placeres.

La casita, rodeada de florido jardín y cubierta por un toldo de plantas trepadoras, parecía desierta.

En sus alrededores no había nadie: ni un jardinero, ni un criado.

Tuvo una inspiración repentina.

¿Porqué no había de llevar la carta al misterioso retiro?

Para llegar á él no tenía más que deslizarse con precaución de bosquecillo en bosquecillo.

Dejaría en la casita su supremo adios y se retiraría.

El duque la hallaría en aquel lugar donde ella debía haber dejado algún recuerdo.

Allí la leería, sintiendo quizás remordimientos y penas.

Esta idea decidió á la pobre joven.

Los que buscan la muerte por haber amado con exceso, suelen tener refinamientos ingeniosos.

El duque se preguntaría cómo había ido á parar allí aquel billete y quien lo habría traído.

Pensaría que Ivona había ido por última vez á la casita, que había llorado allí, y se arrepentiría de su crueldad, de sus engaños y de su infame abandono.

Ivona se decidió en seguida.

Estaba fatigada del camino, pero no se acordaba del cansancio. Bien pronto lograría el reposo eterno.

Bajó precipitadamente, y pronto estuvo junto á la casita.

La rodeó por el exterior y no oyó ningún ruido.

Miró por las ventanas y no vió á nadie.

Se decidió á empujar la puerta, que cedió sin dificultad.

La entornó tras de sí.

Por fin estaba dentro de la plaza.

Notó ligeros perfumes que no le parecieron iguales á los que embalsamaban] el ambiente cuando acudía á las citas.

Todo era elegantísimo en el interior de aquel gabinete exteriormente rústico. Divanes de seda y terciopelo, paredes tapizadas de acolchado raso, espejos con marco de felpa, objetos de tocador, cajas de plata con las armas de los Vaudrey, y mil ricas chucherías indicaban su destino. Ivona dejó su carta sobre la chimenea y se sumió en tristes meditaciones. De pronto fijó sus ojos en un latiguillo de empuñadura de oro, caído en la alfombra, junto á una silla larga.

Lo examinó con atención celosa.

El latiguillo tenía en el oro de la empuñadura una corona de barón y las dos iniciales L. B. enlazadas.

—¡Luisa Bresson! exclamó. ¡Su queridal! Poco le costó el adivinarlo.

La suplantaba la castellana de Scaer. La viuda del barón Santiago era la querida del duque! Suyos eran los perfumes que aspiraba.

Recordó sus miradas llenas de curiosidad y sus preguntas.

Pero no sintió el menor deseo de luchar.

Se confesó vencida.

Aquella mujer era demasiado bella, elegantísima, rica y libre.

Del día de su llegada al país databa el abandono del duque.

La carta fatal que indicaba la ruptura la había

traído Gib á los pocos minutos de su primer encuentro en la Cruz de los Azules.

El misterio de que le habló el duque, debía existir entre ellos.

Pero ¿qué vínculo podía enlazarles como no fuese el amor? ¿No eran jóvenes y solteros?

Inmóvil, llena de celos y furor, conservaba el latiguillo en la mano, cuando la sacó de su abstracción un rumor de voces.

Por una de las estrechas ventanas de la casita vió entrar al duque hablando con una mujer, blanca como una azucena, que le sonreía amorosa.

Venían en aquella dirección, y la fuga era imposible.

Sólo tuvo tiempo para buscar dónde esconderse.

La casita tenía una sola pieza, con un oscuro gabinete cerrado por una cortina.

En él se escondió precipitadamente, conservando en la mano el látigo de la baronesa.

Abrióse al punto la puerta de la casita.

Luisa entró y se dejó caer sobre un diván, diciendo:

—Decididamente el tiempo está tempestuoso. No pasará la noche sin un nuevo diluvio.

—Y el valle se convertirá en lago, añadió el duque sentándose al lado de la baronesa.

—¿Pero dónde está el latiguillo? dijo la viuda. Estoy segura de haberlo dejado aquí. Hazme el favor de buscarlo.

—En seguida. Estás hoy radiante, Luisa.

—No lo niego. El barón ha llegado esta mañana y se ha mostrado lo más amable.

—¿Y tú te fías de esas exterioridades? dijo el duque.

—Ya te he dicho, amigo mío, que eres de la raza de los pusilánimes. ¿Me he de ver obligada á darte lecciones de valor? Yo creo que la ruina te ha achi-cado. Un hombre con millones en el bolsillo tiene siempre más firmeza que cualquiera otro. Eso es sin duda lo que te falta. Pero tranquilízate; lo tendrás muy pronto.

La baronesa hablaba en tono de burla.

—¿Quieres saber mi opinión? dijo el duque.

—Venga.

—Tu alegría me inquieta. Cometes locura sobre locura. Olvidas toda precaución.....

—¿Lo sientes?

Ivona oyó claramente la respuesta: un beso en el brazo de la viuda.

—Hoy mismo, apenas ha llegado el barón, y ya le dejas.....

—Para verte. Y casi estoy por decir que es él quien me envía.

—¿De veras? dijo el duque con incredulidad.

—¿Acaso crees que te odia?

—Lo temo.

—Sin razón. Siente hacia tí verdadera simpatía.

—No me lo probarás.

—Voy á intentarlo. Tipo de antigua nobleza—dice—tipo perdido! Pródigo y batallador, amigo

del placer. ¡Demasiado gran señor para hacer cuentas, demasiado galante para no tener aventuras! Demasiado hermoso—¡ha dicho demasiado hermoso!—para no ser amado. Salúdale de mi parte. En una palabra, desea hablar contigo.

—¿Para qué?

—Creo que para tratar de Laugou. Sabe que me gusta mucho. No se lo oculto.

—Bien. Pero eso es un pretexto.

—¿Por qué no vas á Scaer como vecino?

—Que se dirija á mi notario.

—Siempre lo mismo.

—Querida mía, dijo con vehemencia el duque, el barón es astuto como un Maquiavelo. Yo he tenido tiempo de pensar en mis ócios. Nadie me convencerá de que no está representando una comedia. Ha dado crédito con excesiva facilidad al suicidio de su hermano. Un hombre con tantos millones como Santiago Bresson, no renuncia, así como así, á la vida. La aparente credulidad del otro debe ocultar un lazo. Tú no desconfías bastante. Con tus libertades le pones sobre la pista. Ten juicio. Si te ve tan pronto, íntima mía, sospechará como es cierto, que nuestra intimidad es antigua; si llega á saber que es anterior á la muerte de su hermano, deducirá, lo que es verdad también, que tenias motivos para desearle; y si cree que la deseabas, sacará, en consecuencia, que tú has sido la autora, y que yo, que me aprovecho de ella, pudiese ser el cómplice. Y así, por tus imprudencias, llegará lógicamente á presumir que las dos balas

que mataran al barón Santiago, no han sido disparadas por él, sino por tí y por mí, en lo cual andará bien cerca de lo cierto, puesto que tú me diste el arma y yo hice uso de ella.

Ivona se apretaba el pecho con las manos y contenía el aliento.

Conocía, por fin, el terrible secreto de que el duque la hablaba.

El duque de Vaudrey había matado al esposo de aquella mujer. El señor de Vaudrey era un asesino.

—Qué importaba que el barón piense lo que quiera, exclamó con vehemencia Luisa, si no puede probarlo. Eres demasiado tímido. El mundo es de los audaces. Bastante son seis meses de alejamiento y privaciones. Quiero disfrutar de la independencia, á tanta costa comprada. Quiero amar como se me antoje, ver á mis amigos cuando quiera y gozar de la juventud á mis anchas. ¡Acabarás por darme compasión! ¿Quién puede saber esa historia, como no se la contemos nosotros? Tú eres duque de Vaudrey, soltero y dueño de tus actos; yo soy viuda y libre. Tú me amas, yo no te rechazo. ¡Qué cosa más natural! ¡Ea, basta de escrúpulos y de vanos temores! ¡El porvenir es nuestro! La respuesta del duque fué otro beso más largo y amoroso.

Luisa se levantó.

—¡Pero dónde he dejado ese dichoso látigo? dijo mirando todos los rincones. Estoy segura de que estaba aquí en ese diván.

Registró todo el gabinete, y de pronto cogió la carta de Ivona.

—¡Hola! exclamó, ¡una carta, y de mujer!..... ¡Esta letra!..... ¡pero aquí te envían la correspondencia, amigo mío!

Daba vueltas y vueltas al billete.

—Sin sello. La ha debido dejar aquí algún encargado. Carta de amor, no hay duda. Ya no me extraña tu vocación por el retiro. Letra sencilla, de joven... Mano de colegiala... de esa Ivona, acaso. ¡Oh! no te disculpes... La conquista es de las que honran. La he visto y hay pocas joyas tan perfectas.

El duque también se había puesto en pie y estendió la mano para apoderarse de la carta.

La baronesa retrocedió.

—Tengo un antojo, dijo. No soy duquesa de abuelo; soy una simple mujer del más plebeyo origen. Mi abuelo era labrador en la Beauce. Hablo del materno. El paterno fabricaba en Villejuif cordones con herretes á dos sueldos. Esta carta me quemó la mano. Tanto peor.

Rasgó con rapidez el sobre y miró la firma.

—¡Ivona! exclamó: ¡Pardiez, me lo había figurado!

Pero no pudo leer lo demás.

El duque le arrancó la carta y dijo con insultante desprecio:

—Tienes razón. No has nacido duquesa. Lo que haces es indecoroso.

—¿Lo crees?

—Luísa.

—Pues yo respondo: Si no me des esa carta ó si no la lees en alta voz sin omitir una sílaba, salgo por esa puerta para no volver nunca. Podré perdonar, pero no tolero que me engañen.

—¡Ah! pensó el duque. ¡En qué mar de cieno y sangre estoy hundido!

Y dominado por el tono imperioso de la baronesa, arrojó la carta de Ivona al diván, junto á su cómplice.

En el momento de ir á cojerla, se volvió Luísa bruscamente hacia el escondite de Ivona, y dijo:

—Alguien nos escucha.

El duque, lívido de cólera, corrió al gabinete. Nada vió al principio.

El pequeño aposento sólo recibía luz por un estrecho ventanillo con cristales de colores.

Pero sus ojos se habituaron pronto á la obscuridad.

En pie, junto á la pared del fondo, distingió el pálido rostro de Ivona, que le miraba con extravíados ojos.

—¡Tú! dijo el duque con rabia.

—¡Sí, yo que es escucho y os oigo! ¡Ah, es horrible de veras!

Ivona avanzó inconscientemente, vacilante, aterrada por los secretos que la casualidad le había revelado.

El señor de Vaudrey la agarró del brazo con tal

violencia que estuvo á punto de dislocárselo. Una ligera pulsera se le clavó en la carne.

Ivona lanzó un grito de dolor.

—¿Qué haces aquí? gritó el duque sin poder contenerse.

La presencia de su rival le devolvió el valor.

Arrojó á los pies de la baronesa el látigo que aun conservaba en la mano.

—¿Quiere usted saber á lo que vengo? Ruegue usted á su querida que le lea la carta que ha cometido la imprudencia de abrir. Me ahorrará la respuesta.....

—¿Sabes que arriesgas la vida?...

—Sin duda, contestó Ivona mirándole con doloroso, desprecio, porque es usted un asesino.

—¿Y que hay secretos mortales para los que los sospechan?

—¡No me amenace usted! ¡Mátame usted sin dilación! ¡Me horroriza usted! ¡Oh! Yo le pedía un nombre para mi hijo, que lo es suyo; pero me avergonzaría que se llamase señor de Vaudrey, como usted. Mejor es que se pudra con su madre en el fondo de una laguna ó en la fosa de un cementerio que saber tales infamias.

—¡Ivona!

—¡Ese era el misterio que me prometía usted revelarme! ¡Mentira! ¡Como hubiera usted tenido valor de confesarme que había asesinado al baron Santiago para robarle la mujer y la fortuna, la mujer que le engañaba con usted, como más tarde

habría usted de engañarla conmigo! ¡Caballero sin palabra! ¡Duque sin honra!

— ¡Miserable!

— Tiene usted razón: ¡miserable! Miserable por haberle creído, por haber confiado en sus promesas falaces. Bien lo pago, por Dios. Expulsada por mi padre, despreciada de todos, deshonrada ante mi conciencia por mi indigna elección, sólo me queda un partido que adoptar, y lo adopto. Pero antes ya que la casualidad me ha permitido conocer toda su vileza, cobardía y falsedad, se lo digo cara á cara: ¡sí, el miserable es usted, y le maldigo y detestol! ¡Déjeme usted salir!

— ¿A dónde vas?

— ¡No le importa á usted!

— No saldrás de aquí.

El duque le cerraba el paso.

La baronesa contemplaba la escena con tranquilidad, casi con indiferencia.

— ¡Pasol repitió Ivona.

— No.

— Máteme usted, señor duque de Vaudrey. Sólo le falta esa honra.

— Oye, dijo el duque: no quiero matarte, pero júrame callar lo que has oído.

— Nada juro.

— Jura por las cenizas de tu madre.

— No.

— ¿Es tu última palabra?

— Sí.

— Cuidado, dijo el duque con renco acento. Dios

sabe que me espanta un segundo crimen; pero la paciencia se acaba.

Ella le miró cara á cara, en actitud de reto.

Casi se tocaban sus rostros.

— Veo que me va usted á matar, dijo Ivona, y me alegro. Usted me amó y usted me mata. ¡Qué dicha! Usted ha manchado mi honor y usted lo lava.

Estaba á dos pasos de la puerta.

— ¿Juras?

— No.

Parecía como que se gozaba en atizar su cólera, y lo consiguió.

El señor de Vaudrey estaba lívido de furor: sus ojos se inyectaron de sangre.

Cogió á Ivona y la arrastró hasta la chimenea.

— ¿Juras? dijo de nuevo.

— No.

— ¿Por última vez?

— No.

Con la mano que le quedaba libre arrancó de una panoplia un puñal de mango de ébano en forma de cruz, y empujando á Ivona hacia atrás:

— ¡Muere! gritó loco de ira, centelleando los ojos y rechinando los dientes como un condenado.

Bajó el brazo y hundió el puñal en el pecho de la desdichada.

Lo sacó lleno de sangre y lo arrojó al suelo.

Ivona cayó y su cabeza quedó apoyada en el diván de la baronesa.

Luisa no se había movido.

La herida se asfixiaba.

Sus labios se tiñeron de sanguinolenta espuma:

Tuvo fuerzas para coger el arma caída á su lado y colocarla sobre el pecho como un crucifijo.

Sus facciones se dilataron con una especie de sublime calma.

Miró sin ira á su asesino, que contemplaba su agonía.

—Nos has herido con el mismo golpe, murmuró. No conocerá la infamia de su padre, ni la vergüenza de su madre. Mi dolor era insoportable. Todo ha concluido. Gracias.

Apenas se percibían sus palabras.

Su voz se extinguía. Sus ojos se cerraron. Inclinó la cabeza que chocó contra el pavimento.

—¡Ah! gritó el duque aterrado, ¡ha muerto! ¡Soy perdido!

—Sea usted hombre, amigo mío,—dijo con duro acento la baronesa. Después de esta escena que confirma mis dudas, ya no somos dos amantes, pero sí dos aliados, unidos para la común defensa. Si el acto salvaje que acaba usted de cometer con ferocidad de verdugo, hubiera podido acarrear resultados funestos, yo misma le hubiera contenido. Pero es una consecuencia natural del primer crimen. Un asesino mata primero por robar, y después por suprimir los testigos. Menos mal que esa desdichada le deja á usted un modo de probar su inocencia.

El duque levantó la cabeza dominado por tanta sangre fría.

Luisa Renaud, dándole la carta de Ivona, continuó con mordaz ironía.

—Con este documento es usted inocente como un recién nacido; ningún juez se atreverá á imponerle la menor pena. Esté usted tranquilo. La ley le absuelve; pero yo debo advertirle que aunque al suprimir la testigo ha suprimido usted la rival, mi entusiasmo por usted se ha enfriado mucho, y mucho necesita usted trabajar para reconquistarlo.

El señor de Vaudrey miraba lleno de espanto á la mísera Ivona.

—¿Qué haré?—dijo, enjugándose el sudor de la frente.

—Nada más sencillo.

—Pero...

—Se ahoga usted en seguida, amigo mío. No sirve usted para general en jefe. Concibe usted mal y ejecuta bien. Su víctima estaba resuelta á morir; no sé cómo no ha comprendido usted que se gozaba en excitar su cólera... Ahora bien: ¿cómo se suicida generalmente una muchacha de su clase?

—Explíquese usted.

—Asfixiándose por medio de un brasero de carbón, ó arrojándose al agua. Tanto es así que en su carta, esa chiquilla—que siento sinceramente que haya caído en sus manos—manifiesta su propósito de ahogarse en el estanque de Laugou, de bajo de las ventanas del castillo. ¿Comprende usted?

—No.

Luisa se encogió de hombros.

—Podemos cumplir su última voluntad, que no habrá dejado de comunicar á su familia.

—¿Cómo?

—Hay que decirle á usted todo. Llevándola al estanque. Así, si por rara casualidad se encontrasen sus restos, no necesita usted dar explicaciones. No es inverosímil que se haya dado una puñalada antes de arrojarle al estanque.

—Sea.

—La calzada del estanque está á un kilómetro. En este momento, si la vista no me engaña, y la tengo excelente, no pasa por allí nadie. Tengo por dicha mi cesta y mis poneys, que guío yo sola. Enganche usted, usted mismo; aleje usted á los criados y venga usted á buscarme. Me acompañará usted media legua de camino. Mi manta de viaje ocultará este objeto fúnebre, no lo niego, pero un minuto de valor pronto se pasa y nadie le sirve á uno mejor que uno mismo. En fin, puesto que estoy de sforismos, le diré qua medido el vino hay que beberlo. El vino está medido, á beberlo, amigo mío.

El tono incisivo, altanero, feroz de la hija del coronel, dominaba al duque. Se reconocía débil y pequeño ante aquel carácter valiente que miraba impertérrito los más siniestros sucesos.

—¿Esperaremos á la noche?—dijo.

—No tengo tiempo. Necesito estar en Scaer á las siete. Son las seis. Podemos disponer de veinte minutos, ni uno más. Aprisa.

—¡Pero tan de día, tan claro!

—Eso nos salva—dijo Luisa impaciente—Nadie sospecha lo inverosímil. ¿Quién diablo puede suponer que el duque de Vaudrey y la baronesa de Bresson llevan un cadáver, en pleno día, en un coche de paseo? Vete en busca de mis poneys y tráelos tú solo.

El duque obedeció.

Luisa quedó sola con la herida.

—¿Habrá muerto?—murmuró.

Se arrodilló á su lado y le puso la mano en el pecho.

—El corazón late aún—pensó.

Latía, en efecto, pero débilmente, y la muerte estaba próxima.

La viuda acercó un espejo á los labios de Ivona. Apenas se empañó el vidrio.

—¡Hermosa joven!—dijo la baronesa, admirada de aquel cutis limpio y mate y de aquel bello rostro coronado de magníficos cabellos.

Quizá hubiera podido salvarla.

Pero la seguridad de los dos criminales exigía su muerte.

Luisa Renaud no la compadeció lo más mínimo.

Era arrastrada, como el duque, por el engranaje del crimen.

Quando su amante volvió con la cesta y los caballos, su cómplice se limitó á decir:

—Ha muerto.

El asesino cogió sin esfuerzo á su víctima; la

tesa dió en la cesta; se sentó junto á la baronesa, que tomó las riendas y echó una ancha y blanda manta sobre las rodillas.

Los poneya arrastraron como una pluma el elegante carruaje; franquearon con extremada rapidez el trecho de camino hasta el fin de la calzada del estanque. Allí una mano vigorosa los detuvo.

La bella viuda dirigió al rededor una mirada penetrante.

El parque del castillo y el camino estaban completamente desiertos.

La tempestad habia convertido el estanque de Largon y todo el valle en un verdadero lago de agua turbia y fangosa.

Rápidos torrentes desaguaban en él, aumentando la profundidad de aquel abismo.

Las esclusas de la calzada estaban levantadas y el agua caía por ellas al Guer, con atronador estrépito.

No se veía un alma.

La baronesa colocó el carruaje bajo los árboles de la calzada.

—¡Pronto!—dijo.

El señor de Vaudrey se horrorizó de sí mismo.

—¡Si viviera todavía... dijo, sería espantoso!

—¿Quiere usted que se siente un Vaudrey en el banquillo? Por un minuto de debilidad se pierde una corona. Dése usted prisa.

Cogió el cuerpo inerte de Ivona, avanzó algunos pasos, contempló un instante aquel rostro angelical, que parecia dormido, lanzó un suspiro, avergonzado

de su infamia, y cerrando los ojos, arrojó el cadáver al estanque.

Cuando se atrevió á mirarlo, era arrastrado por la corriente, y flotaba en dirección á las esclusas.

El duque huyó más pálido que la muerte.

Algunos segundos después galopaban hacia Scaer los caballos de la baronesa.

VII

JOSON CADION SIRVE DE ALGO.

José Cadion ganaba á conciencia su dinero.

Desde su trato con Juan María, el cazador furtivo no perdía la pista de la baronesa.

Saliese á caballo ó en coche, sola ó acompañada, Joson la seguía como su sombra en cuanto franqueaba los linderos del parque.

Pero habia días de días. Unos descansados, otros fatigosísimos; unos verdaderos paseos de desocupado, otros carreras de correo en una batalla.

Aquella tarde el trabajo del lisiado habia sido rudo de veras.

Cuando la viuda guiaba la cesta con los poneya, marchaba con diabólica rapidez y descansaba un segundo.

Por otra parte, tenía que seguir el camino en línea recta.

tesa dió en la cesta; se sentó junto á la baronesa, que tomó las riendas y echó una ancha y blanda manta sobre las rodillas.

Los poneys arrastraron como una pluma el elegante carruaje; franquearon con extremada rapidez el trecho de camino hasta el fin de la calzada del estanque. Allí una mano vigorosa los detuvo.

La bella viuda dirigió al rededor una mirada penetrante.

El parque del castillo y el camino estaban completamente desiertos.

La tempestad habia convertido el estanque de Largon y todo el valle en un verdadero lago de agua turbia y fangosa.

Rápidos torrentes desaguan en él, aumentando la profundidad de aquel abismo.

Las esclusas de la calzada estaban levantadas y el agua caía por ellas al Guer, con atronador estrépito.

No se veía un alma.

La baronesa colocó el carruaje bajo los árboles de la calzada.

—¡Pronto!—dijo.

El señor de Vaudrey se horrorizó de sí mismo.

—¡Si viviera todavía... dijo, sería espantoso!

—¿Quiere usted que se siente un Vaudrey en el banquillo? Por un minuto de debilidad se pierde una corona. Dése usted prisa.

Cogió el cuerpo inerte de Ivona, avanzó algunos pasos, contempló un instante aquel rostro angelical, que parecia dormido, lanzó un suspiro, avergonzado

de su infamia, y cerrando los ojos, arrojó el cadáver al estanque.

Cuando se atrevió á mirarlo, era arrastrado por la corriente, y flotaba en dirección á las esclusas.

El duque huyó más pálido que la muerte.

Algunos segundos después galopaban hacia Scaer los caballos de la baronesa.

VII

JOSON CADION SIRVE DE ALGO.

José Cadion ganaba á conciencia su dinero.

Desde su trato con Juan María, el cazador furtivo no perdía la pista de la baronesa.

Saliese á caballo ó en coche, sola ó acompañada, Joson la seguía como su sombra en cuanto franqueaba los linderos del parque.

Pero habia días de días. Unos descansados, otros fatigosísimos; unos verdaderos paseos de desocupado, otros carreras de correo en una batalla.

Aquella tarde el trabajo del lisiado habia sido rudo de veras.

Cuando la viuda guiaba la cesta con los poneys, marchaba con diabólica rapidez y descansaba un segundo.

Por otra parte, tenía que seguir el camino en línea recta.

La faena era atroz; pero el mozo, picado en la hora, no daba paz á las piernas.

Por más que corrían los poneya, Josen no se quedaba en zaga.

Saltaba los setos como un gamo, se escurría entre las zarzas, bajaba como un huracán las cuestas, y no dejaba á la baronesa del zancajo.

La había visto entrar en Langou y esperaba su salida, á orillas del estanque, tendido al fresco sobre la yerba, como un buen cicerone en el pórtico de un palacio de Nápoles.

Todo cazador sabe que un hombre se esconde en poco sitio.

Josen, con una zarza ó un agujero, se hacía tan invisible, como si tuviera á su disposición el anillo de Giges.

Cuando la baronesa salió del parque con el duque, el cojo estaba oculto como una nutria entre las raíces de un sauce gigantesco que formaba una especie de gruta en el declive de la calzada.

Gracias á sus andrajos y al tinte terroso de su piel y de su chaqueta, era imposible distinguirlo del lodo en la excavación donde se había cobijado.

Escuché sin moverse el ruido de las ruedas en la arena.

Iba á salir de su escondite, cuando el coche se detuvo á cincuenta pasos.

Metió la cabeza entre las raíces como un caracol en su concha, y esperó con paciencia.

Oyó confusamente algunas palabras y ruido de pasos que se acercaban.

Lleno de sorpresa miró por entre dos raíces de álamo y vió al duque adelantarse con su carga en los brazos.

Aquella carga inerte se parecía prodigiosamente á un cuerpo humano.

Frio sudor inundó la frente de Josen.

Cuando habiéndose detenido el duque á diez pasos de distancia, conoció que el objeto que traía era un cadáver de mujer.

El cojo creyó adivinar el por qué del espionaje que Juan María le había encomendado. El ayuda de cámara presentía los acontecimientos.

Pronto salió de dudas: era testigo de un crimen.

Ante su vista estaba la víctima y los autores.

La falda negra, los zapatos y las medias grises le hicieron estremecerse.

Vió la cabeza, cuando el duque, tamblando de emoción, iba á arrojarla al abismo.

¡Era Ivona Rebec y parecía muerta!

El cojo la conocía perfectamente, así como al anciano Rebec, desde hacía mucho tiempo.

El administrador de Plelaultle trataba bien cuando pasaba por el castillo, é Ivona nunca dejaba de darle un buen vaso de sidra, acompañado de cariñosas palabras.

El duque, tras breve vacilación, se decidió de pronto, y encogiéndolo el cuerpo, lanzó su carga al lago.

Josen sintió impulsos de presentarse, pero hubiera sido peor para la infeliz joven, si aun vivía.

Mientras luchaba con el duque, hubiera desaparecido irremisiblemente.

Limitóse, pues, á seguirla con la vista, dispuesto á lanzarse en su busca, si el duque no se retiraba.

Por dicha, el señor de Vaudrey, espantado y creyendo asegurado el golpe, corrió en busca de la baronesa, que puso los caballos al galope.

Su abominable obra estaba cumplida: así lo creía al menos.

Joson se desnudó rápidamente y se echó al agua para recoger el cadáver de Ivona, que arrastraba con velocidad la corriente.

El cojo nadaba como un tiburón entre dos aguas, para no ser visto por cualquiera que el duque hubiera dejado en acecho.

En algunas brazadas alcanzó á la joven en el momento en que se sumergía é iba á entrar en el remolino de las esclusas y de la alta presa, donde se hubiera hecho pedazos.

Con sobrehumano esfuerzo logró llevarla á la orilla de la calzada, donde la dejó completamente inerte.

Escuchó entonces, como el duque, y olfateó, por así decirlo, los matorrales del contorno por si había enemigos.

Tranquilizado en este punto, volvió á vestirse.

Pero, ¿qué hacer?

¿A dónde llevar la ahogada?

¿Cómo auxiliarla, si aun era tiempo?

No había que pensar en llevarla al castillo.

Según todas las apariencias, allí estaban sus enemigos más crueles.

Job permanecía inmóvil, trastornado ante el misterioso drama de que era único testigo.

Presa de convulsa perplejidad, se golpeaba la frente buscando la idea que no hallaba, cuando distinguió á un hombre que se acercaba lenta é in seguramente hacia aquel sitio, como buscando alguna cosa.

Era el conde Hugo.

Al notar la desaparición de Ivona, el conde había salido á buscarla.

Seguro de que se dirigía á Langou había tomado el camino de este castillo.

Creó verla una vez, pero muy lejos, y hacia una hora que andaba en derredor del parque, esperando hallarla.

—¡Venga usted!... gritó el cojo que salió á su encuentro. ¡El Señor le envía!

El conde corrió tras de Joson.

Al ver á la pobre joven tendida en la yerba de la calzada, creyó en una tentativa de suicidio; pero al rasgar sus vestidos, vió con asombro que tenia en el pecho una profunda herida hecha con un puñal de tres filos.

La caída al agua no mataba á la joven; lo que la mataba era la herida del pecho.

No daba señales de vida.

Sus cabellos, tendidos sobre la yerba, y su lívido rostro espantaron al conde.

Sin embargo, vió que el corazón aún latía.

—¡Vível exclamó.

Practicó, por si acaso, una sangría.

La sangre corrió tibia y roja, é Ivona abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? preguntó.

El conde, arrodillado en la yerba, la tranquilizó, cubriéndola de besos.

—No temas, la dijo, estás en salvo, somos tus amigos.

La infeliz le dió las gracias con moribunda mirada, llena de inefable cariño, y perdió otra vez el conocimiento.

El conde concibió esperanzas de salvarla.

El golpe había sido terrible, y por su aparente dirección parecía mortal.

Joson dió su parecer, que el conde le preguntó con la mirada.

—Hay que largarse—dijo.—El lugar no es seguro.

Principió á anochar.

¿A dónde ir?

Las casas, excepto el castillo de Laugon, estaban lejos.

Había más de legua y media hasta los linderos de Plelau, y la herida no podía resistir las sacudidas del transporte.

El conde hizo que el cojo le refiriese en pocas palabras la terrible escena.

—¿Pero estás seguro de que era el duque?—preguntó.

—Yo estaba en esas raíces; él á diez pasos, y tengo ojos.

—Estás seguro de que la viuda de Bresson le esperaba al fin de la calzada?

—A usted puedo decírselo todo: es usted amigo del barón Noel y de los buenos. Yo no soy rico: me pagan para que siga á la baronesa. Me lo ha encargado Juan Maria. Yo no quería semejante quehacer, pero tengo madre, y me alegro de haber aceptado. Si no esta pobracilla ya estaría lejos.....

Mostraba al conde las esclusas abiertas, por donde el agua salía con estruendo.

El conde no se distraía de su idea.

—¿La baronesa traía á Ivona del castillo?

—A todo escape, señor.

El conde respiró más tranquilo.

—Entonces tengo esperanzas—dijo.—El no haber muerto en el trayecto indica que ese bandido ha errado el golpe. Quizá podamos llevárnosla sin riesgo.

Pero ¿y la causa del crimen? ¿Y el motivo para herir á aquella inofensiva criatura? ¿Y la razón de asociarse el duque y la baronesa para procurar la desaparición del cuerpo del delito?

El conde lo presumió al momento. El crimen se relacionaba con el que absorbía la atención de su amigo.

Pero ante todo había que retirarse del lugar del siniestro.

—Llévemonos á esta infeliz dijo el conde.—Tienes buen corazón y no perderás tu trabajo.

Emprendieron una marcha difícil, llena de angustias y incertidumbres,

Los dos hombres caminaban lentamente, evitando las piedras y las oquedades de los senderos.

Felizmente salió la luna é iluminó su camino.

A veces el dolor de una sacudida arrancaba á la herida un gemido.

Los ojos del conde se llenaban de lágrimas, pero se decía á sí mismo:

—¡Vive! ¡La salvaré!

A las tres horas de marcha, con intervalos de descanso, llegaron á un claro del bosque en el cual se veía una ventana iluminada débilmente.

Hacia un cuarto de hora que el conde estaba en sus tierras.

La luz salía de una casa de guarda ocupada por una viuda de cincuenta años de edad, á la que el conde dejaba disfrutar de la habitación y del sueldo del marido muerto tres años antes.

El hijo de la viuda estaba en el ejército, y al licenciarse vendría á vivir con su madre y á ocupar el puesto de su padre.

—Vamos á quedarnos aquí,—dijo el conde.

El sitio era todo lo desierto que puede conocerse en un país civilizado.

Algunos castaños, un huerto cercado de pared y prado con árboles, rodean la casita edificada en pleno bosque.

Un arroyuelo nacido en una peña inmediata,

llena una alberca y sigue hácia el Guer de que es uno de tantos afluentes.

El sitio se llama la Fontana.

El lógubre convoy se detuvo á la puerta de la casa.

El conde llamó suavemente.

Las personas de la clase de la viuda del guarda no tienen miedo á los ladrones, y menos en el Morbihan, donde son muy escasos.

La buena mujer ágil, erjuta de carnes y arrugada como una manzana, que ha estado todo el invierno entre la paja del granero, abrió en seguida, levantando sobre su cabeza la tea con que se alumbraba.

Al ver al conde, á Joson y á la herida, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Ya se lo contaremos, señora Toel; déjenos entrar.

—La casa es suya.

La casa del guardia tenía tres compartimientos: la cocina con alcoba y dos cuartos sanos, altos de techo y enlosado con anchas piedras blancas.

—Prepare usted pronto una cama, dijo el conde.

Joson y la señora Toel se apresuraron á arreglar la mejor habitación de la casita.

El conde Hugo reconocía en tanto á su abijada tendida en la cama de la alcoba.

Respiraba pensosamente; su debilidad era extrema y su palidez espantosa.

Pronto pudieron llevarla al nuevo lecho que estaba en un vasto aposento de paredes de granito, con alto zócolo de encina.

Dos toscas sillas como de Iglesia de aldea, una Nuestra Señora de Auray, de yeso, sobre la chimenea de encina; y una mal labrada mesa, obra del guarda en las noches de invierno, eran todo el mobiliario.

Pero toda la casa brillaba de puro limpia.

Ivona estaba destrozada.

Tendida, sin movimiento, parecía sumida en mortal letargo.

Palpitaba su corazón débil é irregularmente. Había momentos en que desaparecía el pulso, como si se suspendiese la vida.

Durante dos horas el conde empleó todos los medios que su vasta ciencia le permitía usar en aquel lugar falto de recursos.

Vendió con ligereza y habilidad, duplicadas por el cariño, las heridas de su abijada, pero hasta las cuatro de la mañana no consiguió mejoría alguna.

Ivona abrió al fin los ojos cuando la primera luz del alba penetraba en el cuarto.

Vió al conde á la cabecera de su lecho observando con cruel ansiedad todos los detalles de su vuelta á la vida.

En un rincón, la señora Toel, rezaba el rosario fervorosamente.

Joson, cansado y quebrantado por las carreras de la víspera, roncaba como un órgano en el suelo de la cocina.

Poco á poco volvió en sí la joven y recordó gradualmente todo lo ocurrido.

Un espanto indecible apareció en su rostro al pensar que su amante era el autor de su herida.

Sintió al propio tiempo dolores producidos por la debilidad, y se vió libre, durante un acceso, del hijo causa de su desesperación y de su vergüenza.

—Nos ha matado á los dos—murmuró en los comienzos del delirio.

El conde, solo con la enferma, arrancó de su alma lacerada los secretos que la escocaban.

Fué como el confesor de la infeliz, y obtuvo por la persuasión los esperados secretos.

Ivona reveló en pocas palabras todas sus faltas, debilidades y penas á aquel amigo leal y cariñoso que la amaba sin mezola de pasión ni de egoísmo.

Al llegar á la escena de la casita rústica, quiso callarse. La dolía acusar al hombre que había alcanzado las primicias de su amor.

Pero el conde empleó su natural ascendiente sobre ella.

—Necesito saberlo todo, dijo.

—Por favor.

—Habla.

—No puedo.

—¿Dudas entre los que tanto te amamos y el hombre que ha sido tu mortal enemigo?

Ivona guardó obstinado silencio.

—¿Le amarás todavía?—dijo el conde.

—Me horripila, le execro, pero que le acusen otros.

—Bien. Lo haré yo.

Tenia entre sus manos las de la enferma.

—Oye, Ivona: Si te pregunto la verdad de lo ocurrido, es porque interesa á un hombre á quien amo como á un hermano. Se ha cometido un crimen, conocemos al autor; queremos confundirle y hay justicia en el cielo, porque gracias á ti tendremos las pruebas anheladas. El duque no tiene corazón y es capaz de todo, pero no te hubiera herido teniendo como tenia el derecho de arrojarte de tu casa, si no hubieras descubierto el secreto que queremos averiguar y no hubieses llegado á ser un peligro para él y su cómplice. Confiesa que has sabido, por casualidad sin duda, el secreto. El duque ha cometido dos asesinatos. Ha matado primero al baron Santiago Bresson, para casarse con su viuda y alzarse con sus bienes, y luego te ha herido porque podías perderle con una palabra. ¿Es cierto?

Ivona no respondió; por lo cual el conde:

—Por la honra de tu anciano padre—añadió—por la memoria de tu madre, confiesa la verdad.

—Es cierto—murmuró Ivona con voz tan débil que el conde tuvo que aproximar su oído á los labios de la infeliz para percibirla.

—¿El duque asesinó al barón Santiago?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo ha confesado en mi presencia.

—¿Fué su cómplice la baronesa?

—Ella le dió el arma.

—¿Estaba presente la baronesa cuando ha declarado el duque?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la casita rústica de Laugou.

—¿Qué hacías tú allí?

—Había ido á llevar al duque la carta en que le decía que iba á arrojarme al estanque. No podía soportar mi desgracia y estaba resuelta á morir. No queria verle. Se ha presentado de repente con la baronesa. Me escondí, los he oído, y él me ha descubierto.

—¿Te ha herido entonces?

—Sí.

—¿Y luego?

—No sé más.

—¿Tiene tu carta?

—Sí.

—Todo se explica. La audacia de ese hombre es infernal. Cree asegurada su impunidad.

Ivona nada dijo; cerráronse sus ojos y se durmió aniquilada, pero con sueño casi tranquilo.

Su confesión la libraba de un peso abrumador. Era de día y mengnaba la fiebre.

El conde dió un beso á su ahijada y pasó á la cocina con la guardesa viuda.

El ojo acababa de despertar. Su cama no era

para tener pereza. Había dormido en el suelo con un troco por cabezal.

—He dormido como un príncipe, dijo.

Sacó de su zurrón de lienzo un mendrugo de pan y un trozo de tocino y almorzó para estar dispuesto á todo.

No andaba ya en tacañerías. Gozaba de la vida como un capitalista opulento. Juan Maria le pagaba diariamente muy buenos escudos que guardaba en su viga, escondite más seguro que las cajas más fuertes.

El conde Hugo estaba sumamente emocionado.

A su inquebrantable honradez, repugnaban y entristecían los horrores de que su amado país, tierra clásica de la probidad y de la buena fe, había sido teatro. Le parecía que pisaba sangre y cieno. Le molestaba el recuerdo de haber estrechado la mano de aquel duque de Vaudrey, autor de tantas infamias, y de haber tenido atenciones y respetos para Luisa Renaud, causa de tales horrores.

—Josen, dijo, te has portado muy bien, no lo olvidaré; pero aun no hemos terminado. Queda mucho por hacer. Los culpables serán castigados. Para asegurar su castigo, es necesario que no se sepa lo ocurrido esta noche.

—Callaré.

—Todo el mundo debe creer que Ivona se ha ahogado en un raptó de desesperación. La pobre tenía sobre su conciencia una falta. Era la querida del señor de Vaudrey.

—Lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Al rondar día y noche por la selva, se ven y se oyen muchas cosas. El señor de Langou es un buen mozo..... y las chicas con facilidad pierden la cabeza.

—No se hallará el cadáver de Ivona; pero hay ahogados que no parecen nunca.

—Mucho lo sentirá el pobre Rebec.

—Rebec ha echado de su casa á su hija, y es una gran falta. Hay que perdonar á los hijos, por culpables que sean. El padre espíará su dureza. Yo me encargo de él. Es preciso que no se sepa que hay un enfermo en esta casa.

—Apenas pasa gente por aquí y nadie entrará en casa.

—Bien. La vida de Ivona será de larga y difícil curación. Temo complicaciones. La cuidaré en secreto. La quiero como á una hija. La señora Teel me ayudará. Basta con los dos para este trabajo. Y tú, Job, puedes venir á verla cuando quieras. Te debe la vida. ¿Me prometan ustedes guardar el secreto?

—Haré lo que usted mande, dijo Josen.

Y la viuda del guarda.

—¡No es usted el amo, señor! Bien se sabe que usted no obra mal nunca.

—Vete, pues, á tus quehaceres, amigo mío, dijo el conde, y ni una palabra.

—Está dicho.

—No has visto nada.

- Nada.
 — No has oído nada.
 — Nada.
 — Está bien.

El conde le tendió la mano.

El cojo temblaba de alegría al tender la suya.

— Amigos para siempre, dijo el conde, las personas de tu valor son tan nobles como los emperadores.

Joson estrechó la mano que el conde le tendía.

Francamente, de no estar de por medio su madre, aquella muestra de estimación le hubiera conmovido más que los escudos del barón Noel.

— ¿Vas á Scaer? preguntó el conde.

Sí.

— ¿Verás á Juan María?

Dentro de una hora.

— Le dirás que veré á su amo á la hora del almuerzo.

— ¿Al barón Noel?

— Sí, que me espere.

Bien, señor conde.

El pobre Joson partió, dando saltos de liebre sobre la yerba llena de rocío.

No cabía en sí de gozo.

Por de pronto, había salvado á Ivona.

Y además, tenía dos amigos en vez de uno.

¡Y qué amigos!

¡El barón Bresson y el conde Hugo!

¡Parecía un sueño!

Serían las siete de la mañana.

El conde dió algunas instrucciones á la señora Toel respecto al modo de cuidar á la enferma.

— Es joven, se curará, dijo la viuda.

— Sobre todo, que nadie sepa nada.

— Pierda usted cuidado.

Ivona dormía.

El conde prometió volver cuando fuess necesario y traer lo preciso, y dejó la casita.

En Plelau estaban consternados.

No por el conde que á menudo pasaba la noche en Scaer, ó en casa de otro amigo, sin avisar á nadie, sino por Ivona que no parecía.

Habían hallado en su cuarto las dos cartas en que anunciaba su funesto propósito. No era posible la duda.

Las criadas lloraban.

— El viejo tiene la culpa, — decía Catalina cuyo corazón se sublevaba al pensar en la dureza del anciano.

Su alma sensible propendía á disculpar todas las debilidades amorosas.

El administrador se encerraba en su cuarto, y no podía dudar de la catástrofe en vista de la carta de su hija.

La conocía.

Era de su sangre.

Se sentía acosado por remordimientos y desgarradora pena.

Cuando de vuelta al castillo supo el conde Hugo la desgracia, se mostró sobrecogido por inesp-

rado golpe. Se informó minuciosamente de todos los detalles y dijo que iba á buscar á su ahijada.

Eavió guardas y jardineros en todas direcciones, meros en la precisa para hallar á la joven.

Y á las diez, después de cambiar de traje y de reunir los medicamentos é instrumentos necesarios, montó á caballo y partió solo, á galope.

IX

CORAZON DE SOLTERONA.

Juan María no perdía el tiempo desde la llegada de la baronesa.

Primero, como ya sabemos, había lanzado á Josen tras de la viuda, y el cojo era un sabueso excelente. Con su ayuda, Juan María sabía cuántos pasos daba Luisa.

Pero el fiel bretón había acometido otra empresa mucho más difícil: la conquista de Luciana.

La doncella era lo que se llama una buena pójara y se mantenía á la defensiva.

Parecía refractaria al amor y enemiga del matrimonio.

Así es que Juan María abordaba esta cuestión con exquisita prudencia, pero por otros caminos avanzaba mucho en la intimidad de Luciana.

Había tratado como hábil diplomático la cuestión de intereses.

Este era el punto sensible y el flaco de Luciana.

Gracias á ciertas indicaciones de su amo, Juan María había hecho realizar á la avara sirvienta beneficios considerables.

Quizá el banquero sacaba sencillamente el dinero de la caja, pero Juan María daba á Luisa cuenta exacta de las operaciones que hacía bajo su dirección y consejo.

De aquí un comienzo de intimidad que de día en día se estrechaban y echaban raíces en el corazón de la doncella de labor, sobre la base de los servicios prestados. Aquel criado práctico, ahorrador é inteligente en negocios, era el hombre soñado por Luciana.

A medida que aumentaba la amistad de Luciana y Juan María, el barón Noel, sin parecer ocuparse en ello, iba haciéndose lugar en el ánimo de la confidente de Luisa. Juan María elegiaba tanto la generosidad del banquero, y su deseo, á pesar de su severidad aparente, de agradar á cuantos le rodeaban, principiando por la baronesa, que el barón subía en la estimación de Luciana, y la baronesa bajaba por una especie de compensación fácil de comprenderse.

En la tarde de la siniestra escena de Laugon, mientras Josen salvaba á Ivona y la libraba de una muerte segura, Juan María y Luciana paseaban por las arboledas de Scær.

rado golpe. Se informó minuciosamente de todos los detalles y dijo que iba á buscar á su ahijada.

Eavió guardas y jardineros en todas direcciones, meros en la precisa para hallar á la joven.

Y á las diez, después de cambiar de traje y de reunir los medicamentos é instrumentos necesarios, montó á caballo y partió solo, á galope.

IX

CORAZON DE SOLTERONA.

Juan María no perdía el tiempo desde la llegada de la baronesa.

Primero, como ya sabemos, había lanzado á Josen tras de la viuda, y el cojo era un sabueso excelente. Con su ayuda, Juan María sabía cuántos pasos daba Luisa.

Pero el fiel bretón había acometido otra empresa mucho más difícil: la conquista de Luciana.

La doncella era lo que se llama una buena pójara y se mantenía á la defensiva.

Parecía refractaria al amor y enemiga del matrimonio.

Así es que Juan María abordaba esta cuestión con exquisita prudencia, pero por otros caminos avanzaba mucho en la intimidad de Luciana.

Había tratado como hábil diplomático la cuestión de intereses.

Este era el punto sensible y el flaco de Luciana.

Gracias á ciertas indicaciones de su amo, Juan María había hecho realizar á la avara sirvienta beneficios considerables.

Quizá el banquero sacaba sencillamente el dinero de la caja, pero Juan María daba á Luisa cuenta exacta de las operaciones que hacía bajo su dirección y consejo.

De aquí un comienzo de intimidad que de día en día se estrechaban y echaban raíces en el corazón de la doncella de labor, sobre la base de los servicios prestados. Aquel criado práctico, ahorrador é inteligente en negocios, era el hombre soñado por Luciana.

A medida que aumentaba la amistad de Luciana y Juan María, el barón Noel, sin parecer ocuparse en ello, iba haciéndose lugar en el ánimo de la confidente de Luisa. Juan María elegiaba tanto la generosidad del banquero, y su deseo, á pesar de su severidad aparente, de agradar á cuantos le rodeaban, principiando por la baronesa, que el barón subía en la estimación de Luciana, y la baronesa bajaba por una especie de compensación fácil de comprenderse.

En la tarde de la siniestra escena de Laugon, mientras Josen salvaba á Ivona y la libraba de una muerte segura, Juan María y Luciana paseaban por las arboledas de Scær.

El astuto criado estaba resuelto á terminar á toda costa su conquista.

—¿Sabe usted lo que debía usted hacer, Luciana? le decía.

—No.

—A mí nadie me quita de la cabeza que su señora de usted quiere casarse.

—Acaso.

—No hay duda, continuó el bretón con ingenuidad, y nadie puede criticarla. Joven hermosa como el amor y millonaria, hallará, si se le antoja, maridos á docenas.

—No necesita tantos.

—Quiero decir que tendrá donde elegir.

—Mejor.

—Debía usted dejarla el día en que se fuera de aquí.

—¿Para qué?

—Para seguir aquí. Tendría usted un buen empleo, si quisiese.

—¿Cuál?

—El barón tiene horror al matrimonio. No hay temor de que se case. Y le hace falta un ama para dirigir la casa.

—No seré yo.

—¿Por qué? El amo me ha dicho mil veces: «Esa Luciana tiene gran inteligencia. Debía usted casarse con ella, Juan María. Harían ustedes su suerte.» El barón me trata como amigo, porque he nacido en Scaer, y me ha prometido, si la cosa se hace,

darnos la dirección de la casa. ¡Considero usted mi habré moneda! ¿Eh?

Luciana sintió un estremecimiento de gozo.

No lo lisonjaba tanto el marido como el empleo y, como decía el bretón, la moneda.

—Sería magnífico, en efecto, respondió; mas, para conseguir la plaza, habría que casarse, y yo creía que era usted como el amo, que.....

—Vamos, ¿qué?

—Que aborrecía usted el matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque siempre estaba usted diciendo que se iría usted á vivir con Corentino y que educaría usted á los hijos de su hermano.

—Eso era antes, pero.....

—¿Ha habido cambio? preguntó con interés Luciana.

—¡Díantre! Como ya no puede casarse Corentino.....

—¿No?

—Amaba á una joven que no le quería, y aun cuando le quisiera, él no se casaría ya.

—¿Y si está de menos algún tiempo y luego todo se arregla?

—Cuando un bretón ha dicho no, no hay tu tía. Corentino tiene la cabeza dura.

—Entonces, ¿ustedes quién se case?

—Eso, según. No depende de mí solo.

—¿Y qué se ganaría? dijo Luciana, apoyándose en el brazo de Juan María con abandono inusitado.

—¿Como?

—En ese empleo.

—¿Para los dos? dijo con ternura Juan María.

—Sí, para los dos.

—No lo se con exactitud.

—Poco más ó menos.

—Lo que se quisiera.

—Es mucho.

—No. El barón, con la parte que le ha correspondido de la herencia de su hermano, tiene infinidad de millones, que crían, como es natural, y no se cuida de los gastos de la casa.

—¡Lo que se quisiera! repitió Luciana fascinada. Merece pensarse.

—En usted está, dijo Juan María mirándola de modo que la hizo bajar públicamente los ojos. Con que diga usted una palabra basta. No hay precisión de disgustar á la señora. Después del matrimonio será tiempo todavía. ¿Sabe usted lo que pienso?

—¿Qué?

—Pasado el plazo legal, porque una viuda no puede casarse inmediatamente, creo que no ha de tardar.

—¿Cree usted?...

—Juan María bajó la voz como para una revelación confidencial.

—Para usted no tengo secretos, Luciana, y puedo confiarle lo que á otros no diría. Pondría la mano en el fuego.

—¡Bsh!

—La baronesa, desde que ha venido va á menudo á Laugou.

—¿Qué sabe usted?

—No lo oculta. ¿Y qué mal hay? El señor de Vandrey es vecino y antigua relación de la cessa. Si yo fuese mujer me gustaría. Es un buen mozo.

—No es bastante.

—La baronesa y él harían un matrimonio soberbio. ¿Quiere usted que le diga más?

—Sí.

—Pero no se lo cuente usted á nadie.

—Se lo prometo.

—Creo que el barón Noel, á quien le parece hermosísima su cuñada, había pensado en casarse con ella..... no ahora..... naturalmente..... ¡más tarde.....

—¡Oh! exclamó Luciana, con un gesto de horror.

La doncella obedecía á un buen impulso. La idea de que el banquero pudiera casarse con la mujer, causa de la muerte de Santiago Bresson, por haber recibido en su casa al duque, (Luciana nada más podía asegurar) le inspiraba aquel gesto. Pero semejante matrimonio le disgustaba principalmente, porque, de verificarse, habría que renunciar á las plazas de ama de gobierno y de mayordomo que prometían tan ricos provechos.

—Con todo su dinero, prosiguió Juan María, el barón es muy tímido para las mujeres. Esperaba para declararse.

—Pues que espere todavía, dijo bruscamente Luciana. ¡Qué espere eternamente!

—¿Por qué? preguntó Juan María, como si no hubiese comprendido. ¿No tiene probabilidades de éxito?

—Ninguna.

—¿Está tomada la plaza?

—Hace mucho tiempo.

—Me lo figuraba.

—Hay además otro motivo.

—¿Qué motivo puede haber? dijo ingenuamente Juan María.

—Ya os lo diré.

—¿Cuándo?

—Más tarde.

—¿Es grave?

—Mucho. Ese matrimonio es imposible, dijo Luciana.

—Entonces, cosa echa. El señor no se casará. Me lo ha dicho mil veces: «No hay más que una mujer que pudiera decidirme»...

—Mejor.

—¿Por qué? dijo tiernamente el criado.

—Porque podremos obtener las plazas de que me hablaba.

—¿Querría usted?

Luciana, como se dice vulgarmente, iba encalabrindose. Se veía al frente de una legión de lavanderas, fregatrices, cocineros, pinches y cocheros que dirigía á su antojo.

Apretó los labios con un gesto lleno de inteligencia y respondió mimosamente.

—Pero... acaso... si lo preguntase de cierto modo... fuera de broma...

—¿Y bien?

—Veríamos. La cosa merece pensarse, pero no sé si habíamos de hacer buena pareja.

—Está dicho—exclamó Juan María entusiasmado. ¿De modo que usted no aconsejaría al barón Noel que pensase en.....

—¡Oh! no.

—¿De veras?

—¡Que se guarde..... como del fuego!

Para una sesión era suficiente. Juan María no era de los que rompen la cuerda á fuerza de estirla, é hizo alto.

Indudablemente Luciana sabía cosas que no decía; pero volviendo á la carga, adelantaria terreno.

En aquel momento la doncella se desprendió bruscamente del brazo de su futuro.

Oía á lo lejos el ruido de un coche que llegaba á todo escape.

Venia de hacia Laugou.

—Ve usted,—dijo Juan María,—es la señora.... Viene de ver á su amante... ¡Lo que es ser viuda! ¡Qué libertad! ¡Qué independencia!

—Dicen que el duque no tiene un cuarto, observó Luciana, para quien lo principal siempre era el dinero.

— ¡Ni un centimo! Pero la señora lo remediará con los millones del difunto.

— ¡Buena viña ha encontrado! — gruñó Luciana. Y se alejó echando á su compañero una mirada incendiaria.

El coche de la baronesa estaba en las calles del parque.

Pronto, describiendo hábil curva, se detuvo al pie de la escalinata.

Los criados habian acudido á toda prisa y tenian de la brida á los jadeantes caballos.

La doncella de la baronesa hacía, desde una ventana, cariñosas señales á Juan María.

— Esto cuaja — pensó el criado.

Y así era.

Tanto, que cuando la hermosa rubia algo nerviosa por las escenas de Laugou, la llamó algo bruscamente para que la ayudase á vestirse, Luciana no se apresuró, y á una observación de su señora, respondió con bastante acitud:

— La señora sabe que hay gente en el castillo esta tarde, el general y el gobernador. Hubiera debido estar en Laugou menos tiempo. Sólo le quedan cinco minutos hasta la comida. Yo no tengo la culpa.

Era sublevarse casi. Luciana nunca habia hablado tanto.

Sus contestaciones se reducian ordinariamente á estas tres formulas: ¡Bien, señora! ¡Sí, señora! ¡No, señora!

Sólo graves circunstancias y notables cambios podían hacerla expresarse de aquel modo.

— ¡Quién le ha dicho á usted que estaba en Laugou? — replicó vivamente la baronesa.

— ¡Una ocurrencia mía! ¡Pero como la señora guste! A mi no me importa.

La conversacion no pasó adelante.

Aquella escaramuza, insignificante al parecer, sirvió de aviso á la baronesa.

Pero ya era tarde.

Las promesas de Juan María habian ganado la plaza.

Aquella misma noche, mientras la viuda y el barón estaban en el salón con sus convidados, Luciana paseando por las arboledas con el bretón, le contó cuanto sabia de los amores del duque y la baronesa, la visita del señor de Vaudrey mientras se verificó el asesinato en la casa de la avenida de Mesina y el resto.

Se pasaba al enemigo con armas y bagajes.

X

MUERTA Y VIVA.

Las noticias, sobre todo las malas, corren por los campos con velocidad sorprendente.

No hace falta el telégrafo.

Parece que el viento se encarga de llevarlas.
 Cuando el señor de Plelau llegó á caballo al patio del castillo de Scaer, vió en primer término á sus amigos Renaudet y Noel.

El abogado iba á rejuvenecerse á Bretaña.

Después de los apretones de manos y de una mirada de inteligencia, las primeras palabras del barón y de Renaudet fueron:

—¿Y la pobre Ivona?

—¡Cómo! ¿sabéis?.....

Un pastor había dado la noticia de su desaparición á un guarda; el guarda á un leñador; el leñador á Jason Cadión, y éste á Juan María.

A no mediar el leñador, el cojo, fiel á su consigna, no hubiera podido decir nada, absolutamente nada.

Se creía que Ivona había desaparecido.

Nadie sabía lo que había sido de ella.

La campana anunció el almuerzo.

La baronesa, más hermosa que nunca, se presentó inmediatamente en la escalinata.

Jamás había estado más blanca, más fresca, más jovial y tranquila.

Tomó parte en la conversación con el aire más natural del mundo, dió la mano á Plelau, y como los demás, le preguntó con vivo interés:

—¿Y la pobre Ivona?

El conde respondió con un suspiro.

—¿Robada? dijo la baronesa.

—Temo otra cosa peor.

—¿Qué?

—Ha debido ahogarse.

—¡Bahl!

—Su padre la echó de casa, y desesperada.....

—¿Cosas de amor? preguntó Luisa.

—Rebec ha estado inexorable.....

—¿Sabía, pues?.....

—La sorprendió al volver de noche..... de alguna cita.....

—¡Ah! ¡sería horrible!.... ¡tan hermosa y tan joven!.....

—Diecinueve años.

Plelau refirió las medidas adoptadas.

Había enviado criados en todas direcciones; pero tenía pocas esperanzas.

La desgracia era demasiado probable.

Al huir, llena de desesperación, Ivona había dejado dos cartas, una para su padre y otra para el conde.

No cabía duda de su propósito.

La baronesa manifestó la compasión más sincera. Lamentó la suerte de la desdichada con las más sentidas frases.

—¿Se sabe el nombre del amante? preguntó Renaudet.

—Se sospecha, contestó Plelau.

—¿Algún campesino?

—Mejor hubiera sido para Ivona, dijo amargamente el conde. Hubiera podido reparar su falta. Pero todo el artificio de un hombre de sociedad no andaba sobrado para perderla.

—¿A quién se refiere usted? preguntó descaradamente la baronesa.

—Sólo tengo sospechas, y no acusaría á mi más mortal enemigo sin tener pruebas palmarias.

—Eso es pura caballería andante.

—Tenía cosas buenas, aunque hoy desusadas. Somos demasiado indulgentes. Tanto, que esta aventura, que acaso cueste la vida á una pobre muchacha que tuvo la debilidad de creer en los falsos juramentos de un noble, no deshonrará al pérfido caballero.

—¿Cree usted?.....

—¡Distracciones amorosas! ¡Capricho sin consecuencia! El la ve, ella le agrada; él la toma, la deja y adelante. ¿No son estas las fases de estas insignificantes seducciones? Vista una, vistas todas. Ni aun llegan á enemistarse á los maridos más celosos; es más, ni aun á los amantes de la sociedad en que vivimos. Son calaveradas de viaje que se perdonan por la precipitación y la distancia. Y después de todo, ¿qué era la pobre Ivona? Una campesina, una hija del bosque, más bonita que las otras. Se las coge como flores silvestres en un día de caza ó de fastidio; no se las ama, y por consiguiente no hay motivo de celos.

—Es usted mordaz, observó la baronesa.

—Soy filósofo..... y soltero; nada más. A ellas toca el defenderse. Pero quería á esta.

El almuerzo fué triste.

Aquella desgracia daba con la jovialidad al traste.

La baronesa se encerró en sus habitaciones.

Joson no tuvo que correr detrás de los poney's ni de sir Black. Se nubló el cielo y llovió á torrentes.

Desde las dos de la tarde hubo una nueva edición de los diluvios bíblicos.

Al valle de Guer aflujan torrentes por todas partes, y desde el terrado de Scaer parecía que el mar, en una extraordinaria marea, llegaba hasta los estanques de Laugou.

La hermosa viuda miraba con siniestra expresión el inmenso lago, y cuando llegó á su máximo murmuró entre dientes esta cínica frase:

—Trabajo le mando á Plelau si ha de encontrar á su abijada.

Experimentaba la siniestra alegría de una mujer celosa que veía pasar el entierro de su rival bajo sus ventanas.

Pero el juicio del conde era exactísimo.

Luisa no concedía á Ivona el honor de considerarla rival temible.

Tenía razón.

Para el duque de Vaudrey, la pobre joven sólo había sido aquella distracción de viaje; aquella aventura campestre ó venatoria de que hablaba Plelau, y la hermosa viuda no sentía contra su amante la cólera que le hubiera producido la traición con una de sus iguales.

Pero después que dictó las oportunas órdenes, el conde le tocó en el brazo, y llamando á Renaudet, les dijo:

—Venid.

—¿A dónde?

—A donde nadie pueda oírnos.

Los tres amigos se encerraron en el gabinete del banquero, sala cuadrada en un ángulo del castillo, con paramentos de roble viejo y dobles puertas que hacían toda indiscreción imposible.

—Habla, dijo el barón.

—¿Buscas al asesino de tu hermano?

—Con frenesí.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Yo lo conozco.

—¿Quién es?

—El que ha herido á Ivona.

—¿Qué dices?

—Han tratado de asesinarle.

—¿Cuándo?

—Ayer, á las seis de la tarde.

—Por qué?

—Había oído revelaciones que podían perder al asesino.

—¿Al duque de Vandrey?

—Al mismo.

—Es extraño.

—Es cierto.

Plelau contó la escena del estanque de Langou, el valor de Jason, la llegada del narrador al lugar del suceso, lo que habían hecho durante la noche, y las revelaciones de la desdichada.

—El duque y su cómplice creen que Ivona ha desaparecido—añadió—y que nadie conoce su se-

creto. Quiero confundirlos más tarde, en la hora del castigo, si mi ahijada vive, como espero.

Explicó su estado. La infeliz deliraba: la herida era profunda y grave el peligro; pero él velaría. Al cabo de algunos días ó estaría fuera de peligro ó habría acabado con ella la calentura.

—Tú decidirás—dijo el banquero.—¿Qué hacemos?

—Callar—respondió Noel.—Eses miserables merecen pena proporcionada á su crimen. Yo vacilaba todavía: ahora ya estoy decidido. Dios te ha inspirado, Hugo. Salva á esa infeliz y que nadie sospeche su existencia. Dejemos que los culpables se crean seguros.

—¿Lo quieres así?

—Lo deseo.

—Sea.

—¿No eres el jefe?—añadió Renaudét.

—Aun no ha sonado la hora de herir; pero estad tranquilo. No se nos escapan.

Corentino, al saber el suicidio de su adorada Ivona, sintió cólera terrible contra el duque. Recorrió sin resultado los alrededores de Langou y de Scaer, durante varios días y noches.

Todo el mundo estuvo en movimiento.

Fué explorado el cauce del Gaer, engruesado como un río por las continuas tempestades.

No se descubrieron rastros de la muerta.

Pronto hubo que resignarse y desistir de inútiles pesquisas.

Nadie pensó en la cabana de la Sra. Tcel. Tampoco era posible la sospecha.

La buena mujer vivía como de costumbre y cuidaba su casa y sus dos vacas con tranquilidad completa.

Se lamentaba con los pecos que pasaban por aquel desierto.

—¡Qué gran desgracia! ¡Pobre Sr. Rebec! ¡El corazón se me oprime al pensar.

Y otras frases compasivas y discretas, pero que nada revelaban al curioso.

Todos los días el conde Hugo, que era infatigable cazador, iba con escopeta y perro á dar una vuelta por los alrededores. Nadie le acompañaba y nadie supo que pasaba horas enteras en la casa del bosque.

Mientras se hallaba dentro, la buena mujer estaba de vigilante.

En cuanto salía, la puerta del cuarto de Ivona se cerraba con llave y nadie podía sospechar la presencia de la joven en aquella casa.

Joson no hubiera despegado los labios por un imperio, y antes se hubiera dejado hacer trizas que descubrir nada.

La herida estuvo más de seis semanas en peligro.

El conde se la disputó encarnizadamente á la muerte; logró salvarla y pudo decirle cubriéndola de besos:

—Eres hija mía verdaderamente, puesto que te

he dado la vida. Nunca me he alegrado más de ser médico.

El conde consolaba como podía al anciano Rebec, sumido en desesperación profunda.

—No ha muerto, le decía. Indudablemente hay aquí un misterio que no comprendemos. A pesar de todo, creo que hemos de volver á verla.

El administrador movía la cabeza sin decir una palabra.

Un día se le escapó, sin embargo, esta confesión extraña en su terquedad y amor propio:

—Yo tengo la culpa, merezco este castigo,

La baronesa había suspendido sus visitas á Laugou.

Aunque Ivona no había designado á nadie en sus cartas al padre y al padrino, todo el mundo acusaba al duque.

A los ocho días del crimen de Laugou, la baronesa llegó en su paseo matinal hasta las inmediaciones del castillo.

Vió cerradas las ventanas.

La casa parecía desierta y lo estaba en efecto.

El anciano Guehennec, mayordomo del castillo, corrió al encuentro de la viuda y le entregó una carta.

Era del duque y le decía:

«Tu silencio me hace comprender que te horrorizo.

«Hice mal.

«Si unes tu destino al mío, te prometo cambiar de vida.

«Piénsalo.

«Voy á Biarritz.

«Allí esperaré un mes tu respuesta.

«Si me rechazas, me salto la tapa de los sesos.»

La baronesa respondió el mismo día con sequedad insultante:

«No sé si tendrá usted valor para realizar su amenaza.

«Lo dudo.

«Pero nuestros lazos no son de los que se rompen.

«Quiero ser duquesa.

«Viva usted.

XI

CONSEJO DE AMIGO.

Han transcurrido siete meses.

La temporada de invierno tocaba á su fin en París.

Estaba muy adelantado Mayo.

Luisa Renaud había tenido tiempo para calmar su dolor.

Hacia quince meses que se había quedado viuda y su luto había concluido.

Volvió, pues, á las antiguas costumbres en su

magnífico palacio de la calle de Mesina, donde continuaba viviendo en fraternal intimidad con el banquero, siempre carifiosísimo.

El banquero le daba continuas pruebas de la más indulgente amistad, permitiéndola sacar dinero sin tasa de la caja, considerándola como asociada, por un acuerdo tácito, á la casa Bresson, dejándola en completa libertad y dándole, los días que comían juntos, lo que á menudo sucedía, algunos consejos respecto á sus negocios, cuya dirección ella había tenido la idea feliz de abandonar al banquero.

El barón, con su tacto, su habilidad y mil atenciones delicadas y espléndidas, había logrado la confianza de la baronesa, hasta el punto de que Luisa nunca consultó á otra persona que á él.

Por otra parte, con el testamento, cuya validez jamás había sido puesto en duda por el banquero, se creía segura de cualquier revés.

No habían arreglado cuentas, pues el barón siempre hallaba algún pretexto plausible para demorar esta formalidad.

Las cosas marchaban como en vida del difunto. ¿A qué contratos y papeletes? Siempre había tiempo de hacerlos.

La casa Bresson era de inquebrantable solidez y sus libros de intachable y minuciosa exactitud.

Sin embargo, el primero de Enero, el barón había entregado á su cuñada el inventario cerrado y firmado en la noche anterior.

El caudal de los dos hermanos ascendía á sesenta

«Piénsalo.

«Voy á Biarritz.

«Allí esperaré un mes tu respuesta.

«Si me rechazas, me salto la tapa de los sesos.»

La baronesa respondió el mismo día con sequedad insultante:

«No sé si tendrá usted valor para realizar sus amenazas.

«Lo dudo.

«Pero nuestros lazos no son de los que se rompen.

«Quiero ser duquesa.

«Viva usted.

XI

CONSEJO DE AMIGO.

Han transcurrido siete meses.

La temporada de invierno tocaba á su fin en París.

Estaba muy adelantado Mayo.

Luisa Renaud había tenido tiempo para calmar su dolor.

Hacia quince meses que se había quedado viuda y su luto había concluido.

Volvió, pues, á las antiguas costumbres en su

magnífico palacio de la calle de Mesina, donde continuaba viviendo en fraternal intimidad con el banquero, siempre carifiosísimo.

El banquero le daba continuas pruebas de la más indulgente amistad, permitiéndola sacar dinero sin tasa de la caja, considerándola como asociada, por un acuerdo tácito, á la casa Bresson, dejándola en completa libertad y dándole, los días que comían juntos, lo que á menudo sucedía, algunos consejos respecto á sus negocios, cuya dirección ella había tenido la idea feliz de abandonar al banquero.

El barón, con su tacto, su habilidad y mil atenciones delicadas y espléndidas, había logrado la confianza de la baronesa, hasta el punto de que Luisa nunca consultó á otra persona que á él.

Por otra parte, con el testamento, cuya validez jamás había sido puesto en duda por el banquero, se creía segura de cualquier revés.

No habían arreglado cuentas, pues el barón siempre hallaba algún pretexto plausible para demorar esta formalidad.

Las cosas marchaban como en vida del difunto. ¿A qué contratos y papeletes? Siempre había tiempo de hacerlos.

La casa Bresson era de inquebrantable solidez y sus libros de intachable y minuciosa exactitud.

Sin embargo, el primero de Enero, el barón había entregado á su cuñada el inventario cerrado y firmado en la noche anterior.

El caudal de los dos hermanos ascendía á sesenta

y tres millones en junto; siendo de advertir que los inmuebles habían sido tassados muy bajos.

Sólo los valores, evaluados con prudentes rebajas pasaban de sesenta millones.

A la baronesa, en virtud de la donación de su marido, pertenecía la cuarta parte de sus bienes.

Así, lo creía, al menos.

Con tal fortuna, se puede dormir tranquilo.

Si surgía alguna cuestión, se pondría el remedio, pero no había síntomas de tal cosa.

Al contrario.

Puede suponerse que una viuda tan rica, tan joven y tan bella, estaba muy asediada de pretendientes.

Pero á ninguno prefería ni siquiera hablaba del duque.

El barón Noel, llegó á tener un momento de inquietud.

El duque había desaparecido, y era verosímil que, á causa de la aventura de Ivona, hubieran rotó sus relaciones los dos amantes.

La ausencia del duque duró hasta fines de Marzo.

Entonces volvió á presentarse en casa de la baronesa, y sus visitas fueron siendo frecuentes.

El señor de Vaudrey había experimentado un cambio ventajoso.

Era formal, serio, irreprochable, comedido, muy elegante, pero grave y juicioso.

Corrió la voz de que acaso fuera el elegido de la baronesa.

Pronto se les vió paseando á caballo en la aveni-

da de las Acacias, hablando familiarmente, y el mes de Mayo, no hubo recepción de la baronesa á que el duque no asistiese puntualmente.

Pero, siempre amable con el barón Noel, Luisa no se decidía á abordar la cuestión de matrimonio, sobre la cual no desplegaba los labios.

Sin embargo, una noche, después de una comida de confianza, la baronesa quedó á solas con el banquero.

Luisa llevaba un traje violeta muy descotado.

Su blanco pecho resplandecía á la luz de las arañas y candelabros del vasto salón; sus cabellos rubios, en ondas, dulcificaban los rasgos de su semblante; sus magníficos brazos de correctas líneas salían desnudos hasta las hombreras del cuerpo, sostenido por simples broches.

Estaba, en verdad, asombrosamente seductora.

Miró al barón, vaciló, se mordió los labios, lanzó un suspiro, se decidió, y dijo:

—Quisiera consultarte.

El banquero sonrió. La hora de las confidencias llegaba.

—¿Sobre qué? preguntó.

—Sobre un asunto delicado.

—¿De dinero?

—No.

—Es que en otros no soy competente.

—Voy á enojarte quizá.

—No es posible.

—O á darte un pesar, al menos, y eso me detiene... hace algún tiempo.

—Comprendo, dijo el barón con cierta tristeza, se trata de matrimonio.

—Precisamente.

Hubo un momento de silencio.

El barón lo rompió.

—Es que yo no tengo el ánimo suficientemente libre, dijo, para tratar contigo de ese asunto.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Por qué?

—Escúchame primero.

Aceró su silla á la de la viuda.

—Dentro de un mes, hará años que te casaste con Santiago.

—Así es.

—Pues por eso no me he casado. Santiago se me adelantó. Yo hubiera hecho la misma elección. Pensé que no hallaría mujer tan perfecta; la comparación me hacía odiosas á las demás. De amar menos á Santiago, creo que hubiera envidiado su felicidad. Su muerte ha cambiado mi carácter. Me he hecho caprichoso, raro y gruñón. Con un ente como yo, amigo solo del silencio y de la soledad, sería desgraciada cualquier mujer. Sería lo mismo que encerrarla en un claustro. Las mujeres han sido hechas para la luz, el ruido, las fiestas y las fiestas: necesitan aire y sol. La elegida por mí hubiera sido mi víctima.

—Te calumnias, dijo Luisa con extremada dulzura, porque conviniéndole la amistad del barón, deseaba conservarla á toda costa.

—No, en verdad—respondió el banquero.—Lo he pensado bien. Nada nuevo te diría confesándote que eres mi tentación; ni hay peligro en que te diga puesto que nos vamos á separar. Muchas horas he pasado reflexionando. Quería, y luego no me atrevía. He tenido, respecto á tí, timideces de colegial; He optado, al fin, la resolución de eclipsarme. Mi edad me ha parecido insuperable obstáculo. Mi adorado hermano ya no existe. Me resigno. No tengo parientes. Tendré algunos amigos; tú estás aquí, tú seguirás siendo toda mi familia, si quieres. Para mí eres una hermana, una pupila y una hija; pero, no sin pesar, presiento lo que me vas á decir. ¿Conque estás próxima á volverte á casar?

Luisa inclinó modestamente la cabeza.

—¿Crees que voy á oponerme? ¿Crees que por egoísmo, iría á condenar al celibato á mi hija ó á mi hermana. No, Luisa. ¿Con qué derecho había de imponerte una condición que á ellas no les impondría? Procura únicamente hacer una elección que asegure tu dicha.

—Por eso precisamente son mis temores.

—¿Respecto á tu fortuna?

—Primero.

—¿Y después?

—El pasado de mi pretendiente no me inspira absoluta confianza.

—¿Qué edad?

—Unos treinta y seis años.

—¿Qué reputación?

—Mediana.

—¿No habrá perdido la honra?

—¡Oh, no! Pero arruinado por dispendios insensatos, por locuras de la juventud, me hace temer, á pesar de sus protestas, un porvenir azaroso.

—¿Te ama?

—Lo dice.

—¿Y tú?

—Esa es la cuestión.

—¡Pero en fin!—insistió el banquero.

Luisa hizo un esfuerzo y respondió en voz baja:

—Sí, me agrada, lo confieso. Quisiera aborrecerle, pero tengo que reconocer que me atrae y me fascina. Entre mis muchos admiradores, porque no puedes figurarte cuántas pretensiones oigo.....

—Sí—dijo el barón cortesmente.

—El solo tiene el privilegio de agradarme. No será un matrimonio por amor..... No lo sentiré nunca..... Creo.....

—Pero tampoco por conveniencia—dijo el banquero con amable sonrisa.—¿Por qué, pues?

—Te burlas y no te falta razón. Pues bien, seré sincera con mi confesor..... Es un matrimonio por vanidad.

—¡Oh!

—Con vergüenza lo confieso. Lo que más me atrae de mi futuro, es su título.

—¿Ese título es un capital?

—El único que le queda, según creo.

—¿Se llama?

—¿Vas á refirme?.....

—Quizá.

—Prométeme hablarme con franqueza.

—Con mucho gusto.

—Aunque sea duro tu parecer.

—Bueno.

—Es el duque de Vaudrey.

El banquero se mordió los labios.

—He de ser franco; lo temía.....dijo.

—¿No te parece bien?

—Según. El duque ha derrochado tontamente una gran fortuna. No le queda un sueldo, y vive de préstamos concedidos con la gran garantía de ese título que te lisonjea. Ha encontrado un usurero que le ha dado un millón, con la firma de Langou por hipoteca. Sin este recurso, alguaciles y escribanos hubieran caído sobre el castillo de Vaudrey; pero ese millón está gastado ya. El duque no tiene ni una casa, ni una granja, ni una pulgada de tierra en otra parte. Nosotros, por oficio, tenemos que estar al pendiente de estas cosas.

Noel Bresson las conocía además perfectamente, porque el prestamista del millón era él mismo por medio de un tercero.

—Pero su ruina, continuó el banquero, no sería más que la mitad del mal, porque tú eres rico, inmensamente rico.....

—Luego.....

—El duque es jugador. Las cartas se le han llevado la mitad del patrimonio: el resto lo ha derrochado en locuras.

—Pero, en fin, dijo Luisa temblando.

- No le daría, pues, á mi hija...
 —¡Ah!
 —Si tuviese una de veinte años....
 —Tienes razón. Hago mal.
 —No te desanimes.
 —¿Cómo?.....
 —Tú eres mujer de juicio.....tienes experiencia, y antes de acabar, permite que te vuelva á preguntar: ¿Le amas?
 —Supongámoslo.
 —Pues cástate.
 —Pero.....
 —Con algunas precauciones le dominarás, como el Monte Valeriano á Longchamp.
 —¿Qué precauciones?
 —Nada más fácil, Respecto á tu fortuna, os casais con vuestros derechos respectivos, estableciendo la separación de bienes. Total: un contrato en cuatro renglones. Así no hay confusión de intereses. Tú o suervas la llave de la caja que es la palanca más fuerte. ¿Comprendes?
 —Perfectamente.
 —Lo demás déjalo á cargo de tu irresistible hermosura.—El barón suspiró.—Es imposible que el duque no te ame apasionadamente. Su vanidad quedará satisfecha, si no es más ciego que pródigo. Y si, pensando lo peor, llegase á defraudar tus esperanzas, ¿no queda el supremo recurso del divorcio? No te pondrá el duque en este caso.
 —¿Luego apruebas mi matrimonio?
 —Yo apruebo todo cuanto puede agradarte.

- ¡Que bueno eres! —exclamó la baronesa.
 —Lo era. La muerte de Santiago me ha hecho ex-éptico, incrédulo, hasta cruel. Procura ser feliz, Luisa. Tienes inteligencia, discreción y buenos sentimientos. Convertirás á tu marido. No es fácil resistir á tal consejero.
 —¡Dios te oiga!
 —¿Cuándo será el matrimonio?
 —Espera mi contestación; pero han de pasar algunas semanas.
 El barón sintió un estremecimiento, pero se reprimió al instantel
 —¡Al fin! —se dijo.
 Luisa se había puesto en pie, iba á retirarse. Eran las doce de la noche.
 Al observar en ella cierta vacilación, dijo el banquero:
 —¿Tienes algo que pedirme?
 —Sí.
 —¿Qué es?
 —No me atrevo.
 —Eres demasiado tímida. ¿Tan grave es?
 —No, una friolera.
 —Vamos.
 —¿Quieres darme un gran placer?
 —Pregunta excusada.
 —Me gusta mucho la quinta que Santiago y yo hicimos.
 —¿En Dieppe?
 —Sí.
 —¿Quieres que te la ceda?

—Deseo que se me adjudique si alguna vez hacemos partición de bienes.

—Me alegro de que me proporciones esta ocasión de complacerte.

—¿Accedes?

—No solo accedo, sino que te la ofrezco. Será mi regalo de boda.

—¡Regalo regal!

En un arrebato de júbilo presentó su frente al banquero, que apoyó en ella sus labios.

—Estoy pagado con exceso, dijo.

El barón la acompañó á su casa, pasando por los jardines.

Las flores primaverales exhalaban dulces aromas en la apacible noche, y á la pálida luz del gaz la yerba de los jardincillos parecía suave y sedosa felpa.

—¿A dónde irás después de la boda? preguntó dulcemente el banquero.

—Si me hubieses negado la quinta de Dieppe, me hubiera refugiado en cualquier parte, menos ahí, dijo la baronesa señalando su casa, donde tengo demasiados recuerdos. Pero puesto que me la has regalado pasaré en ella la noche de bodas y parte del verano.

El barón estrechó la mano de Luisa y volvió á su casa.

Sus facciones cambiaron de aspecto y se tornaron sombrías y amenazadoras.

Miró un momento el retrato de su hermano y dijo:

¡Serás bien vengado!

Luisa al subir á su suntuosa morada:

—¡Es mejor de lo que yo creía! pensaba. ¡Con qué facilidad se le lleva! ¡Qué débil es el hombre más fuerte ante la mujer más sencilla!

Esto es cierto... en general, pero Luisa Renaud tenía en frente un enemigo capaz de burlarse de media docena de diplomáticos y de meter bajo llave á todos los héroes de la calle de Jerusalén, con su jefe inclusive.

Luisa incurria en el error de no desconfiar del banquero, pero si los criminales no cometiesen indiscreciones, la justicia sería impotente y el mal do pertenecería á los malvados.

XII

PROYECTOS.

Al día siguiente de su conferencia con el barón, Luisa montó á caballo á las nueve de la mañana.

El tiempo estaba delicioso.

Paris brillaba en todo esplendor bajo un radiante sol de primavera.

La bella viuda llevaba una rosa roja.

Era la señal convenida con su amante para indicar el éxito de la consulta.

El consentimiento le causaba gran alegría, pues no quería enemistarse con su cuñado.

La lisonjeaba continuada interesada en la célebre casa de banca de Bresson, cuyos rendimientos la permitían arrastrar regios trenes y lisonjeaban su vanidad de mujer opulenta.

El duque opinaba de otro modo.

Hubiera querido venderlo todo; la casa de la avenida de Messina y el castillo de Langou; cuanto traía á su memoria odiosos recuerdos.

Pero Luisa le dirigía á su antojo y venecía con una palabra ó una mirada todas sus resistencias.

Se burlaba de los temores que á veces se leían en su frente como en un libro abierto.

El duque, en ocasiones, creía ver fantasmas y oír misteriosas voces.

Explicaba á su cómplice su espanto, de lo que ella se reía, diciéndole con voz burlesca:

—Sueñas, querido mío. Eres víctima de una alucinación. Nada de lo que te tortura ha sucedido. Eres joven todavía y serás rico; tienes un nombre ilustre... ¿Qué te falta para ser envidiado?

Se le imponía con su altivez, su audacia y su desprecio de las conveniencias sociales.

—Pasaremos por medio de todo el mundo, y el mundo nos saludará quitándose el sombrero le decía.

Cuando lograba devolverle la confianza, no podía menos de admirarle.

Era verdaderamente hermoso.

No puede concebirse tipo más perfecto de elegancia aristocrática y de fuerza distinción unidas.

Desde que sumiso y carifoso había vuelto á sus piés, la baronesa volvió á amarle con su antigua pasión.

Aquel día sir Black, el caballo favorito de la baronesa, llevaba la cabeza erguida como satisfecho de su señora. Su pelo relucía como la seda y su ouello se movía con gracia.

La viuda estaba sumamente tranquila.

Todas las dificultades desaparecían como por encanto.

Había dado el paso más difícil y peligroso.

El duque la esperaba en la Puerta Maillot.

Débil sonrisa apareció en su rostro al distinguir la rosa.

—¡Ha salido bien, según veo! dijo.

—Divinamente.

—¿Aprueba el barón tus proyectos?

—En absoluto.

—Es demasiado, dijo el duque. Ese banquero me asusta.

—Dejémonos de temores ridículos. Todo se arregla y el desenlace está próximo. He recibido ya un regalo de bodas.

—¿De quién?

—Del barón.

—¿Qué te ha regalado?

—Una cosa que me gusta extraordinariamente.

—¿La quirta de Dieppe?

—Justo.

—Es muy hermosa.
—La mejor de la costa. Los dos hermanos han hecho allí locuras.

—Por ti.
—Confesarás que eres muy injusto con el barón.

—Lo confesaré sólo por complacerte.
—El es más indulgente. ¿Crearás que no estaba yo muy tranquila al explicarle mi proyecto? No te tiene en olor de santidad. Arruinado, de costumbres medianas (la aventura de Pielau lo prueba,) jugador, te engañaría si te dijera que un hombre tan formal como el barón te estima en absoluto. Se ha limitado á manifestarme que cabe esperar una radical conversión, y á indicarme el remedio que ya conocía yo, para evitar mi ruina.

«Vicios de juventud, me ha dicho después, hablando de tus locuras, de que la experiencia y los años curarán al duque»

Y ha añadido á manera de conclusión:

«El nombre es ilustre y haces bien en tratar de levantarlo.»

—Todo va bien, por consiguiente, y sólo hay que decidir una cosa.

—¿El día del matrimonio?
—Sí.
—Cuando quieras.
—Dentro de un mes. Lo preciso para arreglar los papeles.
—Sea.

—El programa ya le tengo arreglado.
—Ayer.
—Por la mañana, el contrato en cuatro palabras. Cada uno aporta sus bienes al matrimonio. Separación completa. Ningún invitado á presenciar la firma. Testigos, el barón y los íntimos de la casa. A la alcaldía después, y luego á la iglesia, sin ruido. Demasiados curiosos habrá, te lo aseguro. Partimos para Dieppe inmediatamente. E-tamos allí unos días, ó lo que quieras. Luego recorreremos el mundo, los baños, ó vamos á restaurar Laugou, á tu elección. Quiero que esta mansión sea digna de los duques de Veaudry.

El rostro del duque manifestó cierta inquietud. Luisa hizo un gesto de desdén.

—A mi no me asustan los recuerdos, dijo. Los desafíos. Si no se habitara en los castillos de Francia en que ha ocurrido algún drama, estarían en ruina todos. ¿Tienes algo que oponer á mi plan?

—No.

—¿Podemos, pues, dar el parte oficial del casamiento?

—Perfectamente.

—Oye, dijo Luisa con frase lenta, desde el día en que yo sea duquesa de Vaudrey el pasado no existe.

—Bien.

—¿No se hablará ya de él?

—No.

—Lo borrarás de tu memoria, y marcharás erguida y alta la cabeza, sin recaer en desfallecimientos indignos.

—Tú mandarás y yo obedeceré.

—¿Qué le hemos de hacer? La fatalidad tiene la culpa de todo. ¿Por qué se han interpuesto en nuestro camino los muertos?

Pronunció estas palabras con tono feroz, casi trágico, mirando duramente hacia adelante; y sonrió en seguida con gracia encantadora á unos caballeros que le saludaban respetuosamente.

—¿Ves? dijo dirigiendo á su compañero una expresiva mirada. ¿No te lo decía? ¿No se inclina ya el mundo ante nosotros?

Sus proyectos no eran un misterio para nadie.

Continuaron su paseo entre la concurrencia, hablando desenfadadamente de aventuras de la moda.

A cada paso encontraban gente desocupada, favorecida por la fortuna que, á caballo ó en coche, paseaban antes del almuerzo.

El duque de Vaudrey era conocido por toda la alta sociedad.

La belleza de la viuda del barón y sus codiciosos millones la hacían formar parte de la banda escogida citada al frente de todas las fiestas.

Además, la historia de la imprevista muerte de su marido, medio envuelta en el misterio, lo había puesto, por decirlo así, de relieve.

Excitaba, pues, á su paso, cierta curiosidad. Llamaba la atención, en una palabra.

—¡Ay, querido mío! —continuó Luisa con su tono mordaz— ¡examinásemos el interior de esa clase elegante y frívola, de todos esos ricos que tie-

nen palacio en París, castillo en Provincias quintas en Biarritz, Cannes, Deauville ó en cualquier parte, cuántos dramas, escándalos y vergonzosas comedias descubriríamos! Por eso no tengo remordimientos ni miedo. La vida es un combate, el mundo un campo de batalla. Los fuertes se apoderan de él y arrojan á los débiles. ¡Ya verás qué duquesa hago! Príncipes reinantes conozco cuyo abuelo andaba limpiando carretas; y mira, el padre de ese caballero, á quien siguen dos lacayos, vendía contraseñas ó hacia cosas peores; el hijo ha robado millones. Se sabe, ¡y tú le saludas!

Así era.

El duque se llevaba la mano al sombrero y se descubrió.

—Tan cierto es, concluyó la baronesa, —que la fortuna, por mal adquirida que sea, basta para imponer respeto. El bacerro de oro es el dios de nuestra época. Serás millonario, tienes un nombre ilustre, ¡y aun no estás satisfecho! ¡Animo, señor duque!

Su serenidad era verdaderamente asombrosa, Sonreía, dejando ver sus blanquísimos dientes.

Los transeúntes podían creer que hablaba de amor.

—¡Hermosa pareja! —decían, como de Corentino ó Ivona en Plelau, antes de la falta de la infeliz muchacha.

En el círculo de los Campos Elíseos se separaron.

La baronesa se dirigió á la izquierda y el duque á la derecha.

Por la noche, en la Opera, circulaba de palco en palco la noticia. La misma baronesa la participó á los amigos y recibió sus felicitaciones.

¡Duquesa!

Una corona sentaría perfectamente á aquella cabeza de reina.

A las tres semanas se habian publicado los edictos matrimoniales, y Félix, el gran modisto, terminaba los trajes de la novia.

XIII

APARECIDOS EN BRETAÑA.

Durante los siete meses que acababan de transcurrir, Laugou estaba abandonado, Pielau fúnebre, Soaer, triste.

Algunos días antes de la publicación del matrimonio del duque y la baronesa, aconteció en el país una extraordinaria aventura. Cosas que sólo se ven en Bretaña, y sobre todo, en los más desiertos rincones del Morbihan.

Eran las ocho de la tarde y el sol se ponía tras los juncates de la landa, de Lanvaux, allende los cerrillos de Trédion y de Nuestra Señora de Kerduguen, cuando Corentino Cleguer topó con la loca en la avenida de Pielau.

El pobre mozo había perdido todo su buen humor.

Juanilla soltó, al verle, una carcajada histérica, que excitó la cólera del desdichado.

Estaba desconocido.

Demacrado el rostro, lívida la tez, con algún mechón gris en las sienes, y los ojos profundamente hundidos.

Pero todavía era un arrogante mozo.

Postizada por el dolor, su hermostura era más espiritual. Sus pensamientos eran más elevados. No hay palanca como las penas para levantar el ánimo.

Ivona hubiera hallado más atractivo en el dolorido semblante de Corentino que cuando estaba radiante de placer.

Pero Ivona había muerto. Así, al menos, se creía en el país.

Corentino llevaba luto en el corazón por la mujer á quien tanto había amado y continuaba amando.

Pasaba muchos días en casa de Rebec, pero no procuraban consolarse. Apenas hablaban de Ivona, pero pensaban en ella constantemente.

El anciano maldecía su dureza y se arrepentía amargamente de no haber seguido los consejos del conde.

Había desaparecido su entereza.

—¡Fue por culpa mál decía á cada instante.

Cruelmente la explayaba.

Por la noche, en la Opera, circulaba de palco en palco la noticia. La misma baronesa la participó á los amigos y recibió sus felicitaciones.

¡Duquesa!

Una corona sentaría perfectamente á aquella cabeza de reina.

A las tres semanas se habian publicado los edictos matrimoniales, y Félix, el gran modisto, terminaba los trajes de la novia.

XIII

APARECIDOS EN BRETAÑA.

Durante los siete meses que acababan de transcurrir, Laugou estaba abandonado, Pielau fúnebre, Soaer, triste.

Algunos días antes de la publicación del matrimonio del duque y la baronesa, aconteció en el país una extraordinaria aventura. Cosas que sólo se ven en Bretaña, y sobre todo, en los más desiertos rincones del Morbihan.

Eran las ocho de la tarde y el sol se ponía tras los juncates de la landa, de Lanvaux, allende los cerrillos de Trédion y de Nuestra Señora de Kerduguen, cuando Corentino Cleguer topó con la loca en la avenida de Pielau.

El pobre mozo había perdido todo su buen humor.

Juanilla soltó, al verle, una carcajada histérica, que excitó la cólera del desdichado.

Estaba desconocido.

Demacrado el rostro, lívida la tez, con algún mechón gris en las sienes, y los ojos profundamente hundidos.

Pero todavía era un arrogante mozo.

Postizada por el dolor, su hermostura era más espiritual. Sus pensamientos eran más elevados. No hay palanca como las penas para levantar el ánimo.

Ivona hubiera hallado más atractivo en el dolorido semblante de Corentino que cuando estaba radiante de placer.

Pero Ivona había muerto. Así, al menos, se creía en el país.

Corentino llevaba luto en el corazón por la mujer á quien tanto había amado y continuaba amando.

Pasaba muchos días en casa de Rebec, pero no procuraban consolarse. Apenas hablaban de Ivona, pero pensaban en ella constantemente.

El anciano maldecía su dureza y se arrepentía amargamente de no haber seguido los consejos del conde.

Había desaparecido su entereza.

—¡Fue por culpa mál decía á cada instante. Cruelmente la explaya.

El recuerdo de Ivona le perseguía día y noche. Era tan cariñosa, tan buena.

El anciano reservaba todo su odio para el seductor.

Pero este odio era amor comparado al de Corentino, á quien desesperaba su impotencia.

El duque de Vaudrey, cuyo nombre no pronunciaban jamás, no había vuelto á Bretaña.

¡Felizmente! Porque Corentino lo hubiera matado como á un animal dañino.

No decía una palabra de sus proyectos.

Sólo su hermano los conocía.

A veces, en sus conversaciones con Juan María, tenía arrebatos indescriptibles; raros, pero espantosos.

—Que me lo encuentre, decía, y uno de los dos queda en el sitio. No me hacen falta armas! no soy un señor duque. ¡Lo ahogaré! ¡le romperé los huesos, le aplastaré la cabeza como á un sapo.

Juan María le ponía la mano en el hombro y le decía con voz misteriosa:

—¡Espera! ¡Paciential

—¡Espera! ¿A qué?

Corentino miraba á su hermano con aturridos ojos y no comprendía.

—Déjanos obrar. Ya llegará la ocasión. Ta lo juro.

Aquella tarde, Corentino rechazaba bruscamente á la loca que le cerraba el paso, pero Juanilla se agarró á su brazo y le dijo:

—No quieres oírme, Corentino, y haces mal. Hay

cosas que yo sé y que tú no sabes. Si me hubieses oído, algunas desgracias se hubieran evitado.

—¿Y qué?

—Los muertos resucitan.

—¿Qué quieres decir?

—Hay milagros.

—¡Eh, basta!

—Vete de noche á Fontana. Yo rondo y vec; haz la señal de la cruz cuando pases cerca de la casa del guarda.

Corentino se encogió de hombros y la Juanilla le soltó, repitiendo palabras incoherentes: Los muertos..... la noche..... Fontana.....

El aviso de Juanilla extrañó á Corentino.

Siguió andando, pero se detuvo al ir á pasar las cadenas, que adornan más que cierran la entrada de la avenida de Plelan.

Juanilla canturreaba su melodía, á la que cada día agregaba una estrofa.

Su voz temblorosa y cascada, tenía algo de siniestra:

A bailar al cementerio
los espíritus han ido,
y sin música y sin ruido
todos danzan en redor.

¡Laró, laró!

Para ver mi dulce amor.

¡Laró, laró!

Yo me iré como mi Pedro
con los muertos á bailar.

Corentino no era supersticioso; pero las palabras de la loca le habian turbado. Sentia el escalofrio de lo sobrenatural.

¿Por qué no habia de tomar por Fontana para volver á Scaer?

El camino no era mucho más largo, y el breton tenia buenas piernas.

Además, le serviría de pasatiempo.

Los dias le parecian interminables, y las noches mucho más.

Pensaba incesantemente en el fin desdichado de Ivona. La veia revuelta por la corriente en el cauce del Guer y arrastrada por el agua.

¿A dónde? No se sabia. Acaso al mar.

¡Si, al menos, hubiese recibido cristiana sepultura! Podria tener el consuelo de orar sobre su tumba; pero habia desaparecido en el légamo de las lagunas ó en los abismos insondables del Océano.

Caminaba lentamente, como temeroso de llegar á Scaer, donde, en la soledad de su cuarto, se avivaban sus recuerdos.

Conocía perfectamente el camino de Fontana.

Había estado cien veces y había descansado á menudo en casa de los Toel, cuando en las cacerías iba hacia aquella parte el venado.

El sitio era solitario: las casas más próximas distaban más de tres kilómetros.

¿Por qué Ivona había de elegir para sus apariciones aquel sitio y no otro.

¡Aparecersel ¡qué absurdo!

¡Cosas de Juanilla!

Sólo las viejas creen semejantes tonterías.

Pero, á pesar de sus juiciosas reflexiones, Corentino experimentaba misterioso temor á medida que iba acercándose á Fontana.

Las emociones que hacia un año venía experimentando, le predisponían á supersticiosos terrores.

La noche estaba tranquila.

Las nubes dejaban ver entre anchos desgarrones algunos trozos del cielo. La luna aedmaba sus pálidos cuernos sobre las selvas de Laugou, y ténues nubecillas surgían de los pantanos, tomando formas fantásticas.

Algún fuego fátuo corría entre los juncales.

Las lechuzas se reclamaban con gritos lúgubres en los árboles, cuya negra masa se dibujaba confusamente sobre el fondo gris del cielo.

Corentino habia viajado durante los años de servicio, pero el campesino bretón lleva consigo las impresiones de la infancia, que despiertan en cuanto pone el pie en el suelo nativo.

Duermen, pero no mueren.

A unos trescientos pasos de casa de los Toel, se detuvo.

—Serian las nueve de la noche.

Parecible percibir entre el suave rumor de la brisa lamentos ahogados.

Pura ilusión, sin duda.

Continué andando, pero con precauciones.

Le palpitaba el corazón violentamente.

Aunque procuraba serenarse diciéndose que era una locura creer en fantasmas, aparecidos y almas del otro mundo, su emoción era inmensa.

Al llegar junto al prado de los Toel, contuvo la respiración.

El prado baja hasta el fondo de un vallecillo, desde el cual se levanta el terreno en agria pendiente cubierta de maleza.

La luna, velada hasta entonces, apareció de pronto, y Corentino distinguió en el claro del bosque un bulto negro que parecía una mujer arrodillada.

La sombra se levantó y avanzó lentamente hacia al centro del prado.

Corentino tembló de pies á cabeza.

La sombra se parecía á Ivona: estaba de espaldas, pero reconoció sus hermosos cabellos tendidos sobre los hombros.

Corentino retrocedió algunos pasos y se apoyó en el tronco de un castaño para no caer al suelo.

Recordó el consejo de la loca y se santiguó. Sus ojos vertían lágrimas.

La sombra con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada vagaba silenciosamente por la pradera.

De la casita de los Toel salió un rayo de luz por las rendijas de una ventana cerrada.

Cantó lastimeramente un buho, y Corentino, á pesar de su valor, tembló de espanto.

Hay momentos en que el crujido de una rama

sacudida por el viento, un árbol que extienda sobre el camino sus descarnados brazos ó una piedra que toma formas de espectro, horrorizan al más valiente.

—¡Dios me asista murmuró Corentino, cuyos dientes castañeteaban.

La sombra giró y se dirigió hacia él con cadencioso paso.

La luna iluminó de lleno su semblante con su luz azulada.

Corentino solo distinguía un rostro pálido y unos ojos sin brillo. Los brazos, caídos á lo largo del cuerpo, no se movían.

La sombra seguía avanzando hacia el árbol en que se apoyaba el hombre á quien hubiera amado de no interponerse la fatal locura, y que le amaba con ardiente amor, no bien comprendido hasta aquel instante en que la veía cercada de una aureola.

Cuando la sombra estuvo á algunos pasos de Corentino, el pobre breón se arrodilló como para suplicarle que no desapareciera, que no se convirtiera en vacío como los fantasmas de la noche, al surgir el alba.

Ella vió un bulto informe que se movía junto al árbol.

—¡Ahl gritó espantada.

—Ivona, murmuró Corentino que conoció la voz.

La joven quiso huir, pero no pudo. No tenía fuerzas todavía.

Si no la hubiera sostenido Corentino, hubiese dado en tierra con su cuerpo.

—¿Eres tú? dijo el bretón, sudando de espanto.

Ella volvió en sí y lo llevó á la casa del guarda.

Cuando la señora Toel la vió sostenida por un hombre, se llenó de terror, pero al reconocer á Corentino:

—¡Dios sea loado!—dijo, es un amigo y no dirá una palabra.

—¡Viva!—repetía el bretón, que no podía dar crédito á sus ojos.—¡Viva! ¿qué milagro!

—Un milagro, en efecto, dijo la buena mujer.—Hubiera debido morir diez veces, pero va restableciéndose y curará por completo.

—¿Por qué te ocultas?—preguntó Corentino.

—No lo sé, respondió Ivona.

—Yo lo sé, dijo la anciana;—porque los que han querido matarla son muy poderosos ¡Es necesario que la crean muerta! Más tarde tendrán un alegrón los que, después de haberla llorado, la recobren!

Mi padrino lo quiere, dijo Ivona.—Le debo la vida. Sólo es capaz de hacer tantos sacrificios por salvarme.

Se lo refirió todo: la puñalada del duque, el heroísmo de Josen, que la había sacado del estanque, los cuidados del conde durante seis meses, su ternura paternal, su bondad y su indulgencia.

No salía de la casa; sólo un rato, de noche, hacia algunas semanas. Había escuchado, y como nada había oído, trataba de dar algunos pasos para ensayar sus fuerzas que iban volviendo.

Le reveló que el día anterior había recibido una carta de su salvador, dirigida á la señora Toel. El conde le decía que la reclusión terminaría pronto y que recobraría la libertad.

¿Cómo?

No lo manifestaba.

Pero confiaba en sus promesas.

Corentino la devoraba con los ojos. Su alma pedía de los labios de Ivona.

Ella bajó la vista ante el fuego de aquella mirada.

—He sido muy culpable—murmuró.

—¡Ah!—exclamó Corentino.—¿Por qué me lo recuerdas?

—¡Hubiera querido morir!

—Morir!—exclamó el buen bretón, ¿pero no amas á nadie, desdichada? ¿Ni á tu padre arrepentido de su severidad, ni á tu padrino que te ha salvado, ni á otros?

—Quería hablar de él, pero pasó entre los dos la execrada imagen del duque.

—Sí,—dijo Ivona, ¿pero podrían ellos perdonarme?

Corentino hizo un esfuerzo para arrojar de su memoria aquel recuerdo que le volvía loco.

Sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—Al fin, te encuentro, dijo.—Lo demás, ¿qué importa? Me parece que despierto de una pesadilla, horrible.

La señora Toel intervino.

—Hay que callar, Corentino.

—Se lo prometo con una condición.

—¿Cuál?

Que me permitiera usted volver.

—No puedo impedirlo, dijo la viuda, pero vaya-se usted. La enferma necesita descanso.

Obedeció con pesar.

Le costaba trabajo apartarse de Ivona. Temía no volverla á ver, y que se desvaneciese como visión fantástica.

La señora Toel encerró á Ivona en su cuarto, y contó á Corentino el valor de la joven, y sus propias angustias en las horas de crisis.

Una noche el conde le había mandado ya que fuese á avisar al padre.

Oreía próxima la muerte.

Afortunadamente experimentó algún alivio.

—Es preciso que no sepa que vive—le decía el conde.

La señora Toel no comprendía la causa del misterio, pero el conde tenía empeño en que le conservase, y le había dado órdenes severas.

Ivona salía pocas veces y sin permiso del conde, pero necesitaba respirar aire puro.

Por milagro había pasado por allí Corentino.

De noche nunca iba nadie á aquel sitio: sólo jabalíes y corzos se acercaban en las noches de luna.

—¿No anda por aquí la loca de Plelau? preguntó Corentino.

—¿La loca? Seguramente. Esa está en todas partes; pero ¿quién ha de hacerla caso?

—Además, añadió la señora Toel, no ha debido ver á Ivona? Hace poco tiempo que puede tenerse en pie; aun ahora tiene mareas y desmayos y si sale es solo para ir á arrodillarse sobre una pequeña fosa que ella conocía.

La buena mujer no dijo más.

Corentino se estremeció y dejó á la viuda, diciéndole:

—¡Hasta la vista!

—Sí, hasta muy pronto.

Volvió todos los días.

Estaba horas enteras hablando con Ivona de los días felices y de los proyectos formados por sus padres.

Ivona sonreía dulce y melancólicamente.

Corentino la consolaba con palabras tiernas y procuraba distraerla del dolor incurable que le destrozaba el alma.

El amor lo elevaba por encima del campesino vulgar que ella había conocido. Su hermosura espiritualizada y su ingenio depurado por las trágicas circunstancias que atravesaban, tenía delicadezas y rasgos generosos que enternecían á la convalesciente.

Una noche le dijo Corentino.

—Te traigo una gran noticia.

Y mirándola fijamente para observar sus impresiones, añadió:

—¡El duque se casa!

Ivona contestó sin turbarse:

—Con la baronesa Bresson.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino.

—Sí, se casa con la baronesa.

—Ivona se encogió de hombros, y dijo sin emoción.

—Son dignos el uno del otro.

Estaba curada. El desprecio había derrocado el ídolo.

Corentino, al retirarse, se sentía libre de un peso enorme.

Al volver el día siguiente por la noche á Fontana, halló la casa vacía.

El pájaro había volado.

—¿Dónde estaba?

Ni la misma señora Toel podía decirlo.

El conde había llegado de improviso después de medio día en traje de viaje.

Debía venir de París.

Traía un abrigo para su ahijada.

Ivona se había vestido como de costumbre.

El conde la había envuelto en el abrigo, echándola la capucha sobre el rostro, y se la había llevado á pié por el bosque hasta el camino que pasa por el fondo del valle.

Al partir le había recomendado nuevamente el silencio, pero prometiéndole que Ivona regresaría pronto.

El conde parecía muy preocupado, agitado é inquieto; daba prisa á su ahijada y decía que no podían perder un segundo.

Debía ocurrir algo extraordinario.

La buena mujer no lo dudaba.

Hizo el panegírico de su enferma.

Estuvo á punto de pedir al conde que le permitiese acompañarla, pero no se había atrevido.

Ivona era tan buena que se podía vivir eternamente á su lado.

La viuda la defendió con calor.

La pobre había sido dátil.

Pero, decía la buena señora, considera Corentino lo lisonjero que es verse requebrada por un duque y de Vaudrey por más señas! Lá ha debido enganfiar con palabras. Y si ha pecado, bien ha purgado su culpa.

Corentino no quiso oír más.

Desde que Ivona no estaba en Fontana, nada le retenía en la casita.

Fué despacio á Scaer.

En el camino iba pensando en cuanto había visto y oído y no comprendía nada.

¿Por qué el duque después de seducir á Ivona le había dado una puñalada?

¿Por qué la arrojaba al estanque de Laugou?

¿Qué interés podía tener en que desapareciera?

¿Por qué el conde de Plelan, de cuya honradez estaba seguro, llevaba á Ivona á aquella escondida casa?

¿Por qué imponía á un padre el dolor causado por la muerte de una hija?

¿Cómo había llegado á Laugou en el momento

preciso para salvarla del inminente peligro de muerte? ¿Por qué Joson guardaba con sus mejores amigos los Oleguer, aquel inexplicable silencio?

¿Por qué, en fin, se llevaba el conde á su ahijada, sin decir á dónde iba?

¿Dónde estaba Ivona? ¿Cuándo volvería á verla?

¿Corentino se preguntó otra vez, lo que habia preguntando un año antes, si estaba en su sano juicio.

Y meditaba sobre aquel temor de Ivona.

¿Podian perdonarla?

Sí, ciertamente, y él la perdonaba de todo corazón aquella falta tan cruelmente expiada.

Su alma se habia inundado de gozo al encontrarla. Todo su amor habia renacido, y se despartaba vehemente como nunca.

Amaba á Ivona, y no podia amar á otra mujer.

Pero al ver su enfermiza palidez, la demacración de su cuerpo y su aspecto dolorido, habia crecido su odio violento, mortal, insaciable, contra el duque, que la habia seducido para atormentarle.

¿Por qué permanecía impune el gran culpable?

El habia prometido callar á la viuda Toel y á la hija de Rebec; pero el conde de Plelau, Joson y la misma Ivona, ¿por qué callaban?

¿Por qué protegían al criminal con su silencio?

Hubiera querido topar con él, en los bosques, sólo, á la luz de las estrellas, para trabar un combate que terminase con la muerte del más débil.

Pero el duque no le temia.

Su elevada clase le servía de defensa.

Le protegían sus lacayos.

¡Iba á casarse con la viuda de Santiago Bresson, y á gozar de sus millones!

¿Pero qué casta de gente era aquella de Paris, para consentir la baronesa en dar su mano á aquel bandido, después de los escándalos de Bretaña?

¿Y el barón Noel que aprobaba el matrimonio? ¡Parecía imposible!

Todas estas ideas se agitaban en la mente del bretón, llenándole de confusiones.

Quería dudar y tenia que ceder á la evidencia.

A las diez llegó al castillo de Scaer, que estaba deshabitado.

Sin embargo, en una sala del piso bajo, destinada á los criados, distinguió luces y vió la puerta abierta.

Se acercó por curiosidad.

Al verlo, exclamó Juan María.

—¿Dónde andabas? Te estamos esperando.

—¿Para qué?

—Vengo á buscarte.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo sabrás.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Juan María estaba solo. Le acompañaba Joson Cadion, mejor vestido que de costumbre, con chaqueta de merino y un sombrero de bretón, de alas muy anchas.

Joson era feo y casi deforme; pero á Corentino no

le pareció lo que realmente era: un dechado sublime de lealtad y de arrojo.

—Prepárate—dijo Juan María.

—¿Hay necesidad de armas?

—No.

—¿De dinero?

—Tengo.

—¿Cuánto tiempo durará el viaje?

—No te importa.

Un coche alquilado por Juan María, en la estación de Montauban de Bretaña, el mismo en que habían ido el conde y el barón, con sus dos rocines, aguardaban en la verja del parque.

Quando montaron, á las once de la noche, Juan María habló aparte á su hermano, y le dijo:

—¿Oías al señor de Vaudrey?

—A muerte.

—Te he prometido que quedarías satisfecho.

—Sí.

—Pues bien..... ha llegado la ocasión.

—¡No me engañes!

—Lo verás con tus propios ojos.

El cochero arreó los caballos, crugió la pesada máquina y partió al trote con tumbos pavorosos.

VIX

EL CONTRATO MATRIMONIAL.

Llegó el gran día.

A las diez y media de la mañana, el notario señor Durand, se presentó en la sala principal de la casa de la avenida de Mesina.

El señor Durand, joven todavía, elegante y correctamente vestido, saludó primero con una profunda reverencia á la novia y al duque que se hallaba á su lado y luego, con un ademán afectuoso al barón Nosl, á Renaudet y al conde de Plelan.

Dejó luego una carpeta de pergamino bastante ligera sobre una mesa magnífica, de taracea y bronce dorado, que habia pertenecido en sus primeros tiempos á la marquesa de Pompadour.

En aquel vasto y suntuoso salón, no habia una tela, un cuadro, un mueble, ni un *biblot*, que no tuviese el sello del frívolo y gracioso estilo de aquella época.

Sólo cuatro amigos acompañaban al señor de Vaudrey.

Los novios habian decidido, de común acuerdo, que la ceremonia del matrimonio se verificase sin fausto ni ruido.

le pareció lo que realmente era: un dechado sublime de lealtad y de arrojo.

—Prepárate—dijo Juan María.

—¿Hay necesidad de armas?

—No.

—¿De dinero?

—Tengo.

—¿Cuánto tiempo durará el viaje?

—No te importa.

Un coche alquilado por Juan María, en la estación de Montauban de Bretaña, el mismo en que habían ido el conde y el barón, con sus dos rocines, aguardaban en la verja del parque.

Quando montaron, á las once de la noche, Juan María habló aparte á su hermano, y le dijo:

—¿Oías al señor de Vaudrey?

—A muerte.

—Te he prometido que quedarías satisfecho.

—Sí.

—Pues bien..... ha llegado la ocasión.

—¡No me engañes!

—Lo verás con tus propios ojos.

El cochero arreó los caballos, crugió la pesada máquina y partió al trote con tumbos pavorosos.

VIX

EL CONTRATO MATRIMONIAL.

Llegó el gran día.

A las diez y media de la mañana, el notario señor Durand, se presentó en la sala principal de la casa de la avenida de Mesina.

El señor Durand, joven todavía, elegante y correctamente vestido, saludó primero con una profunda reverencia á la novia y al duque que se hallaba á su lado y luego, con un ademán afectuoso al barón Nosl, á Renaudet y al conde de Plelan.

Dejó luego una carpeta de pergamino bastante ligera sobre una mesa magnífica, de taracea y bronce dorado, que habia pertenecido en sus primeros tiempos á la marquesa de Pompadour.

En aquel vasto y suntuoso salón, no habia una tela, un cuadro, un mueble, ni un *biblot*, que no tuviese el sello del frívolo y gracioso estilo de aquella época.

Sólo cuatro amigos acompañaban al señor de Vaudrey.

Los novios habian decidido, de común acuerdo, que la ceremonia del matrimonio se verificase sin fausto ni ruido.

—Aquí está el contrato, dijo el notario.—Cumpliendo la voluntad de los contrayentes, lo he extendido en pocos renglones. El sistema aceptado es el de separación de bienes. Los esposos conservan sus derechos.

Así ni ahora ni en adelante pueden ocurrir dificultades, ni dudas. No falta más que la firma.

El duque y la futura duquesa seguían los consejos del banquero.

Nada más sencillo ni más delicado.

De este modo evitaba Luisa al duque la humillación de confesar su ruina.

Aunque un matrimonio es, por lo común, una ceremonia alegre, la concurrencia estaba reservada y fría.

La sombra del primer marido de Luisa vagaba, por decirlo así, por los frisos del espléndido salón que no había destinado al amante de su esposa.

La novia y el duque mantenían una actitud digna, y el mismo notario, á pesar del placer que le causaba el enriquecer su protocolo con tan hermosa escritura, guardaba un continente en armonía con el de los novios.

Entregó la pluma á la desposada y firmó con mano ligeramente temblona.

El duque firmó con bastante desenfado, los testigos con gravedad, el notario con interior alegría.

En los labios del barón Noel hubo como un conato de imperceptible sonrisa sarcástica.

Aquella firma era el primer acto del drama que en secreto había preparado.

Las formalidades de la alcaldía fueron cuestión de instantes.

El Nuncio del Papa bendijo en su capilla aquel enlace aristocrático.

Era lo menos que podía hacer en honra del último vástago de la raza de los Vaudrey-Laugou, cuyo origen se remonta más allá de San Luis, y aun de la primera Cruzada.

A la ceremonia religiosa, bendecida telegraficamente por el Papa, asistieron pocas personas.

El reciente luto de la novia explicaba el poco aparato con que se verificaba la boda.

Luisa Renaud, duquesa de Vaudrey-Laugou, dejó la capilla después de recibir las felicitaciones de los escasos invitados y de despedirse el barón que, según confesión del mismo duque, estuvo estremadamente amable y bondadoso con su cuñada.

Pertenecía ya al hombre de su elección.

La cadena quedaba sólidamente sujeta al pie de los dos cómplices.

A las dos de la tarde, la ex-baronesa de Bresson, con su nuevo marido, volvía á su casa de la avenida de Mesina, en su cupé arrastrado por un magnífico tronco.

El barón Noel no volvió á su casa.

Algunos minutos después de entrar la novia en la avenida de Mesina, el carruaje del banquero volvió, pero vacío, solo con el cochero y el lacayo.

La duquesa parecía haber olvidado por completo los sucesos terribles de los dos años anteriores.

Había conquistado, por fin la libertad, la riqueza y uno de los más ilustres títulos de Francia.

Podía gozar de la costosa conquista.

Sola en su habitación con el duque, le dijo con su incisivo tono:

—Ya está hecho. ¿Tan difícil era? Es como si tras rudas batallas, nos hubiéramos apoderado de un reino. Hay que conservarlo y borrar lo ocurrido.

Luisa, que era un modelo de ama de casa, lo había dispuesto todo, sin olvidar un detalle.

De madrugada había enviado á Dieppe á Luciana con el fiel Germán, ayuda de cámara del duque, para dar la última mano á la quinta y prepararla para recibir á los amos.

El duque, por su parte, tenía prisa en estar fuera de París algunos días.

La compañía del barón Noel le molestaba extraordinariamente.

La duquesa tenía interés en conservar buenas relaciones con su cuñado. Su fortuna, ó á lo menos sus rentas, aumentarían considerablemente si el barón quería conservar sus capitales; pero para el asesino de Santiago Bresson era un suplicio el verse frente á frente del hermano de su víctima.

El duque se sentó en una butaca y aguardó á que su esposa cambiase de traje.

El tren de Dieppe salía á las cinco y cuarenta y el señor de Vaudrey pensaba divertirse en el viaje.

La baronesa había ensalzado los atractivos de aquella quinta soberbia que él conocía de vista.

Estaba seguro de hallarla admirablemente dispuesta, para una estancia de bastantes días.

Confiaba en Germán, que conocía sus hábitos.

Germán era un criado á pedir de boca, pero tenía dos ligeros defectos.

Le gustaban las mujeres y el vino, el bueno sobre todo, pero no hasta embriagarse, sino hasta ponerse alegre y revoltoso.

Sin estos dos flacos, Germán hubiera sido un criado perfecto; pero ¿quién no tiene faltas?

Durante dos ó tres días, Luciana y Germán, con el portero y los jardineros, debían hacer el servicio de la quinta.

Si la permanencia de los recién casados se prolongaba, iban otros criados.

A las cinco y veinte el cupé de la duquesa volvía á salir del palacio y se dirigió á la estación de San Lázaro.

Los dos esposos habían tomado un departamento reservado.

A las cinco y cuarenta partió el tren ruidosamente.

Pronto pasaba con estrépito bajo los puentes de la plaza de Europa.

Viaje delicioso cuando los recién casados huyen como dos palomas á buscar un nido entre el follaje y las flores.

Pero el duque y Luisa nada tenían que dírse.

La vanidad y la codicia los había reunido; y desde Aanières comenzó el fastidio.

El duque pensaba: ¡Tengo los millones de Santiago Bresson! y Luisa: ¡Al fin soy duquesa!

XV

GERMÁN.

La quinta de Bresson está en la costa, á unos tres kilómetros de Dieppe, cerca de Pourville.

Es un edificio grande y suntuoso, rodeado de magníficos jardines.

Aunque los vientos del Oeste soplen con ciclónica violencia, no hay miedo de que lo extremezcan sobre sus graníticos cimientos.

Muy lindo, por lo demás, con sus tejados de pizarra con cresterías de plomo y sus agujas y bocanetas, cuyo gallardo perfil se destaca sobre el fondo azul ó gris del cielo.

En invierno la quinta está á cargo de dos jardineros, uno de ellos casado.

La mujer hace de portera.

Los jardineros ocupan dos pabellones á ambos lados de la verja de entrada, á doscientos metros del principal edificio.

En el piso bajo de éste, á seis piés bajo el nivel

del suelo, están las habitaciones de los criados, las bodegas y las cocinas.

Los tres pisos superiores de piedra y ladrillo, tienen vistas soberbias á Dieppe, al mar y al campo.

La habitación de Luisa, preparada por el barón Santiago, con un lujo increíble, está en el segundo piso.

En las costas de Normandía la temporada de baños no principia hasta el mes de Julio.

Era á últimos de Junio, y á las quintas vecinas no habían acudido aún sus habituales huéspedes.

La quinta Bresson estaba, pues, casi completamente aislada.

Fuera de los jardineros, bastante distantes de la casa, nadie podía oír lo que pasaba dentro.

La quinta es accesible por dos lados.

Por el acantilado de la costa, deslizándose entre la maleza y escalando, lo cual no exige gran esfuerzo, la pared que forma sobre el acantilado más bien un adorno que otra cosa, ó por la verja de madera, obra maestra de ebanistería, defendida por un sobertizo á la normanda, y que da al camino de Dieppe.

Véase lo que aquella tarde había pasado en la quinta.

Luciana había llegado á las dos con el ayuda de cámara del duque.

Germán, obedeciendo á su natural propensión á las mujeres, había estado galante sobre toda pon-

deración durante el viaje; pero Luciana no era fácil de conquistar, y además, la plaza estaba ya tomada.

La antigua discípula de las hermanas de la Caridad pertenecía á Juan María.

Le había dado palabra.

El matrimonio se verificaría algunas semanas después del de la baronesa, cuando pudieran orientarse y saber por qué decidirse: por el momento la casa Bresson estaba toda revuelta, y había que esperar á que volviese á su normal existencia.

Juan María lo aseguraba con tal seguridad que Luciana le creía á ojos ciegos.

Pero Germán ignoraba estos proyectos y trabajaba por su cuenta.

Aunque Luciana no era una beldad, tenía la gracia suficiente para amenizar un viaje.

Los dos compañeros de camino almorzaron bien en el hotel de Paris de Dieppe, antes de ir á la quinta.

Tenían tiempo de sobra.

Los amos no habían de llegar hasta las diez, y no se necesitaban tantas horas para arreglar las maletas y dar á los muebles el último plumero.

La alegría de Germán era verdaderamente estrepitosa. Parecía que tenía azogue en el cuerpo.

Entre el rodaballo á la Dieppe y las chuletas á la normanda, hizo esta confesión importante:

—Si nos descuidamos un poco, no sé lo que hubiera sido de nosotros, Luciana. Cuatro semanas más, y tenemos que cargar con alguna fectona para

reponernos. ¡Pero hemos tenido la vida más alegre!

Germán creía que iba á comenzar la fiesta y no lo ocultaba.

A los postres, el ayuda de cámara contaba á su compañera, con curiosos detalles, las calaveradas de su amo.

El vino de Beaujolais, combinado con cierto licor de su gusto, le desataba la lengua.

Pasó revista á todas las queridas del duque, desde que le conocía, y la lista se alargaba, casi como la de Don Juan, cuando llegó á la duquesa.

—¡Oh! esta, esta, dijo, me llamó la atención en seguida. Mujer de talento. Me figuré que atraparía al amo. ¡Pero qué gusto el caer bajo tan hermosa criatura! Daba vértigos verla. La primera vez que se citaron, yo no sabía lo que me pasaba..... Yo lo preparé todo. La casita rústica de Langou es una monería. ¡Una monería á lo Richelieu! Era en Septiembre de 1881, un día soberbio, tan cálido como hoy, un día que ni de molde para amores campesinos..... ¿El corazón no le dice que?.....

—No.

—Mal hecho; el amor es la poesía de la vida.

Germán lanzó un suspiro enorme.

—¿Está usted seguro de que en 1881 preguntó Luciana.

—Tengo buena memoria. Aun me parece que la veo. ¡Qué bien se escurría entre los arbustos para que no la vieran! ¿Y usted se figurará que el du-

que renunció á las otras queridas en obsequio de la nueva?

— ¡Diantrel!

— Pues no señor. A todo hacía frente. ¡Mire usted cómo vivíamos!

— ¿Usted también?

Germán con expresión picarezca:

— Yo no soy duque, contestó; pero se hace lo que se puede.

Luciana estaba furiosa.

La baronesa se había burlado de su credulidad, ocultándole la mitad de la intriga y no revelándosela sino por necesidad y al año de comenzada.

Sonrióse malignamente en previsión de la revancha.

La baronesa pagaría caro su disimulo.

Cada cual tiene sus pretensiones, y Luciana cifraba las suyas en no ser nunca engañada.

Al levantarse de la mesa, después de tomar café y de beber champagne auténtico, más una copita de ron que parecía una condensación del sol de la Jamaica, el confidente del duque de Vaudrey se había disparado.

Luciana no probó el licor tropical que el otro ponderaba.

Tenía una virtud: la sobriedad.

Germán retrató de cuerpo entero á su amo.

Para accesos de franqueza sin límites, no hay como los bebedores.

Se dice que la verdad está en el fondo de un pozo.

No es exacto el dicho popular: la verdad está en el fondo de las botellas.

Germán bebía, pero sabía ser criado.

Era hábil, discreto, y mientras no andaba de por medio el jugo de la vid ó alguna pasioncilla amorosa, callado y listo como un ciervo.

Sabía guardar las formas.

Siempre habla á su dueño en tercera persona, lo cual tenía su mérito.

En el antiguo régimen se prefería la lealtad al respeto.

Hoy se ha progresado. La lealtad ha muerto, pero sobrevive el respeto..... en las palabras.

La moda exige criados como Germán y Luciana.

En un instante dejaron las habitaciones de la quinta como si no hubiesen estado deshabitadas.

Los jardines, por otra parte, estaban primorosamente cuidados.

A las seis, Germán quiso descansar, pero acompañando al descanso con la colación consiguiente.

Luciana aprobó sin discusión la idea.

Había tomado sus precauciones.

Ella era, en cierto modo, la dueña de la casa.

El duque iba á estar en casa de su mujer, según las cláusulas del contrato.

Germán era, por consiguiente, el huésped de Luciana que se lo indicó graciosamente.

Germán entendió á media palabra.

— Yo soy la que convierto, dijo mirando al reloj, regalo de su futuro esposo.

Los regalos conservan la amistad, y Luciana de

bía estimar mucho el de Juan María, porque lo consultaba á cada instante.

A las seis y media creyó llegada la hora de sentarse á la mesa con su compañero, y cogiéndole del brazo con cierta confianza, le dijo al oído esta palabra importante sólo por el tono con que fué pronunciada:

—¡Vamos!

Una encantadora perspectiva de placeres se presentó ante los ojos del ayuda de cámara.

Echó á Luciana una mirada incendiaria á la que no puso la donesilla ningún correctivo.

La mesa estaba puesta en una especie de cuarto de fumar, próximo al comedor de los criados, que en casa de los Brasson tenían alojamiento de príncipes.

Un saloncito precioso, tapizado de telas de colores y dibujos japoneses, con canapés de bambú muy bajos y anchos.

Un departamento magnífico, que muchos capitalistas de provincia hubieran querido para sala de recibimiento.

—Se conoce que la gente se cuida en esta casa, dijo Germán admirado.

—Ya lo creó. Los amos no descienden de cruzados, ni tienen veneras en los escudos, pero dinero no falta. ¿Qué vale esta bicoca? Esto es una simpleza, amigo mío, una sortijilla del tres al cuarto. ¡Si viera usted la caja del barón Noël!

—¡Ojalá! pero con un cuarto de hora de permiso para saquearla.

—¡A buena parte! ¡No tiene pocos cerrojos! Cualquiera abre un agujero sin que el barón lo note. La casa marcha divinamente.

—¡Mejor que la nuestra!

—¡Oh! Ahora habrá que andar derechos. La señora guía á mil maravillas.

Servía á los dos criados una gruesa aldeana, mujer del principal jardinero.

Hay jerarquías en todas las clases.

Para la jardinera de Pourville, Germán y Luciana eran unos personajes.

La comida fué excelente.

Los vinos procedían de la bodega de la casa.

El criado del duque los había mirado debidamente.

Había concluido su servicio y podía embriagarse á sus anchas.

El duque y la duquesa no los necesitaban.

A los postres, Luciana despidió á la jardinera.

—Julia, le dijo, puede usted retirarse. Nosotros nos serviremos. Lleve usted la cesta de botellas que hay en la despensa, y hagan ustedes lo que nosotros. Esta tarde nadie trabaja.

Julia se retiró.

Los jardineros tenían comida abundante.

Del hotel de Paris había venido comida para doce personas.

—Diviértanse ustedes, dijo Luciana.

A las ocho estaba en plena fiesta toda la quinta.

El vino que Luciana servía copiosamente á su compañero, no sólo le soltaba la lengua, sino que le inspiraba una galantería cínica y acometedora.

Luciana estaba de humor.

Le oía con visible placer, pero insistiendo en que brindase por sus amores.

—Beba usted, decía mostrando á Germán una serie de botellas con etiquetas deslumbradoras.— Tokai de 1856. Pruébelo usted. Es delicioso. El barón Santiago no hallaba otro mejor. Esta es La-
crimacristi auténtico, un regalo del duque de Palermo, cuyos negocios en París dirige el amo.

Poco á poco la cabeza de Germán, aunque sólida y resistente, fué poniéndose pesada; al ayuda de cámara se le trababa la lengua, y en el instante en que Luciana le animaba con benévola sonrisa, apoyó la calva frente en la mesa, dejó caer los brazos sobre dos platos llenos y comenzó á roncar ruidosamente.

Luciana se encogió de hombros y dijo:

—Ya cayó este zángano.

Tenia que hacerlo desaparecer, lo cual no fué difícil.

Luciana lo cogió por los hombros, lo echó con precaución al suelo, después de retirar la mesa, y en vez de dejarlo sobre uno de los canapés de bambú, lo metió debajo, lo puso contra la pared con un almohadón para la cabeza. Rasgo propio de un alma generosa.

Cerró la puerta con llave y salió á pasear por los jardines.

Su precioso cronómetro marcaba las ocho y media.

En el pabellón de los jardines se oían alborozas

dos gritos, y aunque esta alegría era en efecto de su regalo, parecía molestarla mucho, mientras iba y venía con inquietud en derredor de los jardincillos.

Entonces, sobre todo, fué cuando menudearon sus consultas al reloj, cuyas manecillas corrían á su parecer con velocidad enojosa.

Al fin sorió satisfecha.

Los ruidos del festín iban apagándose.

Detrás de la tempestad venía la calma.

Ya solo se oyeron algunos gritos, pero cortos y apagados.

Luciana se acercó de puntillas al pabellón en que la orgía se celebraba.

Nadie podía verla.

Todos estaban dormidos.

Julia había quedado apoyada en el hombro del jardinero soltero, que estaba recostado contra la pared.

El marido, más afortunado, roncaba como Germán, pero bajo la mesa.

Luciana entró tranquilamente en el pabellón, echó en la piedra vertiente de la cocina el sobrante de todas las botellas que contenían la pérfida bebida, lavó perfectamente la piedra y volvió á poner en sitio las botellas.

Luego apago las luces, volvió al terrado que mira al mar, se inclinó sobre la barandilla y esperó algunos minutos.

XVI

LA INVASION.

El barón Noel era la exactitud personificada para sí y para los que estaban á sus órdenes.

Luciana, pasada al bando enemigo sin que lo supiese su señora, en atalaya hacia algunos instantes junto al muro del terrado, oyó á sus piés, en la playa, un agudo silbido.

La obscuridad de la noche no permitía distinguir á los que habian hecho la señal; pero Luciana respondió con tres palmadas.

A los dos minutos apareció una cabeza sobre la balaustrada de mármol blanco.

—¿Se pueda entrar? dijo una voz.

—Sí.

—¿Germán?...

—Duerme.

—¿Y los otros?

—También. No despertarán hasta mañana.

—Bueno.

La cabeza se inclinó y dijo:

—Seguidme sin ruido.

Fué como un asalto de *reitres* de la Edad Media entrando por traición en un castillo.

Sólo eran siete los asaltantes de la quinta.

Juan María era el parlamentario de la huete. Corentino Cleguer y Joson Cidion, el cojo le seguían.

Los cuatro restantes eran robustos criados de la casa de banca, áitos como granaderos, consagrados al servicio de los Bresson y ayezados á obedecer sin chistar, toda consigna.

Las oficinas de las grandes casas de negocios están mejor organizadas que la prefectura de policía y tienen un personal irreprochable.

—¡Altol dijo Juan María á su tropa.

Y á su hermano:

—Ven conmigo.

Los dos bretones entraron en el pabellón de los jardineros, echaron al principal en su cama junto á Julia y les dejaron dormir el vino.

Cogieron luego al otro y lo llevaron á su habitación, de la cual cerraron la puerta.

—Ya los tenemos guardados, dijo, Juan María.

El escamoteo se hizo con la mayor limpieza.

Cuatro personas paseaban en el camino cerca de la verja.

Juan María la abrió, se apartó con respeto y dijo en voz baja.

—Entre usted, señor barón.

El barón Noel, imitando á Luciana, miró el reloj á la luz de las estrellas.

—Bien, dijo. Somos puntuales.

—Eran las nueve y diez minutos.

El baron había venido á Dieppe en un tren especial, adelantándose bastante al expreso que traía á los recién casados.

Nada hay imposible para los que pueden gastar mucho dinero.

El tren de Paris no llegaba á Dieppe hasta las diez menos veinte.

De la quinta se distinguió claramente el lejano silbido de la máquina y el ruido de los vagones al pasar por entre los prados y arboledas próximas á la ciudad.

De repente cesó el rumor.

En aquel instante Luciana era la única persona que estaba en pie en la espléndida casa de campo de los Bresson.

Hizo una visita á la pieza en que yacía Germán y al pabellón de los jardines.

Todo iba á pedir de boca.

Sus víctimas dormían profundamente con un sueño pesado y agradable, producido por los vapores alcohólicos é inofensivo narcótico sin gusto ni color traído de Londres.

Luciana, segura por esta parte, siguió paseando en aquellos encantados jardines, gozando con el mal que se preparaba con su cooperación.

El duque de Vaudrey, altivo para los inferiores, no había merecido sus simpatías.

Luisa Renaud quizá la hubiera ganado completamente, pero iniciándola sin reserva en sus secretos.

Vanidosa y rapaz, le había llegado al alma el si-

lencio que la baronesa había guardado desde la nefasta noche del 26 de Febrero.

Luciana no podía perdonarle que tratara de engañarla como á los demás; pues sin conocer con exactitud los detalles del drama, no ignoraba que la baronesa mentía al hablar del suicidio de su esposo en su habitación.

Había oído los disparos de revólver en la habitación de Luisa, y las breves quejas del infeliz banquero.

¿Quién había disparado?

No podía saberlo, ni, por consiguiente, decirlo, sin tener pruebas precisas para acusar del asesinato á la baronesa ó al duque.

Luciana creía que el crimen no se podía probar.

Pero asistía á los misteriosos preparativos que le hacían presentir una venganza del banquero.

La recompensa prometida y la curiosidad de quien ve representar una pieza cuyo desenlace desconoce, le causaba doble placer.

Sentóse en un banco y escuchó los ruidos del camino, por el cual, en aquella época del año, nadie pasa á tales horas.

La noche estaba hermosísima.

Reinaba profundo silencio.

A la derecha brillaban las mil luces de Dieppe y los faroles del puerto.

A la izquierda, el faro de Aily proyectaba á lo lejos su claridad deslumbradora.

En el fondo del parque la quinta de Bresson sólo presentaba dos puntos iluminados.

El vestíbulo y la escalera principal, y en el segundo piso las tres ventanas del cuarto de dormir y del tocador de la flamante duquesa.

Los ojillos rojos de Luciana brillaban maliciosamente al pensar lo que esperaba á los novios en la preciosa estancia.

Pronto alargó el cuello.

A lo lejos, en dirección á Dieppe, acababa de oír el ruido de un coche que se acercaba rápidamente.

No tardó mucho en detenerse ante la verja.

Luciana corrió á abrirla.

Las ventanas de la portería estaban completamente cerradas.

Ni Luisa ni su marido se fijaron en este detalle.

El duque dió dos luises al cochero, mientras la duquesa se dirigía al vestíbulo y Luciana cerraba la verja.

Luego dirigió alrededor una mirada de inteligencia.

—Grandioso y más espléndido de lo que yo suponía, dijo alcanzando á su mujer. Te felicito, Luisa.

—¿Sinceramente?

El duque se creyó obligado á ser galante.

El viaje en compañía de aquella mujer escultural, encarnación de la forma y de la elegancia moderna, más valiosa quizás que la de los modelos

clásicos, había despertado, si no su amor, que nunca lo había sentido, cuando menos sus deseos.

El cambio efectuado en su situación le devolvía, por otra parte, su libertad de espíritu.

Y bien mirado, Luisa tenía razón.

Habían dominado todos los obstáculos.

—¿Qué podían temer?

¿El pasado?

¿No estaba ya sepultado en los limbos del olvido?

¡Los muertos no saldrían de sus tumbas!

Uno dormía en su mármorea cripta al lado de su abuelo Napoleón el Grande; la otra había desaparecido en la inmensa laguna del Morbihan, en cuyo fango se sumergiría un ejército entero sin hallarla.

¿El porvenir?

¿Cuál más apetecible?

¡Suyos los millones amontonados por la dinastía de los Bresson, que le aseguraban contra todos los reveses!

Y aya, en fin, aquella mujer encantadora, inteligente, bella y activa, que le había escogido por su voluntad, cometiendo crímenes que sólo probaban la violencia de su amor y de sus ambiciones.

Tuvo un momento de alegría, un retroceso á las lozanías de su juventud, marchita por los cuidados que hacia tanto tiempo le asediaban, y al pie de la grandiosa escalinata abrazó á la duquesa por...

tura y murmuró á su oído algunas palabras amorosas.

La duquesa se desasíó y subió la escalinata.

El vestíbulo de la quinta es verdaderamente regio: un atrio de palacio del Renacimiento, de monumentales proporciones.

En el fondo, la doble escalera desarrolla sus graciosas curvas hasta el último piso, bajo una cúpula dorada de veinte metros de altura.

El duque lanzó una exclamación de entusiasmo.

La desposada subía lentamente.

Cuando llegó á la meseta de sus habitaciones, Luciana abrió la puerta, y apartándose para dejar al paso, le dijo con acento dulce y lisonjero, sin olvidar el cambio ocurrido:

—¿Me necesita la señora duquesa?

—No. Puede usted retirarse.

La señora de Vaudrey y su marido quedaron solos en el dormitorio de la recién casada.

XVII

LA CÁMARA NUPCIAL.

Era un nido de princesa, grandioso como el resto de la quinta.

Sus telas, cuyo color dominante era gris azulado con tintes rosa, tapizaban las paredes.

Nada de tonos chillones.

Todo era suave y grato á los ojos.

Nada los hería.

El lecho, grande y bajo, está acclonado con el raso riquísimo que cubria las paredes y formaba los cortinajes.

El techo, decorado por Chaplin, pintor de las gracias voluptuosas, representaba un grupo de amores revoloteando sobre el cielo azul entre flores y nubecillas transparentes.

Todos los muebles eran preciosos.

El duque se mostró satisfecho.

—Vamos de bueno á mejor, hermosa duquesa, exclamó; esto es el Paraíso.

Luisa Renaud le miró fijamente.

—Así te quiero yo, dijo, amable y sonriente. Sí, ¡soy duquesa! ¡He logrado mi objeto! He conquistado mis grados como mi padre en el campo de batalla. Imita mi ejemplo. ¡No tengo ningún pesar! ¡Nada deseo! Podemos ser envidia y admiración del mundo, pero siendo discretos, olvidando lo pasado.

Se quitó el abrigo y lo echó sobre una silla.

Apareció ante los ojos de su marido en todo su esplendor de rubia con carnes de palpitante mármol.

Llevaba un traje azul de lino, descotado triangularmente por el pecho y la espalda, y desnuda los brazos de diosa, medio cubiertos por largos guantes de piel de Suecia sin botones.

El duque se había arrellenado en un gran sillón

ceros del lecho, cuya cabecera desaparecía bajo una verdadera cascada de raso, encajes y cordones de inestimable precio.

Hubiera podido decirse, según la trivial expresión, que aquel mueble le traía y le tendía los brazos.

Permaneció extasiado ante aquella mujer, á quien nunca había visto tan hermosa y triunfante.

La llamó á su lado.

Ella se acercó con su natural arrogancia.

El duque le cogió las manos.

—Sí, le dijo con amorosa voz, tienes razón, Luisa, ó, por mejor decir, eres la razón personificada. ¿Por qué buscar en otra parte la felicidad que tengo en mi poder y que tú has tenido la generosidad de concederme? En esta habitación me creo un abogado arrojado por mágico capricho á una playa encantada. He sido un insensato; he vivido mal. ¿Sin tí estaba perdido! ¡Tú me salvas!

La atrajo más cerca todavía.

—¡Tú me salvas—repitió.—¡No lo podré olvidar, pero quiero olvidar al mundo entero, el pasado, todo!

Ella le puso la mano en la boca.

—¡Cállate!—dijo.

El duque cubriéndola de besos:

—Y amarte siempre, á tí sola... dijo.

—¿Se te puede creer?

—Lo juro.

—Vanos juramentos.

—El porvenir se encargará de probártelo.

La duquesa hizo un gesto de duda y suspiró dulcemente.

Iban á unirse sus labios.

Detrás de los esposos se separaron lentamente los tapices y el duque se sintió separado de su cómplice.

Quiso saltar del sillón.

Un pañuelo de seda le tapó el rostro, mientras una cuerda le sujetaba al sillón, y cuatro manos pesadas caían sobre sus hombros.

El barón Noel apareció simultáneamente en la puerta del salón inmediato.

La duquesa, muda de cólera y de terror, retrocedió hasta la ventana que daba al mar.

Quiso abrirla y pedir auxilio.

La ventana resistió. Y además estaba defendida por una fuerte reja.

Corentino, Juan María y Joson salían del tocador, mientras los cuatro mozos de la casa de banca guardaban su prisionero.

Renaudet y el conde Hugo de Plelau entraron á colocarse al lado de su amigo.

—Siéntese usted, Luisa, dijo friamente el barón.

—La siniestra comedia que representamos ha durado demasiado tiempo y estamos en el último acto.

El duque no podía moverse.

Reconoció la inutilidad de sus esfuerzos.

—Esto es una emboscada—dijo la duquesa.—Daré usted cuenta de ella á la justicia.

El banquero sonrió amargamente.

—¡Oh! repuso, por experiencia sé que la justicia es impotente: por eso no me dirijo á ella. Creo que uno mismo arregla mejor sus negocios.

—Pero ¿qué es lo que usted quiere?

—¿No lo comprende usted? Es raro, porque tiene usted muy clara inteligencia.

—¿Pero, en fin?

—Vamos á juzgarles.

—¿Con qué derecho?

—Con el que me tomo, dijo el barón secamente. Basta de palabras.

La duquesa se ahogaba de ira.

El banquero fijó en ella una larga mirada en que había algo de lástima.

—Calma, Luisa. Imfíteme usted, dijo.

—¡Buen ejemplo!

—Hace dieciocho meses que la tengo. Resígnese usted.

Luisa se dejó caer sobre un diván.

—Señor de Vaudrey, continuó el barón Noel después de una breve pausa; va usted á saber de que se le acusa. Tenga usted la bondad de escucharme.

El banquero hablaba con su acostumbrado aplomo.

El conde de Pielav, muy conmovido, miraba alternativamente, á los dos esposos.

Renaudet, sentado á la izquierda del barón, parecía el presidente de un tribunal de justicia dis-

puesto á hacer el resumen en una causa interesante.

El duque de Vaudrey, á fuerza de reflexionar, iba tranquilizándose poco á poco.

¿Qué podía hacer el barón?

¿Qué pruebas poseía?

Santiago Bresson no vendría á declarar como testigo.

Ivona estaba muerta, bien muerta. La había visto arrastrada por la corriente entre los remolinos de las esclusas de Laugou, con el pecho atravesado por tremenda puñalada.

No creía en milagros.

Por otra parte, estaba ya casado.

Los millones que Santiago Bresson había legado á su viuda, le parecían sin duda de ningún género.

El duque había leído el testamento, y recordaba perfectamente sus cláusulas.

Poseía, en fin, la carta en que Ivona le anunciaba su suicidio.

Nada, pues, podía temer de la justicia de los hombres.

La del barón no podía ser más que un espantajo inútil.

Luisa Renaud estaba menos tranquila.

Conocía al barón.

Para obrar con total seguridad, debía poseer alguna fuerza desconocida.

La duquesa se mordía los labios al pensar que

había caído incautamente en los lazos del banquero.

Presumía confusamente la traición de Luciana y no podía perdonarse el haber creído fácil el triunfo contra tan fuerte adversario.

¡Como se había engañado!

—Prevengo á usted, señor de Vaudrey, que es inútil que llame. Nadie puede cirnos. He tomado las necesarias precauciones.

—Protesto contra esta cobarde violencia, replicó el duque. Jamás me he negado á dar satisfacciones, y si se considera usted ofendido en algo, estoy completamente á sus órdenes.

Noel Bresson se encogió de hombros:

—¿Para qué? dijo.

—Pero.....

—¿Para un duelo?.....

—Sin duda.

—A los asesinos no se les concede ese honor.....

—¡Caballero!

—Se les ejecuta.

El duque de Vaudrey se puso lívido.

—Está usted loco, dijo.

—Estoy en mi sano juicio y voy á demostrárselo. Sírvase usted escucharme. Voy á explicarme tanto por usted como por las excelentes personas que me escuchan y que deben enterarse del asunto. Mi hermano Santiago murió el 26 de Febrero. ¿Lo recuerda usted?

—Continúa.

—Yo amaba cordialmente á mi hermano. Creo que su viuda no tendrá por que quejarse de nosotros hasta aquella noche trágica. A la mañana siguiente me avisaron. En el cuarto de Santiago todo estaba dispuesto para simular el suicidio. Pero este suicidio era inverosímil. Mi hermano no tenía para mí ningún secreto. Busqué, pues, la clave del enemigo, y para despiestar á los culpables, fingí dar crédito á la fábula de su voluntaria muerte.

—¿A dónde va usted á parar?

—Va usted á saberlo. Gracias á la complicidad de un médico, amigo de la familia, la policía ignoró mis dudas. Debo hacer justicia á la habilidad de los culpables. La viuda manifestó un pesar que pudiera ser sincero. No lo era. Esa mujer, á quien mi hermano idolatraba, á quien había escudo de la pobreza para colmarla de bienes, tenía un amante..

—Caballero.....

—Yo ignoraba el nombre de ese amante. Para conocerlo me bastaba esperar. Los criminales suelen delatarse. El señor de Vaudrey estaba en tan absoluta ruina, que bien pudiera buscar tanto la fortuna como la persona de la baronesa Bresson, y ésta podía buscar en él tanto el título como la persona. Codicioso el uno, y vanidosa la otra, estaban en la mejor disposición para entenderse.

—Acabe usted, caballero, dijo con arrogancia el duque.

—Necesitaba pruebas. Tenía ya una. Pronto la conoceréis, pero deseaba otras. No se puede conde-

nar por simples sospechas. La casualidad me ha servido á maravilla. En vez de un crimen, he descubierto dos; más atroz el segundo que el primero. Le acuso, pues, señor duque, del asesinato cometido en la persona de mi hermano Santiago Bresson la noche del 26 de febrero, con una arma proporcionada por Luisa Renaud, coautora del crimen.

Calló el banquero.

—El conde de Pleau se puso de pie.

—Y yo, dijo, le acuso primero de haber seducido á una pobre joven á quien yo profesaba cariño de padre, y de haberla abandonado, aunque estaba en cinta. Estos hechos no constituyen delitos legales. No los mentaría, pues, si esta primera infamia no hubiera acarreado otra más odiosa. Le acuso de haber asestado una puñalada á Ivona Rebec y de haberla arrojado en seguida al estanque de Laugou para sustraerse á las consecuencias del crimen.

Atonada por la precisión de estas acusaciones, Luisa Renaud bajó la cabeza.

Esperaba llena de mortal angustia.

Enpezaba á comprender.

—¡Absurdo! murmuró el duque, ¿á qué había de cometer ese delito?

—Porque Ivona Rebec había sorprendido el secreto del asesinato del baron, y quiso usted, como los bandoleros de oficio, suprimir el temible testigo.....

Hubo un instante de silencio.

El duque se extrameció.

¿Cómo conocían el baron y el conde tan perfectamente los sucesos?

Luisa hizo un esfuerzo y vino en su auxilio.

—¡Pruebal! dijo. No sé si sueño al oír tales calumnias. ¿Qué fin se proponen ustedes? Acabemos.

—Luciana sabía que su amante de usted estaba en el palacio de Bresson al ocurrir el asesinato.

—Esperaba ese nombre. Esa sirvienta debía venderse, ¿pero qué sabe? Nada. He tenido un amante. Sea. ¿Con qué derecho me lo echa usted en cara? Podría negarlo y lo confieso. ¿Pero prueba eso que haya cometido un asesinato? Y en cuanto á esa historia de la seducción y de la muerte de una aldeana loca de amor, vayan ustedes á contársela si se atreven, á los tribunales. ¿Quién podrá probarla?

—Yo, con permiso de usted, dijo Jason Cadion, no pudiendo contenerse.

—¿Usted? dijo la duquesa aterrada.

Rocordaba confusamente haberle visto en el camino de Laugou á Scaer.

El cojo siempre le salía al encuentro.

—¿Vive usted en Sozer? preguntó la duquesa.

—Por fortuna, contestó el lisiado, porque sin mi la pobre muchacha hubiera ido al fondo del estanque. Yo lo he visto todo: al señor de Vaudrey arrojándola al agua y los caballos de la señora partiendo en seguida á galope.

—No pretenda usted negar, Luisa, dijo el barón. Sería inútil. La seguían y la vigilaban..... ¿Por qué se ha unido usted á ese miserable?

—Estaba muerta, replicó con furia la duquesa; se había matado. ¿No declaró á su padre y al conde de Plelau, que quería suicidarse?

—Lucha usted inútilmente, dijo el banquero haciendo una señal.

Juan María abrió las puertas del salón y entró Ivona.

Tenia su condenación ante la vista.

Luisa Renaud sofocó un grito y fijó obstinadamente los ojos en el suelo.

Ivona tenía fantástica blancura.

Su desceñido traje dejaba ver el pecho con una ancha cicatriz, sin curar todavía.

Parecía exangüe y próxima á perder el conocimiento.

—¿La reconoce usted? preguntó el banquero.

El duque calló.

Luisa se dió por vencida.

—¿Quería usted matarse? preguntó el barón á Ivona.

—Sí, respondió la joven con débil voz, apenas perceptible.

—¿Por qué?

—Mi padre me había arrojado de casa.

—¿Tenía usted un amante?

—Sí.

—¿El señor de Vandrey?

—Sí.

—¿Iba usted á ser madre?

—Cinco meses después.

—¿Qué iba usted á hacer en el castillo de Langou el día del crimen?

—A dejar al duque, sin que me viese una carta en que me despedía de él y le perdonaba.

—¿Luisa Renaud se presentó con su cómplice en el sitio donde estaba usted oculta?

—Sí.

—¿Oyó usted el relato de la muerte de Santiago Bresson?

Sí.

—¿Quiénes fueron los autores?

—La baronesa dió el arma y el duque hizo los disparos.

—Se ratifica usted en lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—El duque oyó un ligero ruido. Vino á mí en condite y me sacó á la sala, donde estaba con la baronesa. Quiso obligarme á jurar que guardaría el secreto.

—¿Por qué se negó usted?

—Quería morir.

—Y entonces.....

—El duque me hirió. Después no sé lo que ha ocurrido.

—Nosotros lo sabemos: El duque y su cómplice la llevaron á usted á la calzada del estanque de Langou, al cual la arrojó, viva todavía, el duque. Joson Cadion la sacó á usted, y el conde de Plelau la ha salvado la vida al cabo de seis meses de temores y de esfuerzos. La herida de usted era pro-

funda y debía ser mortal. La presencia de Jason, que lo vió todo, fué un verdadero milagro.

—Señor de Vaudrey, continuó el barón, la prueba, como usted ve, es completa. Hubiéramos podido entregarlo á los tribunales, que le hubieran condenado á pena capital probablemente. Pero me desagradaba promover tamañio escándalo en torno de usted y de la mujer que ha llevado el apellido de mi hermano y el mio. La pena, por otra parte; hubiera sido de poca duración, y he imaginado otra que me satisface ampliamente.

El duque miró al banquero y esperó.

El barón Noel sacó de su cartera un papel en cuatro dobles, lo desplegó y dijo:

—Hé aqui su castigo.

Sus ojos grises, fríos como la hoja de un puñal y penetrantes como una flecha, tenían una expresión indescriptible.

Aquel bretón de cabellos aplastados, pegados á las sienes, labios delgados, barba cuadrada, todo nervios y espíritu, miraba de arriba á bajo al duque con desdén supremo.

—Nosotros, dijo, vamos siempre á un objeto y nunca desmayamos. En medio de su emoción, de la amargura de sus desilusiones, Santiago supo donde debía herir á su enemigo. Por suprema intuición, comprendió lo que apetecía usted, duque sin ducado, vividor sin recursos, pródigo sin dinero; era su pingüe fortuna, y escribió los cuatro renglones que Renaudet va á leer, y arrebató de sus

manos el tesoro con que pensaba usted restaurar sus blasones. Lee.

El abogado tomó el papel y leyó marcando las palabras:

«Todas las donaciones hechas por mí á Luisa Renaud, mi mujer, quedan revocadas por causa de indignidad.

«Escrito, fechado y firmado de mi mano, en mi casa, el 25 de Febrero de 1883 á las doce de la noche.

«Firmado: Santiago Bresson.

La cosa es clara. Con estas cuatro líneas Rothschild, desheredaría á su sobrino, aunque este sobrino fuese su único heredero.

—¿Comprende usted? siguió el barón.—Ha querido usted la fortuna de Santiago y Santiago se la quita. Yo he creído que esto no bastaba. Ha querido usted su mujer, y ya la tiene. Se ha atado á usted con sólida é inquebrantable cadena. Pero es pobre: no tiene un céntimo, ni derecho á nada. Se creía rica. El mantenerla en su error, os ha atado uno á otro. Y ahora la echo de su palacio, de su casa, como la he echado de un corazón cuyas delicias hacía. La he amado con intenso cariño fraternal, y ahora la detesto con igual vehemencia. Vivid juntos en la pobreza y la deshonra. Santiago quedará vengado.

La duquesa permaneció anonadada con la cabeza entre las manos, clavándose las uñas en la carne.

El duque, aterrado, no hizo un movimiento.

El banquero se acercó á él y le dijo:

—Si tiene usted un resto de honor, hallará usted en ese cajón lo que le haga falta.

Y acercándose á Luisa:

—Si quiere usted salir de Francia—dijo—aquí tiene medio millón en billetes de banco. Le había dado esta casa como regalo de boda, y no quiero retirar mi palabra. Esta casa es de usted, pero se la compro. Nadie se la compraría más cara. Le prometo silencio y olvido. Debe usted una gran cantidad á la banca Bresson, y se la perdono; pero á condición de que haga usted firmar á su marido este documento.

Dió á la duquesa un escrito redactado en estos términos:

«Me declaro autor del asesinato de Santiago Bresson y de la tentativa de asesinato de Ivona Rebec. Me comprometo á salir de Francia con la duquesa de Vaudrey y á no volver en veinte años.

La duquesa leyó la declaración con extraviados ojos, y acercándose al duque:

—¿Qué decidis?—le preguntó.

—Acepto.

—¿Cometerás esa cobardía?

—No hay más remedio. Estamos vencidos. Obedezcamos.

—Firma, pues, dijo la duquesa con disgusto.

Fué á buscar una pluma. Los mozos de la casa de banca desataron el brazo derecho del señor de Vaudrey, que firmó con rapidez el documento.

—Señores, dijo el banquero poniéndose en pie, nuestra misión ha terminado. ¡Adios, señor de Vaudrey!

Y con voz trémula de emoción, añadió:

—¡Adios, Luisa!

La duquesa bajó la cabeza,

Los dos esposos oyeron alejarse al barón y su acompañamiento.

Las llaves dieron vuelta en las cerraduras.

Las gentes de los Bresson aseguraban la retirada.

La cámara nupcial se quedaba por entonces convertida en cárcel.

Juan Maria arrastró á Corentino, que le seguía maquinalmente, aterrado por la escena de que acababa de ser testigo.

El ayuda de cámara de Santiago Bresson dió una vuelta por el piso bajo.

—Todos duermen, dijo Luciana, que se le reunió vestida ya para partir con los otros.

—¿Y Germán?

—Ronca como un bandido.

Corentino Cleguer se había detenido junto á la verja y no daba un paso.

El barón Noel y sus amigos volvían á Dieppe, donde estaba preparado el tren especial que había de llevarles á Paris dos horas más tarde.

Corentino no se movía.

—Vamos, dijo Juan Maria.

—Aún no.

—¿Qué aguardas?

Corentino miraba las ventanas del segundo piso y el resplandeciente vestíbulo.

—Ese hombre es un asesino, dijo. Al barón puede parecerle el castigo suficiente; á mí, no.

—¿Qué quieres hacer?

—Mientras viva tendré un peso en el corazón, y entre Ivona y yo habrá un abismo infranqueable. ¡Ese hombre ha matado! ¡qué mueras!

—¡Corentino!

—¡Déjame!

—¡Estás loco!

—Quizá. El espacio, la libertad, toda la tierra para él, es demasiado. Entre él y yo tiene que haber una sima de la que no salga.

Se precipitó hacia el vestíbulo.

—Juan María no pudo detenerle. Se le escapó de entre las manos y subió rápidamente la escalera.

Los dos bretones llegaron simultáneamente al primer piso.

Larga serie de pasillos tapizados se estiende á derecha é izquierda.

Corentino procuró orientarse y perdió tiempo.

Al fin halló el camino.

En el segundo piso abrió una puerta y entró en la antesala de la habitación de la duquesa.

Los dos hermanos oían rumor de voces y el ruido de una disputa en el departamento contiguo.

XVIII

MARIDO Y MUJER.

Después de partir el barón Noel y sus amigos, Huberto de Vaudrey y ¡Luisa Renaud quedaban solos.

El duque conservó al principio su actitud abatida y consternada.

Su quebrantado orgullo ni siquiera intentaba una lucha imposible.

¡Aquel bretón, cuyo bisabuelo era un miserable labrador que los antepasados del duque hubieran echado de su castillo á latigazos, con qué crueldad había preparado su venganza!

¡Era más fuerte que el duque y de otro temple!

—Ya te lo había dicho, comenzó con tono spero. Pero no quisiste hacerme caso. Ese hombre se burlaba de nosotros. ¡Ah, las mujeres! ¡Perdición segura! ¡Desgraciado del que se fia de ellas y las oye!

—¡Recriminaciones!—dijo Luisa con aire sombrío.—¿Para qué? Creíamos haber triunfado. Hay que reconocer la derrota. La suerte está en contra nuestra.

El duque no podía moverse.

Corentino miraba las ventanas del segundo piso y el resplandeciente vestíbulo.

—Ese hombre es un asesino, dijo. Al barón puede parecerle el castigo suficiente; á mí, no.

—¿Qué quieres hacer?

—Mientras viva tendré un peso en el corazón, y entre Ivona y yo habrá un abismo infranqueable. ¡Ese hombre ha matado! ¡qué mueras!

—¡Corentino!

—¡Déjame!

—¡Estás loco!

—Quizá. El espacio, la libertad, toda la tierra para él, es demasiado. Entre él y yo tiene que haber una sima de la que no salga.

Se precipitó hacia el vestíbulo.

—Juan María no pudo detenerle. Se le escapó de entre las manos y subió rápidamente la escalera.

Los dos bretones llegaron simultáneamente al primer piso.

Larga serie de pasillos tapizados se estiende á derecha é izquierda.

Corentino procuró orientarse y perdió tiempo.

Al fin halló el camino.

En el segundo piso abrió una puerta y entró en la antesala de la habitación de la duquesa.

Los dos hermanos oían rumor de voces y el ruido de una disputa en el departamento contiguo.

XVIII

MARIDO Y MUJER.

Después de partir el barón Noel y sus amigos, Huberto de Vaudrey y ¡Luisa Renaud quedaban solos.

El duque conservó al principio su actitud abatida y consternada.

Su quebrantado orgullo ni siquiera intentaba una lucha imposible.

¡Aquel bretón, cuyo bisabuelo era un miserable labrador que los antepasados del duque hubieran echado de su castillo á latigazos, con qué crueldad había preparado su venganza!

¡Era más fuerte que el duque y de otro temple!

—Ya te lo había dicho, comenzó con tono spero. Pero no quisiste hacerme caso. Ese hombre se burlaba de nosotros. ¡Ah, las mujeres! ¡Perdición segura! ¡Desgraciado del que se fia de ellas y las oye!

—¡Recriminaciones!—dijo Luisa con aire sombrío.—¿Para qué? Creíamos haber triunfado. Hay que reconocer la derrota. La suerte está en contra nuestra.

El duque no podía moverse.

Los mozos de la barca habían cumplido concienzudamente su encargo.

Estaba atado al sillón, como un prisionero al anillo soldado á la pared del calabozo.

—Corta estas cuerdas, dijo á su mujer.

Luisa vaciló.

¿Qué meditaba?

—Has querido ser duquesa de Vaudrey. Ya lo eres. El hermano á quien tanto admirabas nos lo ha dicho. Estamos encadenados uno á otro. Ayudémonos. Corta estas cuerdas y suéltame.

Luisa permaneció inmóvil, con la vista fija en el suelo.

—¿Qué piensas hacer? preguntó clavando la mirada en sus ojos.

—¿Yo?

—¡Tú!

—No sé. Hay que pensarlo.

—¿A dónde iremos?

—A donde quieras. El espacio es nuestro. No podemos vivir en Francia, pero nos queda América, Italia, Suiza, España y otros países. Elegiremos.

—¿Aceptas esa ley que nos arroja de París y nos deporta como presidiarios?

—No hay más remedio.

—Sea. ¿Te resignas á una vida de miseria y privaciones? Porque, ¿qué vale medio millón? Tendrías para seis meses. ¿Y luego?

—Exageras. La suma es corta, pero otros viven con eso. Hace falta un poco de filosofía.

—No la has tenido hasta ahora.

—La tendré en adelante. Buscaremos un modesto retiro en las colonias, donde la vida es barata. El banquero tiene razón. Somos criminales, y me doy por satisfecho con que no nos hayan llevado á los tribunales. ¡El duque de Vaudrey y la baronesa de Bresson! Pues apenas hubiera llamado la atención la causa! Lo temía, si he de ser franco, y al verme libre de semejante pesadilla, experimento cierto alivio. Las entradas de la audiencia se hubieran cotizado á alto precio.

—¿Cuándo partiremos?

—Cuanto antes. El Havre está á dos pasos. Los trasatlánticos nos brindan sus camarotes. No hay que desesperarse. Tú, si no me engañas, conservas cierta influencia sobre nuestro enemigo, sobre Noel Bresson, que se ha abrogado para con nosotros las funciones de magistrado.

—Cierto.

¡Qué compasivamente te ha mirado! Doblará sin dificultad la suma ofrecida, y nos dará en vez de la estrechez la medianía. ¿Qué es un millón para él? En el extranjero podemos hacer buen papel con esa suma.

—¿Crees?

—Elijiendo con tino la residencia. Todo estriba en esto.

—¿Habrás, pues, que mendigar, que implorar misericordia?

—No hay necesidad de humillarse. Le cederé Langou. Pagaré mis deudas y me dará una prima.

Podremos vegetar sin grandes privaciones, dejando que se extinga la raza de los Vaudrey. El barón teme el escándalo tanto como nosotros. Pagará.

—Tienes razón.

Habia algo más que ironía en la entonación con que pronunció estas palabras la duquesa.

—¿Lo has pensado ya?

—Sí.

—¿Te resignas?

—Por fuerza.

—¿Pero qué pensarán de nosotros esos hombres, esos criados testigos de nuestra ignominia y nuestro oprobio?

—A mil leguas de distancia, poco me importa lo que piensen. Y, además, callarán. El banquero sabe hacerse obedecer. Les había dado sus órdenes.

—Tienes respuesta para todo.

El duque recobraba lentamente el aplomo perdido.

A la duquesa le sucedía lo contrario.

Sus nervios se agitaban, contraíanse horriblemente sus facciones, y hacia esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

—Cuanto más lo considero, siguió el duque, veo mejor que no nos han maltratado como merecemos. Yo creía que ese hombre iba á hacernos matar por sus mozas de banca, y que ese Corentino, que en el país pasa por un machaca-cráneos, nos comería crudos en desagravio de la pobre doncella en mal hora aparecida; y todos se han marchado en silen-

cio. Maniobrando con alguna astucia, podremos salir de apuros. No es imposible que salgamos á flote el día menos pensado. Tenemos la juventud, la experiencia y el título. Recibiremos un millón para principiar la faena. Tú eres maravillosamente bella. ¡Cuántos hay que no tienen tanto! ¡Corta, pues, estas cuerdas! Esos bretones son extraordinarios. Han debido tomarlas de alguna barca pescadora.

La duquesa, en vez de obedecer, volvió hacia el escritorio.

El barón Noel había dicho:

—Si tiene usted un resto de honor, hallará usted en ese cajón lo que le haga falta.

La duquesa había comprendido.

La sangre del coronel no estaba completamente viciada.

Aquel escritorio de laca de China, no hubiera decentonado en el Palacio de Estío del Hijo del Cielo.

Luisa abrió un cajón.

El primer objeto que se presentó á su vista, fué la pistola que había servido para matar al barón Santiago.

Apoderose de ella con un escalofrío semejante al que debió sentir Cleopatra al asir el áspid que iba á dar fin á su vida.

Volvióse hacia el duque, y lanzándole una mirada de soberano desprecio:

—Eres vil y cobarde, dijo. Ciega he tenido que estar para escucharte y creerte. El hombre á quien

falté te superaba cien codos. El no hubiera aceptado la infamia que con tanta facilidad sobrelleva. Hubiera sufrido mil muertes antes que semejante oprobio. ¡Desterrado, vilipendiado, escarceado, deshonrado, pisoteado, tú, todo un duque de Vaudrey Langou, y toleras tal vergüenza. Todos los de tu raza se moverán airados en su tumba ante la abyección de su postrer vástago. Me avergüenzo de haberte conocido. Hemos refido juntos un combate perverso. La suerte nos ha sido contraria. ¡Hay que desaparecer, pero no con esa infame fuga que pretendes tú, para quien los goces materiales son todo y la honra y la vergüenza nada!

Yo no me someto á esa ignominia.

Si, he querido ser duquesa de Vaudrey, pero libre, rica, envidiada.

Ha jugado mi horrible carta. He perdido. Señor duque, á ser jugador decente. Cuando se tiene co-razón, no se deja uno arrojar de un casino. Solo un vil se deja eliminar de la nobleza. El barón ha estado generoso. Nos ha dado el medio de salir con honra de este callejón siniestro. Hélo aquí. ¿Quieres emplearlo?

Luisa amartilló la pistola.

—Pero.....

—¿Vacilas?

—No vacilo.

—Entonces.....

—Rehuse.

La duquesa avanzó un paso.

—¡Luisa! gritó el duque.

—¡Ah, sí! exclamó la duquesa, ¡eres un miserable y me avergüenzo de haberte amado! ¡Necesito tener valor por los dos; pero mi padre, que era un simple soldado, me ha dado valor para ti y para mí!

Apuntó durante un segundo, casi á boca de jarro.

El duque no tuvo tiempo de lanzar un grito.

Inclinó la cabeza.

El proyectil le habia atravesado el cráneo.

Corentino y Juan Maria entraron precipitadamente en la sala, pero se detuvieron aterrados.

La duquesa, magnífica en su desden y su denuedo, los contuvo con una mirada.

—Contad á vuestro amo lo que veais, dijo. Yo sé morir, al menos.

Tenia en la mano la pistola todavía humeante. Con movimiento rapidísimo, se la apoyó en la frente é hizo fuego.

Cayó como herida del rayo.

En aquella suntuosa cámara reinó hasta la mañana el silencio de la muerte.

Dos esposos jóvenes ricos, envidiados, habían entrado en ella pocas horas antes.

Solo quedaban dos cadáveres.

Juan Maria y Corentino habían huido espantados.

Pero Corentino, á pesar del horror de la espantosa escena, sentia inmenso gozo.

Podia perdonar.

* * *

Al día siguiente, al amanecer, despertó Germán de su sueño de plomo.

Extrañó verse metido bajo los divanes de la sala de fumar, como un fardo que hay interés en ocultar.

Le costó darse cuenta de lo que le pasaba.

Aquella rara posición y el sitio en que se hallaba no le eran familiares.

Le dolían los huesos y sentía la pesadez que casi siempre sigue á una noche de orgía.

Examinó la sala en que había pasado tan mediana noche.

La mesa se hallaba como la dejó; conservaba restos de comestibles, pero las botellas estaban vacías.

Miró las etiquetas y suspiró al recuerdo de los gozos pasados.

Todo se explicaba.

Había bebido hasta poder dormir en un lecho de guijos.

Salió al jardín y recorrió varios sitios en busca de Luciana.

Le extrañaba el silencio de la casa.

Nadie se había levantado.

Germán llamó en todas las puertas y no le respondió nadie.

Bajó luego á la playa para entretener el tiempo y acabar de despejarse, y se estuvo dos horas examinando conchas vacías y los surcos que quedaban al bajar la marea.

Volvia á cada instante la cabeza y contemplaba la grandiosa fachada de la quinta, cuyas ventanas continuaban cerradas.

Cansado de esperar, subió á las nueve al terrado y vió á los jardineros que empezaban á trabajar restregándose los ojos.

Se acercó á la gruesa Julia y señalando á las ventanas de la duquesa:

—Parece que se les pegan las sábanas—dijo.

—También á nosotros—contestó la jardinera. Y la culpa es de Luciana.

—¿La ha visto usted?

—No.

—¿Y usted?

—Tampoco.

—Es extraño.

Pero más le extrañó que á las once nadie daba aún señales de vida, ni el duque, ni la duquesa, ni Luciana.

Germán, un tanto inquieto, anduvo por las escaleras, luego en los pasillos, y, por último, al rededor de la habitación de los recién casados.

Pero no se atrevía á llamar.

A las doce se decidió á hacerlo.

Como es de suponer, no le contestaron.

Volvió á llamar y tampoco.

Entonces mandó subir al jardinero principal y abrió la puerta.

Les esperaba el más imprevisto cuadro.

El duque, atado al mágico sillón estaba muerto. Su herida era apenas perceptible.

A dos pasos de él, la duquesa, con la frente partida de un balazo, yacía con el rostro pegado á la piel de oso, tendida al pie del lecho.

Tenia aún la culata de la pistola entre los criados dedos.

Sobre la mesa, con aplicaciones de bronce dorado, habia dos legajos de billetes por valor de quinientos mil francos.

En la habitación estaba todo en orden.

Muebles, bronce, cortinajes y tapices, no ofrecían señales ni trastorno.

La escena era incomprensible.

¿Por qué aquellos dos muertos?

El robo no era la causa de la catástrofe.

La desposada tenia en las orejas solitarios de gran valor y magníficos anillos en los dedos.

La importante cantidad abandonada en la mesa excluía toda idea de robo.

A las dos se puso el hecho en conocimiento del juzgado.

A las dos y media el fiscal y el juez instructor del tribunal de Diepp se personaron en el lugar del suceso.

A las tres recibieron por un expreso la orden de suspender las averiguaciones.

La orden emanaba de muy alto.

Se habia averiguado todo.

¿De qué manera?

No pudieron comprenderlo.

El despacho ministerial prescribia también el silencio respecto al sangriento drama.

Pero los periódicos hablaron de él, aunque en términos vagos, que permitian entrever un profundo misterio en el tenebroso asunto.

Dos días después, uno de los diarios, que pasa justamente por bien enterado, se explicaba de esta suerte:

«Se hacen mil comentarios respecto al misterioso drama, cuyo sangriento desenlace se ha verificado en una de las más bellas quintas de la costa normanda.

«Podemos designar los personajes.

«El duque Huberto de Vaudrey-Langou, último vástago de una de nuestras más aristocráticas familias, acababa de contraer matrimonio con la viuda del banquero Santiago Bresson, y habia ido con la joven y la hermosa duquesa á la quinta que los banqueros de la calle Bergere poseen en Pourville, para pasar en ella la noche de boda.

«¿Qué aconteció?

«Se ignora.

«A la mañana siguiente, viendo que no salían los dueños, entraron los criados á las doce en el cuarto de los novios.

«Un horrible espectáculo se presentó á sus ojos.

«El duque estaba muerto, con la sien atravesada de un balazo.

«La duquesa se había levantado la tapa de los sesos.

«¿Por qué causa?

«Esto es lo que nadie sabe, y lo que, sinpreciarnos de adivinos, podemos asegurar que no se sabrá nunca.

«Un detalle:

«El duque estaba arruinado.

«La duquesa debía ser inmensamente rica.

«No se ha olvidado el fin misterioso de su primer marido.

«¿Habrá alguna relación entre los dos sucesos?»

Y nada más.

No se trató de averiguar el espantoso enigma.

La influencia del barón Noel y el respeto que inspiraba, pusieron coto á las investigaciones.

Inventáronse mil hipótesis á cual más absurdas pero nadie sospechó la verdad; es decir, el terrible castigo que el barón había impuesto á los asesinos de su hermano.

Nadie reveló su secreto.

Poco después de la muerte del duque, el banquero hizo que se vendiera la finca de Longou y la compró.

El castillo fué demolido. La casita rústica donde pasaron algunas de las escenas que hemos relatado, fué destruida por el fuego.

Las llamas lo purifican todo.

De la imponente construcción señorial, solo que-

da una gran casa construida por el barón Noel para el administrador de la finca y ocupada por Juan María Cleguer.

Cerca de la casa del administrador vive Joson con su madre, en una casita, sin caracer de nada.

Tiene asegurado el porvenir, y la dicha del pobre cojo es completa. Goza más de la finca que el mismo propietario.

Juan María no se ha casado, ni piensa casarse, pero el barón ha rescatado la palabra del leal breton, consolando á Luciana con un regalo de cien mil francos, que la permiten vivir como una capitalista cerca de Corbeil, en una casita de campo donde goza de general estima.

A los dos días de la catástrofe de Pourville ocurrió en Pielau una conmovedora escena.

El conde Hugo llegó solo á su castillo, cuando el sol iba á ponerse.

Lorenzo Rebec, envejecido diez años, se levantó del banco en que estaba lleno de tristeza, y dió algunos pasos hácia su amo.

—¿Siempre triste, Lorenzo? dijo el conde,

—Ya lo ve usted, señor.

—Se lo previne y no quiso usted hacerme caso. Amaba usted mucho á la pobre Ivona.

—¡Ay!

—Cuándo perdemos uno de esos ángeles, es cuando vemos el vacío que dejan.

El honrado Rebec se enjugó una lágrima.

—Es voy de este mundo, dijo, con un remordimiento que me destroza el alma.

El conde cogió de la mano á su anciano administrador y le obligó á sentarse junto á él, en el anco de que se había levantado.

—¿Cree usted en milagros, Rebec? dijo.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué me lo pregunta usted? dijo el anciano, admirado del tono y de la expresión del conde.

—Porqué tengo que darle una buena noticia.

—¡No me engañe usted! ¿Qué buena noticia puede haber para mí?

—¿No le he dicho á usted varias veces que recurriría usted á Ivona?

—¡Es imposible!

—¿Y si Dios hubiera querido probarle para castigar acaso su severidad? ¿Si le hubiese quitado á Ivona para hacer ver á usted mismo el extremo á que usted la ama?

—¡Señor conde!

—¿Si se la devolviese?

—¡Ay, no me engañe usted! ¡No la veré más!

—La verá usted.

—¿Vive?

Caía la tarde. El sol teñía el cielo de arrebolados rosos.

El conde estendió el brazo hacia la avenida.

Ivona, blanca como una azucena, avanzaba lentamente, apoyada en Corentino.

Lorenzo Rebec cayó de rodillas y juntó las manos.

—¡El! él murmuró.

—¡Sí, ella, que vuelve salvada!

La emoción paralizó al anciano, y cuando su hija le abrazó anegada en lágrimas, él fué quien sollozando:

—Perdóname, le dijo.

Corentino se casó con Ivona.

El señor de Plelau dió de dote á su ahijada los cien mil francos depositados en casa de los Bresson desde 1860; y jamás tocados.

El total de su cuenta ascendía en 1883 á trescientos veintiseis mil francos.

El conde no piensa casarse y se dice que los hijos de Ivona, á quien ama como padre, heredarán sus bienes.

Ivona habita el castillo de Plelau. Es una buena y caritativa madre de familia; un poco triste, pero tan afable y caritativa, que sólo tiene amigas.

El barón Noel vendió las casas de la Avenida de Mesina, llenas para él de crueles recuerdos.

Ha hecho otra en los Campos Eliseos, y vive con Renaudet, retirado de la abogacía.

El conde Hugo conserva su modesto entresuelo de la calle Trouchet.

Todas las tardes, á las seis y media va á pie al palacio de su amigo.

Los tres íntimos, cenan juntos evitando toda alusión al pasado.

Hacen bien sin medida.

Y su existencia ha recobrado su tranquilo curso como arroyo que trocado por la tempestad en impetuoso torrente, vuelve á correr sósegado entre floridas márgenes.

FIN DE LA NOVELA.

LOS DOS PAÑUELOS.

Una mañana de estío no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las yerbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que, convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos.

Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puer-

Hacen bien sin medida.

Y su existencia ha recobrado su tranquilo curso como arroyo que trocado por la tempestad en impetuoso torrente, vuelve á correr sósegado entre floridas márgenes.

FIN DE LA NOVELA.

LOS DOS PAÑUELOS.

Una mañana de estío no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las yerbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que, convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos.

Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puer-

tas y bajó las escaleras de la quinta, resonando los tacones de sus zapatos en el silencio de la casa, dormida aún.

Atravesó el césped, cruzó el jardín, salió del parque y saltando un riachuelo, penetró en el bosque.

Corría loca de contento; en el jardín se había creído una flor, en el bosque se creía una driada.

Sólo pensaba en idilios y en dulces escenas mitológicas; los vapores de la mañana se confundían con el vapor, que tal lo parecía, de su ligero traje. Lo que más que todo le encantaba era la frescura matinal.

Soplos, que no se sabía ni de donde venían, le acariciaban la frente, los ojos, los labios, el cuello, cual besos furtivos de labios un tanto fríos. El soplo aquel penetraba por donde quiera, y la condesa estremecíase agradablemente de piés á cabeza, gracias á la tenue brisa que le coquilleaba por todo el cuerpo.

Aspiraba el aire de la mañana; ofrecíase al viento con placer sin igual; sonreía, reía..... De improviso estornudó.

Aquello era otra cosa! se puso muy seria, era indudable que se había constipado.

¡Constipárase!

Se le pondría colorada la punta de la nariz.

¡Qué horror!

¡Bien empleado le estaba!

¡Quién le mandaba salir por el campo á aquellas horas y no estarse muy quietecita en la cama!...

Lo peor del caso era que empezó á notar un coquilleo molesto por demás en las fosas nasales; llevó la mano al bolsillo buscando el pañuelo.....

¡Otra desgracia!

Con la prisa de salir se le había olvidado.....

¡Qué iba á hacer!

El picor era cada vez más vivo.... no había que pensar en correr á su cuarto á proveerse de la fina batista que necesitaba, porque había corrido tanto, que debía estar á media hora lo menos de la quinta. Seguía la picazón; se hacía insoportable.....

Pensó por un momento en levantarse las faldas y apelar á las enaguas ó la camisa..... Pero, ¿y si por acaso la veía cualquiera? Era cosa de morir de vergüenza por todos conceptos.....

Cogió una hoja y quiso emplearla como pañuelo; pero la hoja se le quebró entre los dedos apenas la apretó; apeló á una flor, pero al aplicarla á la nariz, no hizo sino aumentar el horrible picor de antes.....

¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

Llegó á decidirse resueltamente por el procedimiento innoble y sucio de las mujeres salvajes ó de la baja plebe, á emplear la propia mano como moquero.....

En esto notó un leve ruido, volviólse y reparó en un muchacho flaco, de mal color y harapiento, que á la puerta de la choza se disponía á sonarse con un gran pañuelo de algodón, limpio y doblado todavía.

— ¡Muchachol ¡muchachol gritó Valentina. Aguarda el pañuelo dámelo, véndemelo..... lo que quieras, pero venga en seguida.

El jovencillo levantó la cabeza, en cuyo semblante se pintaba la soledad y la tristeza, y dijo con voz lenta:

— La conozco á usted muy bien; usted es la señora de la quinta, que está allí, detrás del bosque. Muchas veces pasa usted por aquí á caballo con varios señores..... Yo me escondo para que no me tropiecen; pero me quedo mirándola á usted, ¡que es tan bonita!..... ¿Por qué me ha pedido usted un pañuelo? ¿No tiene usted pañuelos siendo tan rica?

— Sí, tengo muchos, pero eso no importa; dame el tuyo ahora, dámelo en seguida.

— De buena gana; ¿pero qué me dará usted por él?

— Lo que quieras.

— ¿Dinero?

— Dinero; pide el que te parezca y ven á la quinta por él.

— No quiero dinero.

— ¿Pae; qué quieres? ¡Date prisa, por Dios!...

— Quiero á cambio de este pañuelo, uno de usted.

— Bien, bien; mi doncella te lo traerá.

— Aquí estoy todo el día.

— Dame.

— Tome usted.

Por fin..... Lo cogió anhelante y hundió al momento en aquel cuadro de algodón su naricita sonrosada, produciendo un ruido semejante al zumbido de una abeja que se posa sobre un tallo.

Satisfecho así el apremiante afán de la condesa, ésta regresó á la quinta, sin que el amago de resfriado pasara del susto. No olvidó sin embargo, la promesa, la del pañuelo. Le daba en qué pensar, sin embargo, la idea de que un mísero campesino hubiera preferido tan insignificante objeto á una buena cantidad en metálico. Sin duda lo querría para regalárselo á una muchacha de la aldea.

Como quiera que fuese, la doncella de Valentina llevó á la choza del bosque un precioso pañuelo de batista y encajes, con la cifra y la corona de su dueña, la cual no volvió á acordarse de su paseo matinal.

Pero una tarde al obscurecer, paseando también por el bosque, mas no sola, sino del brazo de su amante, distinguió un tenue resplandor entre las ramas. Aceróse, movida por la curiosidad, y se encontró ante la choza, á través de cuya puerta entreabierta vió al pobre muchacho sentado en el suelo, inclinado hacia delante y eprimiendo entre las manos una cora blanca y ligera que besaba unas veces y con la que, en otras, se enjugaba los ojos henchidos de lágrimas.

Al ruido de los pasos se estremeció, alzó la cabeza, se puso en pie, ocultó rápidamente el pañuelo

bajo la blusa y sobre la carne; apagó la luz, salió de la choza en silencio, como si nadie hubiera de verlo, y se perdió en el fondo del bosque, que parecía más triste y negro que nunca.

CATULE MENDES.

MELANCOLIAS.

¿Por qué te conocí? ¿Por qué aquel día
hacia tí me arrastraron mis antojos
y soñé un cielo de esperanza mía
copiando en los cristales de tus ojos?

¿Por qué te conocí? ¿Qué fanatismo
venció mi voluntad y el alma entera
y me hizo apartarme del abismo
antes de que el abismo me atrajera?

Para sus propios sentimientos ciego,
tal vez cansado, el corazón ya oía,
sin ver que estaba palpitante el fuego
donde mi corazón se abrasó un día.

Esclavo me sentí de tu mirada
y temblé como niño ó como anciano,

mientras quedó mi alma aprisionada
en el misterio de amoroso arcano.

Sofí gigante ser siendo pigmeo,
diques quise poner á mi locura
y convertir mi amor en un desec,
y trocar mi pasión en aventura.

¡Engañosa ilusión! ¡Empeño loco!
¡Escrita estaba la fatal condena,
y en lugar de evadirla poco á poco,
los hierros remaché de mi cadena!

Y se habló de pasión, del deber santo,
del pasado fugaz, del bien futuro,
y tus ojos regaron con su llanto
aquel mi templo del amor más puro.

Se agigantó á mis ojos tu belleza,
y al compás de su rítmico latido,
vi un corazón de excepcional grandeza
para sentir y para amar nacido.

¡Aunque de mí te lleve más distante
ese afecto que el mundo no comprende,
así te quiero ver: madre y amante,
mujer que lucha y que jamás se vendel

De aquel arranque noble y soberano
en testimonio fiel, guardo escondida
la rosa deshojada por tu mano
y acaso por tu llanto humedeida.

Llegué á pensar en tan feliz momento,
que el alma con la tuya se fundía
al formarse, de dos, un sentimiento
y al estrechar tu mano entre la mía.

Insensato sofí; fué torpe empeño;
ya de los ojos me arranqué la venda,
ya he despertado de mi dulce sueño,
¡lejos está mi senda de tu senda!

Imposible es vencer en la partida,
cuenda tú, loco yo, sufro vencido;
¡abierta para siempre está la herida!
¡me jugué el corazón y lo he perdido!

Mas ¡ay! tal vez en los revueltos mares
de dudas y tristezas sin ocaso,
en tus horas de llanto y de pesares,
á mi tus ojos tornarás acaso;

que en esa turba audaz de adaladores,
no hallarás una mano que te ayude,
ni una voz que consuele tus dolores,
ni un pecho cariñoso que te escude.

Mas siempre amante en mi pasión confía,
nunca este amor lo apagará el hastío,
¡siempre á tu alma esperará la mía
hasta juntar tu corazón y el mío!

N. DIAZ DE ESCOBAR



MAÑANA,

La preciosa novela de Enrique Pérez Eserich,

UN HIJO DEL PUEBLO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
TLAXCALA

TEC
P
N
V